

MADRE M. MATILDE POUILH-MAURIÈS

**7ª Superiora general de las FMI - Marianistas
(1858 – 1940)**

No temas, ¡yo estoy contigo!

Sor M. Luce Baillet, fmi

**Servicio de Publicaciones Marianistas
2009**

PRÓLOGO

Cuando yo era novicia, oí a Madre María del Santísimo Sacramento Descaves (entonces Superiora general) hablarnos con emoción de la señora Mauriès y nos decía que se le podía considerar como la segunda fundadora de la Congregación. Y desde hacía tiempo yo ardía en deseos de saber más de ella, conocerla, un poco como en las familias se quiere conocer la vida de un abuelo, de una abuela que no se ha conocido pero de quien se oye hablar con gusto.

Por eso, me siento feliz al presentaros el trabajo realizado por Sor María Luce Baillet fmi, y le agradezco mucho que haya aceptado meterse en los archivos para sacar a la luz la vida de esta religiosa gracias a la cual, me parece, hoy podemos seguir la misión que el Señor ha confiado a nuestros fundadores.

Pero ¿quién es la señora Mauriès? Es nuestra séptima Superiora general, la Madre M. Matilde Pouilh, una mujer donde se realizan maravillosamente las palabras de Jesús: “Sin mí, no podéis hacer nada” (Jn 15,5), y las de San Pablo: “mi fuerza se pone de manifiesto en la debilidad” (2 Cor 12,9).

La Madre M. Matilde atraviesa una historia particularmente difícil para la Iglesia en Francia y para las congregaciones dedicadas a la enseñanza. Es superiora de Petit – Val en Sucy en Brie cuando sale la ley de 1905, que declara la separación de la Iglesia y el Estado y determina la confiscación de los bienes de las congregaciones religiosas. Entonces hace todo lo posible por mantener la casa y permitir a las religiosas que continúen su misión en la clandestinidad. Se abre a nuevos campos de misión en España, Dinamarca, Suiza. Y cuando la Administración general se exilia a España, ella permanece como lazo viviente entre Francia y aquélla. Mantiene al corriente de todo lo que hace a la Madre Estanislao Pernier, Superiora general, le pide consejo y asume todas sus responsabilidades. Tras la muerte de la Madre Estanislao, se elige un nuevo Consejo. La Madre Matilde es elegida primera Asistente. Ella se queda en París, y la Superiora general y las otras asistentes se instalan en Bélgica. Sigue su misión de comunión y consuelo, atenta a cada una. Y cuando estalla la primera guerra mundial, estando la Administración general en Bélgica y las fronteras cerradas, es la Madre Matilde la que toma las decisiones en todos los campos.

Cada vez es más difícil para las hermanas seguir con la enseñanza en la clandestinidad. Entonces abre casas de huéspedes, principalmente en Anthony y, en el sótano de la casa, cuando todo está tranquilo, se reanuda la vida religiosa así como las tomas de hábito o las profesiones cuando consigue de Roma el permiso para abrir un noviciado clandestino... Busca todo lo que pueda permitir a las hermanas continuar su vida consagrada y dar a conocer al Amigo íntimo, en quien encuentra constantemente fuerza y coraje para seguir adelante. Escribe sin descanso para sostener a las religiosas, que han tenido que dejar sus comunidades y se han colocado en distintos lugares.

En 1918 muere la Superiora general, Madre Teresa de San José Bouquerand, en Nivelles, Bélgica. Corresponde entonces a la Madre M. Matilde, como primera asistente, convocar un capítulo general. En la circular que lo anuncia, escribe: *“Después de haber recibido tantos golpes, nuestro pequeño Instituto se mantiene todavía en pie y, a pesar de sus sufrimientos y su empobrecimiento, confiando totalmente en Dios y su Madre del cielo, va a entrar en una fase nueva”*. El capítulo de 1919 la elige Superiora general, responsabilidad que asumirá hasta el momento de su dimisión, por razón de salud, el 17 de mayo de 1936.

Todos los años escribe a sus hijas, procurando en sus circulares fortalecer su vida religiosa. Deja así una enseñanza muy rica, basada en lo esencial: la fe, la caridad, la oración, el espíritu mariano, los votos, el dinamismo apostólico, la paz... Su enseñanza, destinada a mantener la unidad de la Congregación a pesar de todos los obstáculos, se enraíza en la Escritura, que cita frecuentemente, y en los escritos de nuestros fundadores. La Madre Adela y el Padre Chaminade son sus referencias privilegiadas. Remite constantemente al aliento de los comienzos.

No os digo más, pero os invito fuertemente a leer esta vida porque estoy convencida de que la leeréis con gusto y agradecimiento por todo lo que el Señor y María Inmaculada han podido realizar por medio de nuestra Congregación con su humilde disponibilidad y su apertura a todos los campos de misión posibles.

En el documento del capítulo de 2002 podemos leer: *“todas las hermanas (están llamadas) a fortalecer la conciencia de su pertenencia a esta Familia, a amarla, a interesarse más en su historia, en lo que ella vive, en su misión, en las nuevas fundaciones. Eso supone también conocer mejor a los fundadores y a las hermanas que nos han precedido”*. Por eso, gracias, Marie Luce, por darnos a conocer a una de las que nos han precedido, entrar más profundamente en los detalles de una historia accidentada, una historia que la Madre Matilde ha vivido con humildad, confianza y abandono a la voluntad de Dios, poniendo constantemente en práctica el lema: “Vivir, para mí, es Jesús por María Inmaculada”.

Sor M. Joëlle Bec
Superiora general

INTRODUCCIÓN

Al acometer la vida de la Madre María Matilde Pouilh, séptima Superiora general del Instituto, recorreremos un tiempo tormentoso de la historia de Francia, y para nosotras, Hijas de María Inmaculada, es la ocasión de un verdadero retorno a las fuentes de la fundación y de su historia: retorno a la inspiración de los orígenes, porque la Madre Matilde cita a menudo a nuestros fundadores. Ella nos lleva a una revisión profunda para una mayor exigencia respecto a nosotros mismos, mayor apertura a las inquietudes de nuestros contemporáneos y una mayor impregnación de la ternura de María respecto a nuestros hermanos. Se trata nada menos que de la credibilidad del evangelio hoy.

Entremos con alegría en el descubrimiento o redescubrimiento de la vida de la Madre María Matilde. Vida admirable y también imitable en la medida en que, en el mundo en que ella vivía, trató de buscar en todo momento la voluntad de Dios, maestro del tiempo y de la historia, para cumplirla. Nos sirve también para ver cómo la búsqueda incesante de la voluntad de Dios y su intimidad, vividas en todos los momentos, transformaron a la Madre Matilde, persona frágil y miedosa (no quería ir a París, ciudad de perdición, y sin embargo establecería allí su cuartel general unos años más tarde), en una mujer dinámica, eficaz, afrontando todos los desafíos de su tiempo, y Dios sabe que el período de secularización fue rico en incidentes de toda clase.

Mi agradecimiento al señor Saunier, que ha releído con mucha paciencia mi texto, y a Sor María Joëlle Bec, que lo ha revisado para mejorarlo.

1 LA VIDA FAMILIAR ¹

“Sabemos la importancia de la infancia, del medio familiar y educativo, en la vida de un hombre (de una mujer). Yendo a las primeras vibraciones de la sensibilidad, al primer despertar de la conciencia y de la inteligencia, en una palabra a las primeras experiencias, descubrimos un poco la fuente secreta de una vida que esperamos descubrir” ².

Gabriela María Pouilh nació el 10 de abril de 1858 en Graulhet, capital del cantón del Tarn, situado sobre el Dadou, riachuelo que desemboca en el Agout, afluente del Tarn. En esta época, toda la región es un centro de trabajo en lanas y pieles de importancia mundial. Mazamet es su ciudad principal y no está lejos del domicilio familiar. Juan Bernardo Pouilh, su padre, es peletero. Tiene 38 años cuando presenta su primera hija a Hipólito Pinel, teniente alcalde del señor Gazaniol.

La familia Pouilh

La familia Pouilh vive en una confortable casa, que una hermosa viña viste de verde en verano y de rojo en otoño. Baja de la fachada y da sombra a una terraza en el primer piso. Los primeros años de Gabriela transcurren en esta terraza en verano y en invierno en el comedor señorial, con muebles antiguos bien encerados y bajo los retratos de sus abuelos, al lado de su madre, una fina bordadora. Es una niña juguetona, graciosa y dulce.

A los cinco años, Gabriela tiene una hermanita, Lucía, tan movida que contrasta con ella, que es tranquila. La vida se desarrolla en paz, pero un poco seria. Su padre, natural de Grenade dans le Var, tiene una hermana y tres hermanos. La tía Gabriela, la mayor, entró en la Hermanas de la Caridad y murió en Uzès en 1861. El mayor de los chicos vivió en Grenade. Después viene el padre de Gabriela. El cuarto hijo, casado con una del departamento de Carente, dejó la región. El último, el tío Pedro, el más querido de las niñas, hizo la carrera militar en la infantería de marina. Juan Bernardo tenía también preferencia por su hermano más pequeño.

En la familia hay también una carmelita, prima de Juan Bernardo, y una clarisa, prima de su mujer. Estas dos religiosas son escogidas como madrinas de las dos hijas. Gabriela no tiene ocasión de ver a menudo a su tía porque la clausura es severa, pero se habla mucho de ella en la familia. Esto afectará profundamente no sólo a su imaginación infantil sino también a su corazón de niña.

La salud delicada de Gabriela preocupa a sus padres. Está muy delgada, es muy dulce y muy lista. Mira todo con sus grandes ojos claros, llenos de ensueño. Su sensibilidad es extrema. Se cuenta que, siendo muy pequeña y estando gravemente enferma, en estado desesperado, la llevaron al Padre María Antonio, que era un taumaturgo del Midi, y Gabriela se curó. Este relato de la curación era evocado con frecuencia en la familia como milagroso e influyó en el pensamiento meditativo y sensible de la niña.

Otro hecho mucho más dramático ocurrió, cuando tenía ocho años, y le causó tal impresión que nunca se repuso totalmente. Fue en el comedor. Sentada en las

¹ La biografía de la Madre Matilde está escrita a partir del manuscrito de Odette Valence (AFMI Roma 2 J7 – A.71 (1-9)).

² E.LECLERC, *Le Royaume caché*, DDB, Paris, 1987, p. 13 (trad. Española “El reino escondido”. Sal Terrae. 1997)

rodillas de su padre, se entretenía cascando nueces. Hacía frío afuera y en la chimenea ardía un gran fuego. Lucía y su madre estaban en otra parte de la casa. Su padre, arrellanado en un sillón, saboreaba una taza de leche caliente delante del fuego, cuando de repente dejó la taza en la mesa y bruscamente se desplomó junto a la chimenea. Es fácil adivinar el espanto de Gabriela que corrió a avisar a su madre. ¡Estaba muerto! Su padre, que era cardíaco, pero ella no lo sabía, moría de repente delante de ella. Gabriela contaría más tarde la impresión terrible que sintió unas horas después, al poner sus labios sobre su frente helada y sus manos rígidas, tan pálidas y tan frías. Era la primera vez que se encontraba con la muerte, sola, sufriendo el impacto y recobrando el equilibrio para acudir a su madre. Esta experiencia brutal a los ocho años le pesaría durante toda su vida. Volverá a ser juguetona y sonriente, pero conservará rasgos de seriedad, de temor y el presentimiento trágico de la fragilidad de la vida. En adelante será una chica seria y, pensando que se parece mucho a su padre, le perseguirá la idea de que ella morirá de la misma manera. Mucho más tarde, la religiosa lúcida y precisa, comprometida en la acción a la vez concreta y espiritual, a través de la dirección y el generalato, confesará que todas las noches se prepara a la muerte.

He aquí lo que escribiré a su hermana el 15 de octubre de 1927, con la petición expresa de que le entreguen esta carta después de su muerte. Tenía entonces 69 años:

“He vivido con la idea de que podría morir como nuestro querido padre, de muerte repentina. Tengo el corazón débil como él y su muerte me ha impresionado tanto que siempre he deseado que me pasase como a él, dejar la tierra sin dar trabajo. Pero está claro que será como Dios quiera”.

En la mente de los últimos testigos que han conocido a la familia, la figura de su mamá, María Mauriès, permanece difuminada. Una fotografía la muestra en medio de sus amigas con los ojos bajos y pensativos, la boca fina y cerrada como si retuviese una palabra o una emoción. El rostro es demacrado, el mentón bien destacado y voluntarioso: fisonomía a la vez de tristeza y tenacidad. El vestido y la capa oscuros son los de una pequeña burguesa “como es debido”. Su papel hasta la vocación de Gabriela es el de una persona discreta y tiernamente maternal.

Viuda con dos hijas de ocho y tres años y medio, se encuentra en gran apuro. Hay que liquidar la sucesión de Juan Bernardo y ceder su industria. La situación pecuniaria de la familia se deteriora. Encuentra apoyo en el hermano más joven de su marido, Pedro. Éste se convierte en el tutor de las hijas y ayuda a María. Lucía, a los ochenta años, escribirá de él:

“Nuestro tío Pedro tenía un gran afecto a nuestro padre. Me dijo a menudo: “Tu padre es el mejor de mis hermanos”. Ha sido muy bueno y ayudó a mamá a educarnos. Me ha dejado todo lo que tenía”.

María parecerá siempre abrumada por los dos grandes dolores de su vida: la muerte de su esposo y más tarde la marcha de Gabriela al convento.

Los estudios de Gabriela

Aconsejada por su cuñado, María manda a su hija Gabriela interna a las Hermanas de la Cruz de Lavaur. Tiene diez años. Hay que pensar en el futuro. Estas niñas tienen que conseguir una situación digna y para ello tienen que conseguir

diplomas. Gabriela está en Lavour unos años y después va a Castres, al internado de las señoras Pangon. Es un internado muy apreciado. En él se prepara a las jóvenes para el diploma y, al mismo tiempo, se les da una formación espiritual auténtica, superando con creces el simple barniz religioso que se da en algunas escuelas y la devoción sentimental de un romanticismo retardado que lleva a elevar los ojos extasiados al cielo y crearse una religión a flor de corazón y confortable. Toda su vida, Gabriela conservará la impronta de esta formación enérgica y procurará también educar mujeres fuertes. ¿Quizá estas señoras Pangon exageraban al someter a estas jóvenes a un involuntario ascetismo? Gabriela no debió de quejarse, si no su madre la habría sacado del colegio, pero muchos años después, en 1924, confiaría a una religiosa:

“En los internados debemos procurar alimentar suficientemente a nuestras alumnas, es un grave deber de conciencia. Yo sufrí mucho en Castres por la insuficiencia de la comida, y, como era en el momento del crecimiento, me he resentido de ello toda mi vida”.

¿Es en Castres donde toma la costumbre de comer poco? Sus más próximos se preguntan cómo puede vivir comiendo tan poco. En vacaciones vuelve a casa y Lucía nos la muestra ya *“muy buena, muy dulce, yendo todos los días a misa...”*

No hay casi rastro de los años que van de 1867 a 1878. En los recuerdos de Lucía surgen algunos hechos reveladores, como un accidente ocurrido probablemente a la edad de 14, 15 años, durante el verano de 1872. En el internado Pagon de Castres, Gabriela tenía una amiga, Elena Lautard, hija de un recaudador de impuestos de Anglés en el Tarn. A las dos amigas les gustaría verse durante las vacaciones, pero las comunicaciones en este tiempo no son fáciles. Elena tiene la idea de pedir a un tal señor Poulié, vecino de las Pouilh en Graulhet que viene a menudo a comprar pieles a Anglés, porque es curtidor, que tome a Gabriela en coche y la lleve a Anglés. El buen hombre acepta y Gabriela hace el viaje. Pasa unos ocho días con su amiga y, para el viaje de vuelta, el curtidor la vuelve a tomar en el coche para llevarla a Graulhet. Además hay otro viajero. Está contenta de volver a casa. Hace buen tiempo, lleva ese día un bonito vestido liviano salpicado de pequeños ramilletes. De repente, en una bajada, el coche se estrella contra un montón de piedras. ¿Qué ha pasado? ¿El caballo desbocado? ¿Fallo de frenos? Lo cierto es que el otro viajero muere en el acto y Gabriela, proyectada sobre el montón de piedras, pierde el conocimiento. Pero se libra con un desgarrón en la hombrera de su vestido y contusiones leves en las manos. Ella atribuye esta protección a la Virgen María, porque, en el momento del accidente estaba terminando el rosario e iba a empezar las letanías.

Lucía nos habla también de la joven de 18 – 20 años: es muy guapa, muy bien educada, dulce y tranquila, a veces un poco atareada. Tiene ya esa hermosa sonrisa que durante toda su vida expresará lo inefable de un alma profunda que busca a Dios en las personas que acuden a ella.

Probablemente es una laguna irreparable que todas las cartas de su madre, de su hermana y de ella misma fueron quemadas. Efectivamente, se puede pensar que ya maduraba en ella el deseo todavía confuso de una vocación.

El Padre Ginhac³

Dios nos permite reconocer y prestar atención a sus beneficios, a veces desconcertantes. Gabriela se ve favorecida por otra fuente de gracia. En el internado de las señoras Pagon, los padres jesuitas dan regularmente la catequesis a sus alumnas. Uno de estos religiosos, el Padre Ginhac, ejerce enseguida una influencia muy fuerte en esta niña y se convierte en su director de conciencia. Más tarde ella recordará a menudo la actitud de este Padre tan paternal, tan mortificada y tan llena de fe. Su ejemplo y sus consejos parecen determinantes en la evolución psicológica y espiritual de Gabriela. Las Hijas de María Inmaculada sabemos bien los beneficios espirituales que la relación con el Padre Ginhac ha producido en la vida y en la obra de la Madre María José Casteras, tercera Superiora general del Instituto⁴, y también en la Madre María Sofía Baud, cuarta Superiora general.

El Padre Ginhac acaba de dejar el rectorado de los jesuitas de Toulouse, que ejercía desde 1860. En 1869 es enviado a Castres como instructor del “tercer año” de los jesuitas que han terminado sus estudios y se preparan para la vida apostólica. Tiene que organizar una nueva casa porque la de Laon se ha hecho demasiado pequeña para albergar a todos los padres jesuitas de las provincias de Francia.

En una carta a su hermana Eugenia, religiosa de la Visitación de Marvejols, explica así su tarea:

“Este año se llama, según nuestro Padre San Ignacio, ‘Schola affectus’, Escuela del corazón, o sea que se trabaja en tomar gusto, aficionarse a las cosas de Dios; se trata de volver a ser niño; sencillo como en el primer noviciado para iniciar y crear, para siempre, una santa familiaridad con Nuestro Señor... El medio más seguro, más poderoso, más fecundo, así como el más dulce, es amar. Ama a Jesucristo...”

Cuando el Padre Ginhac se ve un poco más descargado de la organización de su nueva casa, puede dedicarse más libremente a la dirección espiritual de los cristianos. En el colegio de las señoras Pagon confiesa a profesoras y alumnas, y predica retiros. Aquí la guerra de 1870 tiene poca incidencia. Los combates tienen lugar sobre todo en el Norte de Francia. Gabriela llega a Castres en 1870 o 1871 y saldrá en 1875 después de conseguir el diploma. Será de aquellas para quienes resultará determinante la dirección del Padre Ginhac. Esta adolescente piadosa, confiada, contemplativa, abierta a Dios, oye decir que hay personas que recorren cientos de kilómetros para entrevistarse con él. Sin duda, también oye decir al Padre

³ Adolescente indomable, se ahoga entre los muros del seminario menor. Su mal carácter le hace rebelde, de queja de todo, de la alimentación, de la sujeción. En esta época, está muy lejos de pensar en el sacerdocio. Un día, un retiro que sigue de mala gana por agradar a un protector que le podría proporcionar una brillante carrera en el mundo, le cambia totalmente. Cuando se proponía ridiculizar todos los sermones que había oído, en una procesión se encuentra ante un gran Cristo que unos hombres llevan en unas parihuelas. Mira y remira la imagen del crucificado y le parece percibir rayos que salen de su Santa Faz y saltan hacia él, penetrando todo su ser. Tiembla y se rinde... Decide inmediatamente pertenecer sólo a Dios y entra en los jesuitas. Desde entonces, su ardor y su fatiga no decayeron nunca y tendió con toda su alma a la santidad, no sin dificultades a causa de aspereza de su carácter. Fue ordenado en diciembre de 1852 y empleó toda su energía, que era mucha, a combatir su naturaleza (Padre P. Ginhac, por el P. Calvet, Tomo I, Roulers, Bélgica 1913)

⁴ M.L.BAILLET, *Elargis l'espace de ta tente, Mère M. Joseph de Casteras 1798 – 1874*, Ateliers monastiques de St. Jeanne de France, Thiais, 2005. *Nota del traductor*: traducción española en *Ensancha el espacio de tu tienda. Madre María José Casteras, 1798 – 1874*, SPM, Madrid, 2006.

Calot, director general del Apostolado de la oración: *“¡Ningún hombre me ha impresionado ni me ha conmovido como él!”*.

Gabriela admira la santidad de este jesuita fuera de lo normal. Su influencia será profunda y duradera. Profunda, hasta el punto de haber cambiado un poco su carácter y la naturaleza de su vida espiritual; y duradera porque, a pesar de las circunstancias imprevistas y peligrosas en que se encontrará durante muchos años a causa de las leyes anticlericales y la dispersión de sus hermanas, conservará esta primera formación como un marco sólido. La doctrina del Padre Ginhac es dura y severa, comprende la aplicación fiel de los ejercicios de san Ignacio, y Gabriela ajusta a ello su vida. Desarrolla su voluntad, lleva al máximo la fuerza del carácter de la que está dotada, lucha contra el dejarse llevar, pero el Padre Ginhac no ignora su dulzura y su frescura de alma. Es un fino psicólogo y respeta la personalidad espiritual de sus dirigidos. Por eso, tiene también en cuenta las características de Gabriela. Tiene como principio ser suave e indulgente, no imponer sus consejos sino observar el trabajo de la gracia y sostener a cada uno en el camino escogido para él por el Señor, incluidas las almas de los niños y adolescentes.

Cuando ya sea religiosa, cualquiera que sea el lugar de su residencia, Gabriela mantendrá correspondencia con el Padre Ginhac hasta su muerte cuya fecha no se conoce exactamente.

La vuelta a la familia

Estamos en 1875, y Gabriela acaba de obtener su diploma. Tiene 17 años. Deja el internado de las señoritas Pangon, vuelve a Graulhet y reanuda la vida familiar junto con su madre y su hermana Lucía. No hay ninguna carta ni ningún documento que nos relate la intimidad entre la madre y las dos hijas. Sólo sabemos que a las dos hermanas les une un gran cariño. Lucía tiene entonces 13 años. Es alegre, charlatana y bulliciosa. Admira a su hermana mayor, que está llena de vitalidad. Gabriela ha tenido que luchar, durante toda su juventud, contra su precipitación natural. Las dos son nerviosas, y Gabriela ha aprendido a dominarse y a mostrar un rostro tranquilo, a pesar de la agitación o la emoción que pueden invadirle.

No tenemos documentos, pero podemos pensar que Gabriela se dedica a los trabajos habituales de las jóvenes de esta época: lencería fina, pequeños tapetes de mesa, pensando en el ajuar de la futura casada; trabajos domésticos. Esto le deja la mente libre para reflexionar y pensar en su futuro. Aparentemente vive la misma vida tranquila de las vacaciones que en otro tiempo la traían de nuevo a la casa familiar, a la soledad y el silencio de su cuarto que tanto le gusta. Lo ha querido todo azul, las paredes y las cortinas. Vuelve a encontrar el ambiente de su infancia y de su adolescencia.

Desprendida del mundo y formada ya en la vida de oración y sacrificio por el Padre Ginhac, Gabriela sueña en el claustro, y eso desde hace años. No sabemos cuándo habla de ello a su madre. Tampoco sabemos nada de su vida interior en esta época. Pero sus actos y el endurecimiento de su madre respecto a ella, nos indican la dirección que toma su vida entre los diecisiete y veinte años. Cuando se abre a su madre, la decisión está ya tomada. Su madre no acoge bien la idea. Privada de su marido, y de su hija durante sus años de estudios, ¿había que verla marchar, y esta vez definitivamente? Lucha contra esta decisión, discute, llora, suplica y finalmente se opone a esta marcha. Lucía que, en este momento, tiene 15 años y ama entrañablemente a su hermana, dirá más tarde refiriéndose a este tiempo: *“Gabriela nos hizo llorar mucho”*.

La llamada del Señor

Gabriela, desgarrada entre el cariño por su madre y su hermana y la llamada del Señor, vive un momento difícil. Tiernamente unida a Lucía y consciente de sus deberes para con su madre, necesita un coraje heroico. Le sostiene en esta lucha la correpondencia del Padre Ginhac, que su madre no parece impedir, pero el Padre deja Castres en 1877. Sus superiores suprimen las dos casas del tercer año de Castres y Laon y reúnen a todos los Padres “terciarios” de Francia en Paray-le-Monial, haciéndole a él su Instructor.

Pero en 1878, una peregrinación de Gabriela a Paray-le-Monial, cuando tiene veinte años, le permite hacer algunos días de retiro bajo la dirección del Padre Ginhac, en el lugar en Cristo se apareció a Margarita María. Enfervorizada y alentada por las palabras del Padre, Gabriela hace propósitos y se impone una orientación de vida. Nos quedan dos hojitas, que ella ha cosido juntas y que muestran este momento privilegiado:

“Hacer bien todas las cosas para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Jesucristo Nuestro como modelo.

María Inmaculada como ayuda.

“Profunda abnegación: interior y exterior

Interior: completa, absoluta en todo, sin límites.

Exterior: la obediencia será su regla y medida.

Fundamentos del edificio espiritual – Trabajo importante a hacer y perfeccionar lo más posible:

- 1) Pureza de intención
- 2) Humildad, sobre todo de espíritu
- 3) Obediencia
- 4) Caridad

“Proponerse exactamente el número de actos a hacer todos los días antes de cada examen. Hacer perfectas las relaciones con Dios, el prójimo y nosotros mismos. Ver a Dios en todas las cosas, de todas las cosas ir a Dios, por Jesucristo Nuestro Señor y María Inmaculada.

(Cuando se tiene a Dios, no falta nada – Él solo basta)

Cuidar especialmente el trabajo de las cuatro virtudes, perfeccionar – mantenerme íntimamente unida a Dios por Nuestro Señor.

Para la dirección del alma: sencillez, humildad y obediencia.

Mantener ocultas las gracias recibidas.

Generosidad sin reservas.

“Nada de extraordinario en lo exterior. Evitar con cuidado todo lo que pareciera serlo: Amor y vigilante búsqueda de la vida común”.

Es verdad que esto parece que son los últimos consejos de un director espiritual a una futura novicia. Tras esa preparación, Gabriela no admite ninguna demora para entrar en el convento. ¿Cómo lo escoge? El Padre Ginhac conoce muchas órdenes, a cuyas fundadoras, superiores y religiosas dirige. Le parece que el Instituto de las Hijas de María Inmaculada es el que más le conviene. Le dice: *“No conozco otra Orden que tenga más el espíritu de Jesucristo”*. La elección de Gabriela parece confirmada por la opinión de su director pues parece anterior a la peregrinación

de Paray-le-Monial. Para él, es una Orden con semiclausura dedicada al apostolado, contemplativa y misionera ⁵.

No sabemos cómo fueron las discusiones, las súplicas y la vehemencia del rechazo de su madre, pero podemos imaginarlas. La voluntad materna y la voluntad filial se explicaban pero la una no comprendía a la otra. ¿Qué iba a hacer Gabriela para responder a la llamada cada vez más apremiante? Hay, sin duda, una correspondencia para deshacer estas complicaciones entre el Padre Ginhac, la Madre María Sofía Baud ⁶, Superiora general de las Hijas de María, y Gabriela. Pero no la conocemos.

La marcha

Se decide que Gabriela deje la casa materna clandestinamente y vaya a una de las casas del Instituto. En esta época hay dos noviciados, uno en Agen y otro en Arbois. Parece que alejar a Gabriela del domicilio enviándola a Arbois facilitará las cosas. Así pues, se dirige primero a Lyon con el fin de, según la “crónica hablada”, “*despistar a una posible persecución*”. De aquí sale para Arbois con otra postulante. Ésta se llama Antonieta Demeure ⁷. El rápido relato que hará mucho más tarde de este viaje revela su ignorancia total de las condiciones especiales en que se encontraba entonces su compañera. Escribe:

“Me alegro de poder añadir una nota de afectuosa gratitud al concierto de alabanzas que se eleva hoy ⁸ en honor de nuestra muy venerada y llorada Madre María Matilde. Creo que no me equivoco si digo que soy la más antigua de toda la Congregación en conocerla, pues el Buen Dios se sirvió de ella para llevarme a Arbois como postulante en 1878. Nunca he olvidado su bondad y sus delicadas atenciones durante este corto pero penoso viaje de Lyon al convento de las Hijas de María. He dicho penoso para el corazón por la separación de la familia. Ella era muy joven, pero su espíritu de fe le sugería palabras piadosas que manifestaban su amor de Dios y de la vida religiosa. Durante el postulantado le vi poco pero recuerdo con qué alegría me recibió

⁵ En la época de la fundación de la Congregación de las Hijas de María, en 1816, en Francia sólo se reconocían las órdenes de votos solemnes. Los votos simples no constituían la vida religiosa. La que quisiera ser religiosa debía emitir los votos ordinarios solemnes en una “religión” o “monasterio”. Estos votos eran por naturaleza definitivos y para las mujeres, desde la constitución *Circa pastoralis* de Pío V (1566), tenían como consecuencia necesaria la clausura. El Padre Chaminade, el fundador, estaba convencido del valor irremplazable de la vida religiosa en la Iglesia, aun a sabiendas de que la profesión solemne, la única posible, iba unida a la observancia de la clausura. Por otra parte, la clausura nunca había impedido ni el cuidado de los enfermos en los hospicios ni la educación de las jóvenes.

⁶ María Solange Felicidad Baud nació en Byans les Usiers (Doubs) el 24 de junio de 1830. Fue educada en las ursulinas. Comenzó el postulantado en las Hijas de María 1849, tomó el hábito el 8 de abril de 1850, hizo la profesión temporal el 17 de febrero de 1852 y se comprometió definitivamente en el Instituto en 1855. Se le confió la comunidad de Lons le Saunier. En 1866 fue nombrada Asistente de la Madre María José Casteras y en 1874 le sucedió como cuarta Superiora general. Murió el 26 de marzo de 1888. Cfr *La herencia de Adela de Batz de Trenquelléon*, SPM, Madrid 1999, p. 159-163.

⁷ Antonieta Demeure, en religión Sor Antonieta, nació el 15 de septiembre de 1853 en Saint Etienne (Loira). Entró en el noviciado del Instituto el 25 de noviembre de 1878 en Arbois (Jura). Hizo sus primeros votos el 8 de diciembre de 1880 y su profesión definitiva el 22 de septiembre de 1886 en Tonneins (Lot et Garonne).

⁸ Carta sin fecha. Sería de 1940, 1941, tras la muerte de la Madre M. Matilde, cuando se recogían los testimonios de las hermanas que habían vivido con ella.

cuando fui a saludarla tras la ceremonia de hábito el 25 de noviembre de 1879”.

Volvamos a Gabriela. Su madre no acepta los hechos consumados. Imbuida de esa autoridad absoluta de los padres, a la manera romana, de la que quedaban todavía duros vestigios en algunos lugares de esta región, quiere ir a buscar a su hija, todavía menor de edad, y traerla. Se dirige primero a la gendarmería y después al procurador de la República, que le responde:

“Si su hija estuviese en una mala casa, en dos horas la encontraríamos; pero en un convento, ni lo piense. Le esconderán; cuando se le busque en la capilla, estará en el jardín, si se va al sótano, estará en el desván... ¡Déjela donde está!”

La madre llama en su ayuda al tutor de sus hijas, el tío Pedro, que es capitán de infantería de marina. Sobre la autoridad familiar comparte totalmente las ideas de su cuñada. Él viene y hace las gestiones necesarias para saber dónde está su sobrina, lo que no le resultó difícil. Toma el tren y, cuando finalmente Gabriela ya respira después de la lucha que la había agitado, se presenta en el convento su tío, serio, frío, correcto y decidido. Ella tiene que seguirle. Toda su vida sintió un escalofrío al pasar delante del hotelito de la estación que les había albergado hasta la hora del tren matinal. Evidentemente Gabriela no es mayor de edad, pero, si se piensa que sólo le separan de su mayoría unos meses, sorprende la búsqueda apasionada de la madre y la ayuda que le presta el tío Pedro, hombre ponderado y razonable. En realidad, lo que opone a la madre y la hija no es la cuestión de la marcha prematura sino una firme decisión de guardarla definitivamente. La madre aprovecha la corta demora que le da la ley para utilizar un gesto desesperado para retenerla. No puede pensar que en tan poco tiempo el espíritu y los proyectos de Gabriela vayan a cambiar como para hacerla renunciar a la vida religiosa. Intenta torpemente un gesto de intimidación.

Esta madre, que conocemos poco, que permanece en segundo plano en la vida de sus hijas, de la que no tenemos ninguna carta que nos ofrezca alguna anécdota reveladora, cuyas reacciones constatamos simplemente en el drama de esta marcha, queda aquí reflejada. ¡Qué fuerza en esta silenciosa! ¡Qué voluntad tenaz, irreductible! ¡Cómo se parecen madre e hija!

Un mes y nueve días después de cumplir su mayoría de edad, Gabriela se va de nuevo. Entra en el noviciado de Agen el 19 de mayo de 1879. Los adioses son fríos. La madre vuelve a su casa con Lucía. Comienza entonces un silencio terrible entre Gabriela y su madre vencida, que durante años no responderá a ninguna carta de su hija. La Madre Matilde no volverá a ver nunca a su madre. Su hermana y su tío, sin embargo, se reconciliarán con ella.

2. LA NOVICIA

Gabriela no llora al ir a Agen, pero esta “victoria sobre la naturaleza” le ha sacudido profundamente. Impresionable y nerviosa como es, piensa en el dolor y desasosiego de su madre, y sufre. Su voluntad es fuerte, pero su sensibilidad vibrante le agota. Tiembla realmente y parece más tímida que victoriosa al llamar a la puerta del convento de Agen. Ya nada le obliga a esconderse en un lugar lejano.

Las Hijas de María están en Agen desde su fundación en 1816. Primero han ocupado un lugar con título de nobleza. Los templarios poseían un castillo y después, en 1312, cuando la orden fue dispersada, los hospitalarios de san Juan de Jerusalén

(llamados más tarde caballeros de Malta) se instalaron allí. En el siglo XVIII este lugar tomó el nombre de “Refugio” y albergaba a las religiosas del Buen Pastor, dedicadas a la educación de las chicas en dificultad. La Revolución las expulsó. Al fundarse las Hijas de María alquilan esta casa a la ciudad. Pero es un lugar tan insalubre que muchas religiosas caen enfermas. En 1820, el Instituto se traslada a otro barrio de Agen, a los “Agustinos”, religiosos que también habían sido expulsados por la Revolución.

Así pues, ya tenemos aquí a Gabriela, silueta pequeña y delgada, a la vez intrépida y temerosa, que entra en la gran casa, en donde muchas religiosas santas la han precedido. Conoce ya una parte del convento: el recibidor, la capilla, el jardín. Hoy entra en el “santa sanctorum”, en la comunidad en que reinan el silencio y la gran soledad fraternal. ¡Ha anhelado tanto este ambiente para encontrarse con Dios y escucharlo sin ruido de palabras!

Gabriela no es aquí completamente extraña. Conoce a la Madre María Sofía Baud, entonces Superiora general, valiente y cariñosa, cuya endeble salud no es más que *“un hilo colgado entre este mundo y el otro, que amenaza romperse a cada instante”*. Conoce sobre todo a la Madre María Estanislao⁹, la maestra de novicias. No tenía más de quince años cuando se vieron por primera vez. Gabriela había ido a Agen a ver a una amiga de internado que había entrado en el noviciado. La recibió la Madre Estanislao en el recibidor. Dice el autor anónimo de esta página de los archivos:

“Desde la primera entrevista, se produjo como una atracción recíproca entre estas dos personas. El aspecto de esta religiosa, en la plenitud de su madurez, de ojo tan penetrante, su sonrisa amable y afable, su andar grave, sus maneras y palabras que desprendían no sé qué de sobrenatural que eleva el alma y la acerca a Dios, todo ese conjunto de virtud y de sensatez cautivó a la joven adolescente”.

Gabriela, desde ese día, no duda en confiarle algunos escrúpulos que guardaba y también su ardiente deseo de ser religiosa. Estima a Madre Estanislao y la admira. Siente una gran alegría de ser dirigida por esta religiosa tan interior y tan humana a la vez, que irradia sencillez evangélica. Gabriela se ha confiado a ella totalmente y le ha expresado sus deseos más profundos. Antes de que tomase su decisión de responder a la llamada del Señor, la Madre le había dicho: *“Hija, tú no estás hecha para el mundo”*. Estas palabras le habían impresionado mucho. La Madre María Estanislao sigue en esta joven alma el trabajo profundo realizado por el Padre Gin hac: el cultivo del espíritu de sacrificio, el amor del dolor físico y moral. ¿Teme cierto exceso en esta formación? Amar el dolor hasta ese punto ¿no hará estallar este joven corazón femenino demasiado sensible? Un día viene Gabriela a ver a la Madre Estanislao con un libro bajo el brazo: la vida del Padre Baltasar Álvarez. Le dice Gabriela: *“Me gusta mucho esta vida. Este santo religioso ama los sufrimientos...”* Le responde la Madre: *“Yo conozco algo más hermoso, es el Ecce Ancilla...”* Sin explicar

⁹ María Francisca Isabel Pernier nació en Saint Claude (Jura) el 1 de enero de 1827. Entró en el internado de las Hermanas del Sagrado Corazón en 1835. Se siente llamada pero, contrariamente a sus deseos, su confesor le orienta hacia las Hermanas del Sagrado Corazón. Entra en ellas el 21 de noviembre de 1846, pero no se siente en su sitio y eso quebranta su salud. Sale de esta Congregación y entra en el Instituto de las Hijas de María el 15 de febrero de 1847, toma el hábito el 24 de junio con el nombre de María Estanislao, emite sus primeros votos el 31 de diciembre de 1848 y sus votos definitivos en 1853. Es enviada a Condom, donde es directora del internado hasta 1858, fecha en la que es nombrada superiora de la comunidad de Arbois. En 1874 se convierte en Asistente al lado de la Madre María Sofía Baud. A la muerte de esta última en 1888, será la quinta Superiora general. Pasará la frontera y fundará en España donde morirá (Amorebieta) el 15 de febrero de 1907 (F. ZONTA, o.c.,p. 164-170).

nada o explicando muy poco, discretamente, a su manera, la Madre Estanislao le enseña que lo que conduce a la santidad, más que el amor de los sufrimientos por los sufrimientos, es la búsqueda de la voluntad de Dios como la vivió María...

La Madre Estanislao está llamada a tener más tarde una profunda influencia sobre la joven hermana que tendrá en ella una confianza total. Por el momento, Gabriela, ardiente y juvenil, quiere ir a lo más doloroso, a lo más difícil, a lo más heroico y seguir el ejemplo de ese santo que es el Padre Ginhac. La alta y difícil santidad de este último ha extendido su influencia sobre toda la casa. Es también el director espiritual de la propia Madre María Sofía Baud, que recuerda a menudo a las superiores y a las maestras de novicias:

“Lo primero que hay que enseñar a las principiantes es la gran ley de la abnegación, del desprendimiento de las criaturas y de sí misma. Formemos religiosas fuertes, que sepan hacer poco caso de ellas mismas y tengan en cuenta los grandes intereses de Dios y de las almas sin tener en consideración a su propia persona”¹⁰.

¡Abnegación! Gabriela se repite esta palabra clave con toda la alegría y la esperanza de darse sin retorno. Desde la tarde de su llegada tiene ocasión de ponerla en práctica. Cuando se viste el vestido negro de las postulantes, conoce una noticia que le desconcierta un poco. La Madre Estanislao, a la que tanto aprecia y quiere, deja ese mismo día su tarea de maestra de novicias porque es destinada a otras funciones. La religiosa que le sucede es la terrible Madre Vicente Rambaud¹¹. Muy buena y muy recta, cree un deber “probar” a las recién llegadas con una cierta brutalidad. Es una opinión corriente en esta época, tanto en las comunidades masculinas como femeninas. Hay que tratar duramente a las novicias, al menos en palabras. Más tarde, más bien se comprenderá y ayudará a la nueva postulante, que deja la familia y las costumbres del mundo, a dar el paso.

Así pues, al día siguiente Gabriela sigue a sus compañeras a la capilla y hace la oración preparatoria para la comunión, El director espiritual le ha permitido, desde hace algún tiempo, la comunión diaria¹². Cuando llega el momento, Gabriela se levanta y con las manos juntas se dirige a la sagrada mesa. Pero siente en su espalda una mano fuerte, y le dice la Madre Vicente: *“Ahora habrá que ir al ritmo de la comunidad”*. La postulante vuelve a su sitio y se arrodilla resignada.

El celo reformador de la Madre Vicente se ejerce de muchas otras maneras para perfeccionar a Sor Gabriela, que obedece siempre dócilmente. Ella contará más tarde que, persuadida de la verdad de esta máxima: “todo lo que merece ser hecho, merece ser bien hecho y es preciso hacer el máximo que nos sea posible para complacer a Dios”, se dedicó un día a zurcir, como mejor podía, un viejo pañuelo agujereado. Empleó en ello todo el día. La Madre tira el pañuelo y dice secamente: *“Ha perdido el tiempo, no valía la pena”*. Era verdad, pero la pobre torpe, muy sensible, queda decepcionada y conservará la pena mucho tiempo. Son pequeños pinchazos que hieren, que pueden formar el carácter de algunas pero que, en otros casos, corren el riesgo de producir el efecto contrario del que pretenden.

¹⁰ Circular del 23 de mayo de 1875.

¹¹ Justina Rambaud, en religión Madre Vicente, nació en Besançon el 24 de marzo de 1845. Entró en el noviciado del Instituto el 22 de noviembre de 1866 en Arbois, hizo sus primeros votos el 13 de octubre de 1869 y se dio definitivamente al Señor el 5 de octubre de 1872. Murió el 6 de junio de 1903 en Agen.

¹² Las comuniones diarias son en este momento muy raras, incluso en los conventos. Generalmente sólo se comulga dos o tres veces por semana.

Un día, durante el recreo, Sor Gabriela dice incidentalmente que detesta el color verde. Por la noche, preparando las pequeñas lámparas de aceite para todos los dormitorios – en este tiempo no existe todavía la electricidad -, se le cae sobre su vestido negro de postulante todo el contenido de una lámpara. Para “castigarla”, la Madre Vicente va a buscar, entre las cosas retiradas, un vestido de color verde papagayo para remplazar al vestido manchado hasta que se lavase. Vergüenza inexpressable de la tímida Sor Gabriela que tiene que llevar durante algunos días este vestido, suscitando las risas de sus compañeras. Podemos recordar aquí lo que pensaba la Madre María José Casteras algunos años antes sobre la humillación pública: *“No humillar nunca públicamente sino corregir cara a cara...”*

Las humillaciones sufridas fueron numerosas, pero la más cruel sin duda fue ésta: un día la Madre Vicente muestra a Sor Gabriela un limaco vivo y le manda tragárselo. Sus grandes ojos expresan una angustia terrible, se turba, pero, heroicamente obediente, Gabriela toma el limaco y se lo traga... Ella confesó después que, durante tres días, lo había sentido moverse, subir y bajar en su gástrico. La Madre Vicente no dio explicaciones de su gesto. ¿Era porque en algunas regiones de Francia se creía que tomar limacos vivos curaba las enfermedades del pecho? ¿Se puede pensar también que la Madre Vicente tenía cuentas que arreglar con su propia infancia y no había visto todavía con claridad lo que pasaba en ella? Se pueden pensar muchas cosas...

Por otra parte, sabemos que la salud de Gabriela es precaria. No puede alimentarse normalmente y no asimila casi nada. ¿Hay que pensar en la alimentación insuficiente en el internado de las señoras Pangon? ¿Se trataba de imitar el ascetismo del Padre Ginhac que hacía preguntarse cómo se podía vivir comiendo tan poco? ¿Se puede imaginar que todas esas reprimendas, coacciones y humillaciones repercuten en este temperamento nervioso? Sea lo que sea, su salud es preocupante. Cuando llega el momento de pronunciar sus primeros votos, las superiores están perplejas. Aprecian a esta postulante, entregada totalmente a Dios, sin quejarse nunca, mostrándose siempre obediente, amable, servicial, discreta y piadosa. Pero estando tan débil y delgada, ¿podrá, a pesar de su coraje heroico, seguir la Regla en todo su rigor? Se hace la pregunta al Padre Ginhac, que la ha presentado. La respuesta es clara: *“Si quieren una persona sana, mándenla a casa, pero si quieren una santa, consérvenga y prestará importantes servicios a la Orden”* ¡Qué profeta! Cuando la maestra de novicias presenta a la señorita Pouilh para la toma de hábito, *“las Madres del Consejo dan su parecer favorable a su admisión y la Reverenda Madre es de la misma opinión”*¹³.

Con una alegría profunda Gabriela se pone el vestido negro, con el cinturón blanco y el velo blanco de las novicias. Pierde su nombre y recibe el de Sor María Matilde. Con su alegría se mezcla, sin embargo, una cierta tristeza. Nadie de su familia asiste a su toma de hábito. No tiene incluso la madrina tradicional. Por casualidad, la señora Delzenne, una amiga de la casa, se encuentra allí y acepta ese papel. Preparada para todas las contradicciones y todos los sacrificios, Sor María Matilde intensifica la lucha contra sí misma. Gentil, tranquila, siempre muy dulce al exterior, no quiere revelar nada de sus inquietudes, de sus turbaciones como muchas almas interiores, que desde el principio de su vida religiosa quieren subir muy rápido hacia la vida perfecta. Segura de sus buenas intenciones, sufre por no ser comprendida pero tiene tendencia a repetirse que no está equivocada, que sus ideas son acertadas. La lucha que ha sostenido con su familia refuerza esta confianza en ella. Bajo su calma

¹³ Extracto del acta del Consejo del 17 de noviembre de 1879.

aparente, rugen tormentas que terminan en un duro y secreto aprendizaje de la humildad.

Sufre mucho porque, aunque esté habituada a darse, esta “naturaleza” que hay que matar se despierta y se rebela a cada instante. Recordando los vigorosos consejos del Padre Ginhac y animada por una voluntad sorprendente en una persona tan dulce, lucha con todas sus fuerzas contra momentos de pánico espiritual que intentan desalentarla. Lucha también contra esa “prisa” que le hace correr a veces, en lugar de ir con calma a las personas y a las cosas; lucha finalmente contra una sensibilidad ardiente que trae a su memoria las súplicas de su madre y de Lucía, y eso le desgarran. Novicia tranquila y sumisa, anda pausadamente cuando tiene ganas de saltar, sonrío pero la angustia le oprime. Demasiado forzada, demasiado victoriosa de su timidez, silenciosa y recogida, es ejemplar, pero sus nervios están tensos al máximo y está expuesta en cada momento a no controlar un desbordamiento. Reprimiendo un grito y las lágrimas, confiesa un día: *“tengo ganas de gritar en el bosque”*. Frágil y voluntariosa, la vida interior le ha ganado a la vida física. Dios es un huésped sublime y terrible para la fuerza de una joven. Ella lo comprende y escribe: *“Pero Él no ha abandonado nunca a un alma que se confía plenamente a Él y tiene para ella delicadezas que no se pueden pagar con nada”*.

Duras exigencias divinas, delicadezas sobrenaturales, la gracia mantiene a esta débil criatura entregada y tierna, la inunda a la vez de dolor y de alegría. Porque ella tiene alegría. Es una alegría interior, profunda. Una sonrisa extraordinaria ilumina a menudo su rostro, y no es una sonrisa forzada sino la irradiación de la bondad, de la confianza y de la fuerza misteriosa que habita en ella y que comunicará a las almas durante toda su vida.

Sor María Matilde ha entrado en las Hijas de María guiada por el Padre Ginhac. Esto indica una gran sabiduría por parte del Padre. Si hubiera entrado en el Carmelo, como ella había pensado no hace mucho, Gabriela habría sido sin duda una excelente religiosa, pero habría sacrificado no sólo su salud y quizá su vida sino también todas las cualidades misioneras que va a desarrollar en la Hijas de María.

La vida religiosa en el siglo XIX

Para tratar de comprender un poco mejor la vida religiosa de esta época y la vigorosa formación que se da, es bueno que nos situemos en el contexto de la sociedad del siglo XIX, en que la educación familiar y la formación en el noviciado presentan muchas semejanzas. La autoridad paterna en la familia y la autoridad religiosa en los conventos no soportan ningún fallo.

Para adentrarnos un poco más en este tema, nos apoyaremos en dos obras: la de Ivonne Turin y la de Odile Arnold. Son dos obras que parten de dos puntos de vista diferentes. Una trata de la emancipación de la mujer consagrada y tiene como subtítulo “El feminismo en religión”; la otra estudia más la relación del cuerpo con el alma. Las dos obras se completan admirablemente ¹⁴.

Aunque la diversidad viva de los itinerarios sea múltiple, se descubre hasta qué punto el estatuto de la mujer religiosa coincide con el que el siglo dicta al conjunto de las mujeres. Todos los poderes, tanto el político como el eclesial y familiar, se

¹⁴ Ivonne TURIN, *Femmes et religieuses au XIX^e siècle, le féminisme ‘en religion’*, Nouvelle Cité, Paris, 1989; Odile ARNOLD, *Le corps et l’âme, la vie religieuse au XIX^e siècle*, Seuil, Paris, 1984.

esfuerzan en controlar a la mujer, que mantienen bajo su autoridad. Éstas no podrían, ni por naturaleza ni por derecho, dejar su estado de “menores de edad perpetuas”. De ahí se deducen la desconfianza y el sometimiento.

Entonces las mujeres no tienen más que dos soluciones:

- Estar sometidas a una perpetua maternidad en la dependencia y la fecundidad, convirtiéndose así en “máquinas de procrear”.
- Ser anuladas en la virginidad consagrada.

La vida religiosa, marcada por las costumbres de esta época, se caracteriza por:

- La huida del mundo, que distrae, aparta de lo importante y pierde el alma. Este mundo, además de fútil, es cruel. Este trabajo de huida del mundo se realiza por el retiro y el respeto del silencio que favorecen el diálogo con Dios.
- El desprecio del cuerpo y el desarrollo de una mojigatería enfermiza. El ser humano tras el pecado original es perverso. Hay que contrarrestar la naturaleza. Es la toma de conciencia de una falta original, de una debilidad innata. Por tanto, el mayor error espiritual para el ser humano, naturaleza creada, es el orgullo. Entonces hay que trabajar la humildad, virtud regia para la religiosa del siglo XIX. El camino más seguro para conseguir esta virtud es la humillación y la mortificación. Estas virtudes suponen una relación de dependencia respecto al Creador y una relación de servicio respecto a las criaturas. Acumular el máximo de pruebas aflictivas en la vista, el gusto, los sonidos y los olores se convierte en el criterio de la santidad. También *“el hábito entierra el cuerpo y el ser interior en el olvido y el anonimato”*¹⁵.

Desde los orígenes de la vida monástica, el ascetismo es considerado como una condición fundamental de la vida religiosa. Aunque en el siglo XXI no nos guste mucho este término, sigue siendo necesario. Pero en el siglo XIX se ha llevado a veces hasta el límite de las capacidades humanas. La sabiduría lúcida, realista y espiritual nos ayuda a ponerlo en su sitio. La mortificación es la pieza clave. Llevar la cruz siguiendo a Cristo es identificarse con las palabras del Maestro¹⁶. Pero veamos cómo se entiende esto en el siglo XIX: *“El alma está enferma cuando no se mortifica la carne”*¹⁷. Nunca se es suficientemente duro contra el cuerpo porque no hay elección más que entre esta violencia y la desgracia eterna. Para salvarse hay que ser mártir o por el hierro de los tiranos o por la mortificación. Ésta se convierte en un ejercicio continuo para atesorar el máximo de actos. Las mujeres casadas no son ajenas a esta clase de penitencia. Algunas se imponen ayunos rigurosos y llevan un cilicio primero de crin y después de alambre con puntas. ¡Es el ambiente de la época!

El estado de la criatura es también un estado de sufrimiento. Misterio de sufrimiento que camina y culmina con Dios en la cruz. Están relacionados la pobreza, la humildad, el sufrimiento y el misterio de Dios crucificado. A veces se confunde la mortificación con desviaciones que pueden pervertirla. De ahí la importancia del esfuerzo en ascesis para combatir la naturaleza y “doblegar la máquina”. Es un esfuerzo que se convierte en fuente de progreso y libertad para algunos, pero que en otros casos, ante los fracasos repetidos, suscita desaliento y amargura del alma. Pero nada hay más contrario a la espiritualidad que este tipo de cálculo. Entonces el cuerpo ya no es templo del Espíritu Santo.

¹⁵ O. ARNOLD, o.c., p. 59.

¹⁶ *“Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga”* (Lc 9,23; 14,27)

¹⁷ San Alfonso María de Liguorio (1696-1787), (126), 1843 p. 139.

Por otra parte, la corta duración de la vida por causas variadas, como el “Terror”, todavía presente sobre todo al principio de siglo, las guerras recientes, pero sobre todo la tuberculosis que hace estragos en Francia, ponen a las religiosas ante la fragilidad de la vida y las confrontan a menudo con la muerte. Baste recordar que durante los dieciocho años de generalato de la Madre María José de Casteras, tercera Superiora general del Instituto (1856-1874), murieron ciento once hermanas jóvenes¹⁸. Algunas dicen: *“Es tan hermoso morir joven”*¹⁹.

Naturalmente con todo eso se busca el absoluto de la fe. Todo el afán es complacer a Dios, ofrecerle una dedicación pura en un espíritu de amor y de gran fidelidad, pero a menudo a fuerza de puños. Y, sin embargo, se ven aparecer personalidades excepcionales, mujeres de una firmeza admirable, y además vitales, alegres, generosas y sensibles, que han encontrado en este espacio conventual y en las responsabilidades una libertad notable para dominarse, una lucidez para obrar, y que han marcado su medio y su tiempo. A pesar de las ideas sobre la abyección del cuerpo y de uno mismo, a pesar del peso del “amaestramiento”, a pesar de la soledad y las prohibiciones de todo afecto, estas hermanas muestran una gran virtud de vida, una auténtica fuerza que irradia, una capacidad para integrar, sin quedarse chafadas, el peso de la imposición y de la teoría. Aun participando completamente en el sistema, lo han atravesado sin resentirse de los aspectos negativos. Al mismo tiempo, hay que reconocer que el convento, en esta época así como en las anteriores – baste recordar las grandes abadesas de la Edad Media -, es el único lugar en el que la mujer puede realizar plenamente sus aspiraciones profundas humanas y espirituales, sin estar bajo el dominio del hombre.

Hoy, en este principio del siglo XXI, si no estamos atentos, corremos el riesgo de caer en el escollo contrario, el laxismo. Gracias a Dios los tiempos han cambiado, pero siguen en vigor la fe anudada al cuerpo de nuestras mayores, su deseo de adherirse plenamente a la voluntad de Dios y la búsqueda de la humildad por la ascesis. La reconciliación del alma y el cuerpo, debida a la renovación bíblica y al desarrollo de las ciencias humanas, nos permite entrar en una nueva relación mutua.

Dios es UNO, y nosotros, creados a su imagen, somos uno o, más exactamente, en camino hacia la unificación. Dios tiene la iniciativa de mi cuerpo. “Yo soy un cuerpo”, pero no tengo sólo un cuerpo y lo que el cuerpo vive se refleja en el alma y viceversa. “Yo soy un cuerpo animado” o “un alma encarnada”. El cuerpo es mi historia, mi memoria, la expresión de mi personalidad, el medio de entrar en relación con el otro, el lugar del sufrimiento, el reflejo de mi interioridad, “el lugar de nuestra transfiguración”, dice un religioso²⁰. El cuerpo habla y yo debo escucharle, no para complacerme en cualquier goce exagerado sino para responder de una manera más plena y “eficaz” al Señor de la vida. *“Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia”*²¹, y así realizar lo que espera de cada uno de nosotros para la salvación de los hermanos.

El Instituto de la Hijas de María Inmaculada

Este Instituto (*en realidad, el nombre fundacional es “Hijas de María”; se le añade “Inmaculada” en 1869, durante el generalato de María José de Casteras. Nota del editor en Ágora*) ha nacido en Francia en 1816. La Revolución ha dispersado a la

¹⁸ Sor Marie Luce Baillet, o.c., p. 191.

¹⁹ O. ARNOLD, o.c., p. 288.

²⁰ B. UGEUX, profesor del Instituto católico de Toulouse, Padre blanco.

²¹ Jn 10,10

mayor parte de las antiguas órdenes. Expulsadas de sus conventos, impedidas de reunir a sus religiosos, estas órdenes no han sobrevivido o se han marchitado en pequeñas comunidades. Pero todos los obispos piden religiosos y religiosas para sus obras que no tienen cohesión ni responsables. La Iglesia se encuentra en un gran infortunio. La Revolución no sólo ha suprimido las órdenes religiosas sino que ha sometido al clero a la “Constitución civil”, dividiéndolo en los que han jurado y los que no han jurado. Los cristianos se han encontrado ante un clero separado, lo que les obliga a elegir. Cuando pasa la tormenta, se reanuda el culto como se puede, pero Francia está terriblemente descristianizada. Entonces la piedad de los fieles se orienta hacia un apostolado urgente con el fin de restablecer la fe. Adela de Trenquelléon²², nuestra Fundadora, a los 16 años organiza en su región lo que hoy se podría llamar la Acción católica de mujeres, asociando entre ellas a amigas y compañeras dedicadas a la evangelización de su ambiente viviendo en su familia. Entra en relación epistolar con un sacerdote de Burdeos, el Padre Chaminade²³, animado del mismo espíritu misionero, y decide trabajar con él. Éste le inicia en el culto a María. Dice él:

“Nuestras congregaciones no son sólo asociaciones en honor de la Santísima Virgen, son una milicia santa que avanza en nombre de María y se propone combatir a los poderes infernales bajo la protección de la que tiene que aplastar la cabeza de la serpiente”.

Y más tarde le escribe: *“Vosotras seréis religiosas misioneras”*.

La ardiente Adela acoge con entusiasmo este apostolado con y para María. De esta “Pequeña asociación”, organizada por ella, nacerá la Congregación de las Hijas de María, que desarrollará esta llama del apostolado mariano. La que más se beneficia de esta influencia es Sor M. Matilde.

La piedad filial hacia María, que el Padre Chaminade subraya, comporta una imitación de la Virgen en sus rasgos más salientes. Imitar sobre todo su interioridad y su amor maternal. La acción sobre las personas no es dogmática, intelectual, y no insiste, como es habitual en esta época, en el temor a la venganza divina. Muestra la acogida amable y sonriente de una madre sobre todo con las almas turbadas y las “ovejas perdidas”. Cura las heridas físicas y morales. La caridad debe tener la forma de afecto sincero, de compasión, de entrega, de ternura que comparte el pan y la dulzura de Dios. Así lo va comprendiendo poco a poco Sor M. Matilde.

Llena de coraje, sigue los ejercicios cuando puede, esconde sus malestares, supera su debilidad, prueba una árida alegría en este ambiente a la vez austero y sonriente. Tiene, sin embargo, una gran pena, la de estar totalmente cortada de su familia, que no responde a ninguna de sus cartas y le guarda rencor por su marcha. Pero ve en esta pena una prueba que acepta con paz.

Como las otras novicias, cuando no se le obliga a dormir más tiempo, se levanta a las cinco, hace su cama en silencio en el dormitorio común y baja a la capilla

²² Adela de Batz de Trenquelléon, en religión María de la Concepción (1789-1827), nació en el castillo de Trenquelléon en el municipio de Feugarolles, cerca de Agen (Lot et Garonne). En 1816 fundó el Instituto de Hijas de María (Marianistas).

²³ Guillermo José Chaminade (1761-1850) nació en Mussidan y murió en Burdeos. Sacerdote refractario de la diócesis de Burdeos, tuvo que refugiarse en España. Durante este exilio, tuvo la revelación de fundar una orden con dos ramas: las Hijas de María en 1816 y la Compañía de María en 1817. (*La autora se apoya en declaraciones tardías del P. Simler -1887 y 1889- interpretando lo vivido por el fundador en Zaragoza. En realidad no tenemos ningún testimonio del P. Chaminade sobre ello. Nota del editor de Ágora*). A su vuelta del exilio en 1800, crea las congregaciones de hombres, mujeres y jóvenes para la recristianización de Francia.

para la oración y la meditación. Se rezan también los seis Pater, Ave y Gloria. Llegamos así a dos horas de ejercicio. A las siete, Sor Matilde y sus compañeras recitan el “Oficio Parvo de la Santísima Virgen”. Después viene la Misa, seguida de un cuarto de hora de lectura o de acción de gracias para las que tienen permiso para comulgar. El trabajo o la clase empieza a las nueve y dura hasta las once y media. Sor Matilde cose o da clases de piano. Sigue un examen particular de un cuarto de hora, antes de ir al comedor a mediodía. La comida, punto negro de la jornada para Sor Matilde, precede a un recreo que se toma lo más a menudo en el jardín hasta las dos. Después en silencio cada una vuelve al trabajo hasta las cinco. De cinco y media a seis, cuando el alboroto de los niños liberados se apacigua, vuelven a la capilla para la meditación de la tarde. A las siete y cuarto, rosario, cena y recreo hasta las nueve y cuarto. Un cuarto de hora de examen antes de la oración de la noche y después la exposición de los puntos de oración para el día siguiente. Y a las diez tienen que estar apagadas todas las luces del noviciado silencioso. Para el Padre Rousseau²⁴, que hace notar la semejanza con los reglamentos que san Ignacio trazó para sus religiosos, todo esto es normal:

“No hay nada de penoso en esta distribución de la jornada. Ninguna fantasía en este programa sino que sueño y recreo se equilibran con el trabajo. Ningún rigor tampoco en el régimen alimenticio, salvo el ayuno del viernes y la abstinencia de los tres días de carnaval. El Padre Chaminade había prescrito este régimen. Por el contrario, la disciplina religiosa es austera y se inspira en San Benito, legislador del trabajo monástico, del silencio y del alejamiento del mundo”.

El 3 de julio de 1822, la Madre Fundadora escribía: *“Nosotras no tenemos celdas, nos acostamos en un único dormitorio”*. Y en una carta posterior, vuelve sobre esos artículos que le parecen particularmente duros. *“Tenemos que trabajar siempre juntas, en silencio y recogimiento, cuando los ejercicios y las obras nos dejan descanso. Todo es común entre nosotras: no nos está permitido disponer ni de una hoja de papel”*. Y a propósito de la privación de habitaciones individuales confesaba: *“Hay que tener abnegación religiosa para pasar sin ellas”*.

El 13 de julio de 1888, el Papa León XIII aprobaba definitivamente las Constituciones de las Hijas de María, y fijaba la meditación de la mañana en una hora entera y el total de los ejercicios entre cuatro horas y media y cinco horas.

La joven Sor Matilde se somete a la prueba más temible, la del silencio. Comprende el freno y la purificación que supone para ella. Como decía el Padre Chaminade, y como a ella le gustaba explicar más tarde, este silencio comprende los cinco silencios: el silencio de la *palabra*, el silencio de los *signos*, el silencio de la *mente*, el silencio de la *imaginación* y finalmente el silencio de las *pasiones*. Disciplina rigurosa, común a las órdenes más severas, que obliga a profundizar en su vida interior, que vuelve pobre a la mente en una santa indigencia y detiene la circulación de imágenes e impresiones inútiles. Para las jóvenes, este silencio fomenta la obligación, bajo la acción de la gracia, de madurar en ellas unas vocaciones todavía indistintas, de librarse de todo lo artificial adquirido en contacto con el mundo, de desempeñar en la obediencia su verdadera libertad, de abrirse a la vida sobrenatural y al recogimiento que prepara el contacto con Dios.

²⁴ H. ROUSSEAU, SM, autor de la vida de la Madre María de la Concepción de Batz de Trenquelléon. Nació en Besançon en 1859, fue ordenado sacerdote en 1883 y nombrado Asistente del Superior general en 1907. Murió en Rêves (Bélgica) en 1941. AGSMM, dossier H. Rousseau.

3. LA MAESTRA DE NOVICIAS

De 1881 a 1887, es decir el período que comprende la salida del noviciado, la profesión de los primeros votos y el momento de los votos perpetuos, no tenemos ningún documento sobre Sor M. Matilde. Con fecha 5 de diciembre de 1881, encontramos en los archivos esta nota que relata una reunión de las Madres del Consejo:

“... Sor Matilde Pouilh terminará sus dos años de noviciado el 8 de diciembre (1881); desde su entrada en comunidad, su conducta ha sido siempre edificante. Tiene mucha piedad, un buen carácter y su diploma, pero una salud muy delicada. No puede aportar ni dote ni pensión, pero compensan sus cualidades. Las consejeras dan gustosamente su parecer favorable a la admisión de esta novicia a la profesión temporal. La Reverenda Madre es de la misma opinión”,

El 5 de septiembre de 1887, en la reunión del Consejo se hace otra propuesta:

“... Sor María Matilde Pouilh, profesora de coro ²⁵, cumplirá el próximo 8 de diciembre seis años de votos temporales. Su salud no le permite hacer su tercer año ni incluso seguir los ejercicios del retiro, pero podría pronunciar sus votos como las otras el día de clausura de nuestro retiro anual en el acto de renovación. Se pediría autorización al Superior. Las consejeras son de esta opinión”.

A continuación un añadido indica que no ha sido concedida la autorización. Pero un poco más de dos meses después, el 18 de noviembre de 1887, se encuentra en los archivos esta resolución:

“... La Reverenda Madre ha propuesto para la admisión definitiva a la profesión perpetua de la casa de Agen: 1º a Sor X, 2º a Sor María Matilde Pouilh, que cumplirá el próximo 8 de diciembre seis años de votos temporales. Estas dos hermanas son admitidas a la profesión perpetua”.

De estas actas podemos deducir al menos dos cosas.

- Primero que la salud de Sor María Matilde no ha mejorado nada desde su entrada en el convento puesto que le es imposible seguir incluso los ejercicios de un retiro. Su debilidad debe de ser grande, aunque no se haya pronunciado el nombre de ninguna enfermedad. Más tarde, en sus cartas íntimas a la Madre Estanislao, se quejará a menudo de una extrema fatiga y de una angustia nerviosa.

- Por otra parte, de los sobrios juicios del Consejo de las Madres podemos deducir la irradiación religiosa de esta alma contenida en este frágil envoltorio. Se espera, desde luego, una mejoría de su salud, pero sigue incapaz del más pequeño trabajo, de la mínima utilidad práctica en la casa. Sin embargo, su vida y su presencia llaman a la gracia y son un ejemplo vivo. Hay ejemplos que dan a Dios. Y quién sabe lo que puede extender en torno a ella la persona pura que sabe sufrir.

²⁵ La profesora de coro recibe el título de Madre desde su profesión perpetua. El Instituto comprende hermanas de coro y hermanas compañeras. Esta distinción será abolida en el Capítulo general de 1949.

Todas las actas que acabamos de citar están firmadas por la Reverenda Madre general, María Sofía Baud, que estaba muy enferma en esta época. Murió al año siguiente, el 26 de marzo de 1888, sin haber conocido el decreto de aprobación definitiva de las Constituciones firmado en Roma por el Papa León XIII el 3 de julio de 1888. Ella había trabajado denodadamente en esas Constituciones:

“Se puede decir que esta Madre tan querida ha sucumbido en la tarea; su salud se quebrantó irremediablemente como consecuencia de ese trabajo colosal que se había impuesto para la redacción de las nuevas Constituciones”²⁶.

Las Constituciones son entregadas a cada religiosa en marzo de 1889, tras la redacción del Directorio en el Capítulo abierto en septiembre para proceder a la elección de la nueva Superiora general. Este Directorio, revisado, enmendado y aprobado por el obispo de Agen, monseñor Carlos Evaristo José Coeur-et-Varin, se une al texto de las Constituciones. Estos dos textos se entregan a las religiosas en una celebración solemne.

Elección de una nueva Superiora general

En este Capítulo, la primera Asistente, Madre Estanislao Pernier²⁷, es elegida quinta Superiora general el 10 de septiembre de 1888. Le ayuda en este trabajo un equipo formado por tres hermanas: Madre Teresa de San José Bouquerand²⁸, Madre M. Magdalena de Pazzi Ledoux²⁹ y Madre M. Marcelina Pasteur³⁰.

La Madre Estanislao es una mujer del Jura silenciosa, recogida, dotada de un juicio recto sobre las personas y las cosas. Es muy diferente de la ardiente Madre María Matilde. Ella es tranquila y ponderada, mientras que la joven religiosa es vivaz y apasionada. Y, sin embargo, les acercan indiscutibles afinidades. Treinta años les separan, pero, por el tono de las cartas que se intercambian, parece que les une un lazo de madre e hija: cariño respetuoso por un lado, y, por el otro, vigilancia preocupada que prevé todas las trampas, admiración por esta juventud espontánea y generosa. A la Madre Matilde no sólo no le cuesta la obediencia sino que hay en ella una especie de veneración. Y la Reverenda Madre ejerce la autoridad con tal

²⁶ En Abbé BASSAND, Arbois 28 de marzo de 1888, 2 J4- A7, Roma, AGFMI,

²⁷ Ver nota 6

²⁸ Agustina Bouquerand nació el 18 de julio de 1836 en Saligney (Jura). Fue alumna de las hermanas marianistas en la abadía de Acey, entró en el noviciado en 1856, hizo sus primeros votos en 1858 y sus votos definitivos el 15 de octubre de 1861. Tras haber sido profesora, directora del internado de Arbois, después superiora de la comunidad de Lons le Saunier durante doce años, fue elegida Asistente de la Madre Estanislao Pernier en 1888 y sexta Superiora general en 1907. En 1908, causa de los acontecimientos políticos en Francia, trasladó la sede de la Administración general a Nivelles (Bélgica). Durante la guerra de 1914 estuvo prácticamente separada de sus hermanas y murió en Nivelles el 21 de enero de 1918.

²⁹ Josefina Ledoux nació el 8 de diciembre de 1830 en Pagny (Jura). Entró en el Instituto el 24 de diciembre de 1847, fue asistente de la Madre Estanislao Pernier en 1888 y después de la Madre Teresa Bouquerand en 1907. Murió en Nivelles el 21 de enero de 1918.

³⁰ Celina Pasteur nació el 20 de mayo de 1847 en Sirod, entró en el noviciado el 17 de febrero de 1868 en Arbois, hizo sus primeros votos en Agen el 24 de abril de 1870 y se comprometió definitivamente en el Instituto el 7 de septiembre de 1873. Después de haber sido Asistente durante el generalato de la Madre Estanislao de 1888 a 1907, después en el de la Madre M. Teresa Bouquerand, murió en Nivelles en 1916 algunos meses después de la Madre M. Magdalena Ledoux.

delicadeza que a menudo parece sugerir más que mandar. Sus cartas están llenas de fórmulas de este tipo: *“Haga como mejor le parezca... Usted que está sobre el terreno, juzgue por sí misma y decida... Si no ve inconvenientes en ello, hágalo...”*. Les une la más íntima confianza y cada una admira e imita la santidad de la otra.

Por otra parte, el Padre Estanislao es para la joven Madre un segundo director de conciencia. El Padre Ginhac sigue aconsejando a las dos, pero la vida religiosa plantea continuamente problemas que necesitan soluciones matizadas y flexibles. Además, la más joven necesita a veces confiar sus estados espirituales a la Madre Estanislao, más capaz de comprenderlos. Parece que hay en la Madre Matilde una tendencia mística que el Padre no aprecia suficientemente. Lo que sobre todo él desarrolla en los que se confían a él es la energía y la fuerza. Dada la extrema sensibilidad de la Madre María Matilde, ¿juzga peligrosa esta tendencia? Nos es difícil saberlo, puesto que las cartas de la Madre María Matilde, siempre muy precisas, se paran en seco a menudo cuando algunas palabras corren el riesgo de revelar una contemplación muy personal.

He aquí, sin embargo, una carta que deja al lector pensativo. Es una respuesta de la Madre Estanislao a la Madre María Matilde³¹:

“Mi querida hija:

Es, sin duda, para su consuelo que Nuestro Señor ha permitido que usted crea que me he olvidado, cuando en realidad no hay nada de eso; a menudo he tenido el deseo de ir a verla pero siempre ha surgido algún obstáculo. Sólo superaba la pena sintiéndola bien sostenida. Esa es la verdad.

“Después de leer su carta he ido al coro a decir un “laudate” en acción de gracias por todo. Sí, Dios es muy bueno con usted, querida hija, sus dones no tienen precio y son dignos de un agradecimiento eterno. Pero nuestro divino Maestro hace todo con extrema sabiduría. Tiene sus planes en esas manifestaciones, esas luces, esas comunicaciones tan íntimas, y usted debe desear el cumplimiento de su divina voluntad. Pido a Nuestro Señor que todo sirva a su gloria y que conduzca todo a este único fin. Por el momento usted no tiene que hacer más que recibir, agradecer, seguir humilde y fielmente el impulso de la gracia.

“Pero cuide sus fuerzas físicas, sea prudente..., tome el alimento y el descanso que necesita. Además, querida hija, rece por mí porque lo necesito mucho. Estoy como envuelta en dificultades para las que necesito la luz del Buen Dios cuando veo menos claro. Tendría que tomar decisiones y medios pero ¿es el momento? ¿Es esa la voluntad de Dios?

“Querida hija, sea mi “orante”... Dentro de quince días espero estar de vuelta. Mientras tanto, tenga la seguridad, querida hija, de todo mi afecto en Nuestro Señor”.

Esta carta de apariencia enigmática, al menos en su segunda parte, no lo es sin duda para la Madre María Matilde, que conoce los proyectos de la Madre general. El simple hecho de entenderse con medias palabras, de comprender sin extrañarse la preparación divina en un alma, revela grandes afinidades y una confianza absoluta. Esta confianza se basa en años de experiencia y de virtudes comunes a las dos religiosas. Ya antes de su postulanteo, cuando todavía era adolescente, la influencia

³¹ Carta de la Madre Estanislao a la Madre Matilde, desde Arbois el 18 de junio de 1889.

espiritual de la Madre Estanislao suavizaba y pacificaba a esta joven que confiaba en ella. Hasta su muerte, pudo leer en ella como en su propia conciencia.

Fundación de “Petit-Val” en Sucy en Brie ³²

En cuanto la Madre Estanislao es elegida Superiora general, se pone manos a la obra y trata de llevar a término los trabajos de su antecesora, la Madre María Sofía Baud. Así, acaba la redacción del Directorio que debe explicar el texto de la Regla y determinar las diversas funciones de la comunidad. Se aplica enseguida a realizar el proyecto que había formulado de acuerdo con la Madre María Sofía, el de crear un convento cerca de París. De ese modo la Congregación tendría un centro que le acercaría a la vez a las casas del Este y a las del Midi, y además le permitiría estar cerca de la Compañía de María para asegurar el mantenimiento del espíritu primitivo en la Congregación.

Tras el rechazo del cardenal Richard a la instalación en Auteuil; el Padre Simler, Superior general de la Compañía de María, busca de nuevo un lugar apropiado.

El 31 de mayo de 1890, la Congregación y el obispo de Versalles aceptan la elección: un extenso terreno llamado “Petit-Val” (“pequeño valle”), en las afueras de París, que, habiendo pertenecido al señor Moulton, fallecido en 1888, estaba en venta ³³. Se divide en varios lotes para hacer más fácil la operación. El 7 de julio, las Hijas de María firman la escritura de compra del castillo situado en un terreno de 5 hectáreas, el más grande de los lotes disponibles. La propiedad es un “pozo sin fondo financiero”, lo que explica el número importante de propietarios que se han sucedido. Se arruinaban uno tras otro. Cuando las Hijas de María llegan a Sucy el 16 de julio de 1890, el castillo está casi en ruinas. Desde hace mucho tiempo no se ha cuidado nada. Las obras y los trabajos necesarios para instalar un internado son considerables. Por ejemplo, la construcción del cercado (cuyo perímetro es de un kilómetro) sobre un terreno arcilloso obliga a cavar y cavar hasta llegar al suelo resistente, pero estos enormes agujeros lo son también para la economía.

La primera comunidad está constituida por Madre Teresa de San José Bouquerand, Sor Luisa Teresa Aubin ³⁴, Sor María Carolina Bordelais ³⁵ y Sor

³² Cuaderno de los Anales del Instituto de las FMI, año 1890, cuaderno 12. Esta fundación es continuación del cierre de la de Nuestra Señora de Piedad en Condom.

³³ La primera mención de “Petit-Val” aparece en 1250 en el cartulario del Capítulo de Notre Dame. Petit-Val ha cambiado a menudo de propietarios: en 1328 el propietario es el Capítulo de Notre Dame; después, en 1580, Charles Bouquet, consejero del rey; en 1620, Jean Molé, señor de Jusanvigny, presidente de las investigaciones judiciales; en 1634, la señora de la Guelle, viuda de Emanuel Addée, abogado del consejo del rey. De 1660 a 1691 pertenece al señor Grandchamps. En 1712 el señor Monceau lo vende al Señor de la Tour de Mesly. Éste lo vende a Pierre de Saint Rémy y éste a su vez al marqués Luis de Peultre de Marigny en 1746, que lo vende a J.J. Lefebvre en 1764. El conde de Galmache lo compra en 1773 y en 1780 lo vende al señor Bénézéch, nombrado más tarde ministro del Interior y destituido por Barrès. Después sigue una lista de pequeños propietarios, que se endeudan todos ellos y tienen que ir vendiendo la propiedad uno tras otro. Es en 1841 cuando el señor Moulton compra el terreno de 24 hectáreas.

³⁴ Filomena Aubin, en religión Sor Luis Teresa, nació el 15 de agosto de 1855 en Calenzana (Córcega). Entró en el noviciado en 1881, pronunció sus primeros votos en 1883 en Córcega y los definitivos el 12 de octubre de 1889 en Agen. Murió en Agen el 10 de abril de 1929.

Celestina Demolombe ³⁶. El ánimo de la superiora y de sus compañeras no flaquea. Sacan su fuerza de la convicción de que toda obra de Dios se apoya en la cruz. La fundación de Sucy ha costado al Instituto mucho esfuerzo. Ha supuesto una dedicación de todo tipo al Buen Padre Simler, entonces Superior general de la Compañía de María, a la Administración de nuestros hermanos y a un tal señor Andrés. A partir del 20 de julio del mismo año, los hermanos marianistas del colegio Stanislas de París vienen continuamente a “Petit-Val” para ayudar a la superiora con sus consejos y sus muchas capacidades. La primera entrada de alumnas puede hacerse el 7 de octubre. Su ayuda se extenderá a todos los campos: el material, el espiritual y el cultural. Desde 1893 vienen de París a dar cursos de preparación de diplomas a las jóvenes hermanas.

Maestra de novicias en Agen

El mismo año, un poco antes de la compra de esta propiedad, a la Madre Matilde se le confía la tarea de Maestra de novicias en Agen ³⁷. Tiene treinta y dos años:

“El noviciado tiene que reformarse y hay que nombrar una maestra de novicias. Nuestra Reverenda Madre propone a la Madre María Matilde, que desde hace ya tiempo se ocupa de las postulantes y tiene una aptitud especial para las cosas espirituales. Reuniendo también otras cualidades, ha sido nombrada por unanimidad”.

Traslado del noviciado de Agen a Sucy en Brie

En el mes de marzo de 1891, se presentan varias postulantes de la región de París. La Madre Estanislao tiene entonces la intuición muy clara de que esta casa se va a desarrollar y se va a convertir en la más importante. Toma la decisión de trasladar allí el noviciado de Agen ³⁸, que enseguida absorbe al de Arbois. Así habría más unidad en la formación de las jóvenes, más contactos espirituales entre las jóvenes religiosas destinadas a formar parte de la misma familia.

La medida es importante, y el hecho de poner el frente de este noviciado a la Madre María Matilde muestra la confianza que ella inspira a la Madre Estanislao y a sus consejeras. Sigue teniendo la misma silueta delgada y frágil, Criatura de fuego y nervios, dominada por una serenidad adquirida y una paz siempre amenazada y recibida todas las mañanas de la mano de Dios, tiene una dulzura hecha de ternura y de profunda bondad. Su salud no ha mejorado nada pero no escatima sus fuerzas, y su voluntad firme y heroica le permite tomar responsabilidades. Por otra parte, la Madre general se queda en Sucy algunos meses para organizar el internado y, al mismo tiempo, respaldar, si es necesario, a la nueva maestra de novicias.

Es verdad que la Madre Matilde necesita lo que el Consejo general llama “aptitud muy especial para las cosas espirituales” y también esa psicología singular

³⁵ María Bordelais nació en 8 de febrero de 1859 en Romagne. Entró en el noviciado en 1878, pronunció sus primeros votos en 1881 en Agen y los definitivos el 1 de octubre de 1893 en Sucy. Murió el 2 de octubre de 1937 en Condom.

³⁶ Carolina María Demolombe nació el 1 de noviembre de 1853 en Arbois (Jura). Entró en el noviciado en 1882 en Arbois, pronunció sus primeros votos en 1884 y los definitivos el 8 de septiembre de 1895 en Ajaccio. Murió el 9 de junio de 1938 en Sucy en Brie.

³⁷ Extracto del Consejo general del 23 de mayo de 1890

³⁸ Reunión del Consejo del 12 de marzo de 1891.

que exige la dirección de un noviciado. Allí se reúnen jóvenes, desde postulantes a ya admitidas a hacer los primeros votos. Vienen de horizontes muy distintos, cada una con un estado de ánimo diferente y a menudo turbado. Todas han recibido o creen haber recibido la llamada. Todas se estudian y se prueban, y hay razones para creer en su vocación. Pero la religiosa que se encarga de ellas debe mostrar mucha observación, gran tacto y discernimiento de espíritus. Entre ellas hay espíritus ya firmes y resueltos, vacilantes llevadas de un gran entusiasmo, tímidas que necesitan ser animadas, ardientes que hay que encauzar y tranquilizar.

Si cada una tuviese que ser formada a solas con la Madre maestra, recibiendo sus consejos, sus órdenes y siguiéndolas en solitario, no presentaría demasiadas dificultades. Pero sucede que son numerosas y diferentes viviendo bajo la misma batuta. Sin duda, cada una confía en secreto a la Madre sus problemas y preocupaciones y se esfuerza en seguir sus directrices, pero viven en comunidad donde cada una ejerce su influencia sobre la otra para hacerle ceder o cambiar. Se guarda el silencio, se evitan los "intercambios de impresiones", se tiene el trabajo bien delimitado y hay que esforzarse en vivir en la presencia de Dios. Pero los rostros que parecen más mudos revelan sin darse cuenta muchas cosas, sobre todo cuando se tienen veinte años. Las ciencias humanas nos dicen hoy que el lenguaje gestual en sentido amplio ocupa el 93% de nuestro comportamiento. La sensibilidad es un fluido que ningún recipiente puede contener, se escapa por fisuras imperceptibles, y las decepciones, los desalientos, las exaltaciones, las susceptibilidades, no desbordantes pero sutiles, se adivinan unas a otras por no se sabe qué fenómeno de transmisión y de repente la atmósfera cambia.

Todo esto es tan tenue que nadie percibiría sus influencias, al menos tan pronto como para remediarlo, si la maestra de novicias, por un don de Dios, no se diese cuenta de ello. Además, estas jóvenes tan piadosas, tan llenas de amor de Dios, de buena voluntad no tienen todavía la entereza necesaria, vibran fácilmente. Las que más tratan de desconfiar de sí mismas, que guardan un prudente comedimiento, acaban a veces tan tensas que los nervios ceden. Se escapan sollozos, estallan revueltas pueriles... Muchas necesitarían expansiones familiares y desean inconscientemente el cariño maternal... Entonces a la Madre maestra se le pueden plantear grandes problemas. Hay que concederles un reposo, "dilatarse" estas sensibilidades inquietas y dolorosas; comprender la turbación sin compartirla, hablar a la vez con extrema dulzura para calmar y con firmeza para despertar el coraje; adivinar el origen de las ondas propagadas y encontrar el remedio en este momento; consolar para que cada una se sienta querida, cuidar de ella. Es preciso que la Madre maestra se gane su confianza y se haga amar. Calibrar el riesgo de un afecto maternal demasiado grande y un afecto filial desmesurado. Hay que orientar los sentimientos hacia Dios, espiritualizarlos de manera que la maestra no sea obstáculo sino acompañante en los caminos del Señor.

La Madre María Matilde necesita mucha psicología, contando primero con la fuerza del Espíritu, el gran formador, y después sabiendo unir lo sobrenatural a lo natural. Necesita finalmente una gran humildad para no ser obstáculo al trabajo del Señor en cada una de estas jóvenes. Son capacidades que requieren una vida interior profunda para colaborar con Dios en su obra. Consciente de su debilidad y de su inexperiencia, la Madre María Matilde "se lanza" a la oración y la lucha. Comprende los riesgos de una torpeza. Demasiada severidad o demasiado liberalismo, un error de discernimiento, demasiado o demasiado poco afecto manifestado, todo eso puede arruinar una vocación. Es cierto que al principio, dado su carácter, la Madre María Matilde experimenta la angustia, pero no es menos cierto que durante este tiempo encuentra la dirección de la Madre Estanislao, que permanece en Sucy antes de volver a Agen.

Desde 1892 se crea entre las dos una correspondencia regular hasta la muerte de la Madre Estanislao en 1907 ³⁹. Su contenido se refiere a la vez a la dirección espiritual, la confesión de sus debilidades, las indicaciones materiales para la casa de Suce, la salud de las hermanas, el funcionamiento del internado, de la comunidad... En estas cartas se siente a una Madre empeñada en el dominio de sí misma, "apretando las manos dentro de sus mangas" cuando está nerviosa, sonriente cuando está turbada, sonriente también cuando está agotada. Muestra constantemente esa hermosa sonrisa afectuosa, tranquila y comprensiva que conservará siempre y le ganará tantos corazones. Se desprende cada vez más de sí misma, olvidando sus preferencias y sus repugnancias, dominando su cansancio y sus enfados, para ser el vehículo de la gracia. Ella va por el camino de la santidad arrastrando a las jóvenes y desempeñando el papel del que gobierna la balsa amenazada por la tempestad.

Más que nunca, en el ejercicio de este servicio que es la formación de las jóvenes, la Madre María Matilde merece el nombre de "Suavidad" que le ha puesto la señorita Delzenne, la hija de su madrina de toma de hábito. Aunque por naturaleza tendría un paso vivo, su andar es tranquilo y su porte digno. Su firmeza y su gusto por la energía están envueltos en una extrema dulzura de palabras. Habla poco, para honrar el silencio y enseñarlo a sus jóvenes. Cuando basta una mirada, ahorra la reprimenda. Las novicias descifran las más leves expresiones de su rostro siempre tranquilo y sacan por sí mismas la censura o la aprobación, la compasión o el aliento. Muy rápidamente adquiere una influencia extraordinaria sobre sus "palomas", como ella llama a las novicias, y esta influencia hace arraigar en las religiosas que llegan a profesas los consejos de verdadera piedad, de olvido de sí misma y de energía que ella les ha dado. Sin embargo, a pesar de la dulzura de su sonrisa, les enseña una doctrina rigurosa. En los contactos familiares y en las conferencias, que da dos veces por semana y de las que conservamos apuntes tomados por las novicias, los grandes temas de la renuncia, del amor del sacrificio, de la obediencia y de la pobreza son abordados sin contemplaciones:

"Vosotras os sacrificaréis, y la víctima puede tener sobresaltos pero nunca debe abandonar el altar. Nunca podréis hacer vuestra voluntad. Nunca, si somos fieles, tendremos un momento en que podamos decir: 'Yo hago mi voluntad'. Esta renuncia nos toma al despertar y durante el día, sin un minuto de respiro. No haréis nada de lo que os agradaría: nunca tiempo libre, y así hasta el fin de la vida"

Y añade: ¡es verdad!

"No se pide a la pequeña novicia que se alegre enseguida al ver la cruz que debe llevar, sino que acepte con amor la que Jesús le da y esté dispuesta a recibir todas las que le quiera dar.

"Debe valorar la grandeza de la llamada de Dios: 'Escucha, Israel, y no olvides que es Dios quien te ha escogido'. Este Dios infinito y eterno me ha escogido, yo estaba en su pensamiento desde toda la eternidad.

"El intento enérgico y constante, esforzado y generoso de la perfección os hará santas. Hay que tener también la pasión de las almas. Dios ha puesto en nosotras esta semejanza con Él. Las almas se conquistan y cuestan caro".

³⁹ Tenemos 292 cartas de la Madre María Matilde a la Madre María Estanislao con las respuestas de esta última, en 2J7-D2, AGFMI, Roma.

Les enseña también que los consuelos espirituales son raros, que no deben buscarlos, que basta un cuarto de hora de acción de gracias después de la comunión incluso si experimentan todas las alegrías del cielo, “Hay que vivir de fe pura y amor seco”.

Las meditaciones sobre la fe toman con la Madre María Matilde un cariz vivo y sobrecogedor. Hace ver que en todos los acontecimientos Dios expresa su voluntad. Les invita a escuchar a Dios todas las horas del día y termina así una de estas meditaciones:

“¿Qué hemos dicho sobre la fe? No gran cosa, casi nada. ¡Para conocerla hay que vivirla!”

No olvida que se dirige a personas frágiles y practica una pedagogía hábil y sensata, Utiliza su influencia personal. Escribe una religiosa: *“Ponía su mano en nuestra cabeza, su profunda mirada en nuestros ojos y nos decía la voluntad de Dios”*. *“Le gustaba signarnos en la frente”*, escribía otra. O bien, disponiendo en cierto modo de la gracia divina, decía: *“Vaya a comulgar, eso da fuerza para sufrir”*. Para encaminar hacia Dios a estas jóvenes de corazón sensible, crea ejercicios casi pueriles que someten, como jugando, su voluntad a la voluntad de Dios. Así el 12 de octubre de 1891, en la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, inaugura la asociación del “beneplácito divino”. “Las asociadas se comprometen a sonreír siempre a la santa voluntad de Dios, en todas las formas que se presente. La asociación nombra postulantes escogidas entre las novicias, que serán elegidas “novicias de la asociación” en Navidad. Cada vez que sobreviene un contratiempo se deberá decir: “¡Viva el beneplácito de Dios!” Y la Madre compone una canción de cuarenta estrofas muy sencillas, de las que cada una es un acto de sumisión por un pesar o contrariedad aceptada. Pascal había dicho que había que “doblegar la máquina”.

Una de sus antiguas novicias escribe:

“Al salir de sus conferencias parecía que no habría nada que nos costase, todas estábamos transportadas, animadas de un celo ardiente por las almas que se nos iban a confiar más tarde”.

Y otra religiosa:

“Su presencia bastaba para causarme una gran alegría. Y esta buena Madre se daba cuenta de ello. Cuando ella sabía que yo estaba trabajando en un sitio, pasaba... No me hablaba, ni yo tampoco, pero su silencio, su mirada me dilataban. ¡Qué grande era su bondad!”

Poseía también el arte de reconfortar. Dice una religiosa:

“Su recuerdo no se borrará nunca de mi memoria. Me acogía con una gran bondad maternal. Muy a menudo, antes de que tuviera tiempo de abrirle mi alma, ella había adivinado el estado en que me encontraba y yo sentía que sus consejos y sus ánimos correspondían a mis necesidades. Me parecía que algo de ella había pasado a mí. Yo habría querido sobre todo estar impregnada de su espíritu de unión con Dios y de su gran bondad... Me sentía dispuesta a hacer todos los sacrificios que Dios me pidiese...”

“Ella nos daba a Dios”, resume otra.

Cuando la Madre maestra es severa, su severidad es tan penetrante como sus ánimos. Esta severidad no se ejerce con una oleada de reproches, sino que consiste en una palabra breve, dicha dulcemente, con unos labios sin sonrisa y una actitud un poco distante. Después se aparta y se va. Y como a todo ser humano, le sucede que también se equivoca. Una novicia ha sido encargada de regar un macizo de begonias alrededor de un estatua de la Virgen. Hace un calor tórrido y las flores reblandecidas se marchitan. La novicia, llena de buena voluntad, transporta con una fatiga extrema, desde un arroyo de más abajo, un enorme número de cubos de agua que el sol traga en cuanto se vierte, y las flores no se yerguen. La Madre pasa por allí y pregunta: *¿Quién es la encargada de regar ese macizo?*

- Sor X
- *¡Ya se ve que no es fervorosa!*

Eso fue todo. Pero la pobre novicia se quedó con el corazón lacerado. Esta religiosa más tarde sería considerada santa por la Madre Matilde, que le encomendaría importantes tareas. Así podemos darnos cuenta del tipo de autoridad que ejerce la Madre maestra: es una autoridad hecha de dulzura y miel, que sin embargo mezcla un poco de temor en el respeto. Poco a poco a lo largo de los años, la bondad y una extrema caridad dejarán en la autoridad de la Madre, más segura de sí misma, sólo la dulzura y la persuasión.

He aquí lo que escribe algunos años más tarde Sor María Agustín, una de sus antiguas novicias:

“Lo que más me impresionaba en el noviciado, en nuestra querida Madre, era la fuerza de esa savia divina que transparentaba en todo su ser, no sólo para dejar a los que se le acercaban una impresión fugaz de sobrenatural, sino para comunicarles lo que ellos sentían perfectamente como una virtud de lo alto, un contacto y un flujo de Dios, una gracia. Encontrarse con ella se parecía a pasar delante de una custodia... La doctrina de ‘Dios en nosotros’ que nos enseñaba ella la vivía plenamente y se veía que desde hacía mucho tiempo había dejado que Dios sustituyese a su naturaleza; había dejado a Cristo entrar en ella.

“Añadiendo a todo esto esa ponderación, ese equilibrio en todas las cosas de la Virgen sabia y prudente, que ella reproducía admirablemente, se tenía una aplicación vivida de la querida divisa: “Vivir para mí es Jesús por María”. Así las pequeñas almas deseosas de subir, sólo tenían que lanzarse en seguimiento de su madre, con esa dos alas que ella se empeñaba en inculcarles: el espíritu de sacrificio y el espíritu de oración.

“En el espíritu de sacrificio ponía ella el alto ideal de la vida religiosa de las Hijas de María Inmaculada: “Nobleza obliga, decía ella. Hay que parecerse a nuestra Madre celestial en la vigilancia continua para conservarse pura de toda falta y purificarse de ella cuando se ha caído. Para conservarse como Ella, salvadas las distancias, inmaculada”. Esto sólo podía realizarse, como ella explicaba muy bien, con la ayuda ‘de la supresión valerosa de las tendencias de la naturaleza’: eran las palabras de la Regla que ella repetía constantemente. “Queridas

hermanas, le gustaba decir, sigamos adelante renunciando a nuestro amor propio, a nuestra voluntad propia; buenamente, sencillamente, sin condiciones, sin objeciones, sin restricciones.

“No seáis religiosas a medias, ni de tres cuartos; menos todavía fantasmas de religiosas. Con muchas de esas personas no se hace nada, con algunas santas se hace mucho. Tened horror a la mediocridad, la mediocridad no es para vosotras”. En la contradicción, para agradecer a Dios, ella se servía de esta expresión: “Es bueno para el cielo. Vale para la eternidad”. Y si se le confiaba una humillación pesada: “Treinta y seis veces más, hija mía”, repetía a la novicia tranquilizada.

“Y ¡qué guerra a muerte a la “Reina Yo”, al ‘ídolo Yo’! Y si esos poderosos personajes con sus secuelas funestas se presentaban delante de ella, los ahogaba en la felicidad de la vida religiosa: “Que vuestra vida sea un magnificat sin fin, andad como reinas por el camino regio de la cruz. El buen Maestro no se deja ganar en generosidad...”

“Nos impregnaba de sólidos pensamientos de fe, sacados de la escuela del Padre Chaminade, que no inculcaba en sus hijas un camino de rosas sino la sumisión a la voluntad de Dios. Y cuando se dispersaba su vida en bagatelas: “¡Vivamos de la fe!”. Era su expresión preferida. “¡Vamos, sed más viriles, no seáis frívolas, la fe pura y el amor seco!”. Decía también: “Una hija de María no puede ser una señora con mil ocupaciones, su ocupación fundamental es la de ser una copia de su Madre del cielo”.

“Insistía en la necesidad de ser mortificada “por muy crucificantes que sean las ocasiones de no ser nada, de no poder nada, de no valer nada...”. Acudía a menudo y de una manera especial a las letanías de la nada de san Juan de la Cruz.

“Dueña de todas sus impresiones, quería que todas nosotras hiciéramos un trabajo profundo en esta materia. Decía: “¿Te afecta algo? ¿A qué viene hacerlo saber a todo Israel? Cada pensamiento, cada movimiento del corazón o de la imaginación que se detiene en nuestra alma debe desaparecer, excepto lo que es imagen de Cristo... Esforzaos en rechazar todo lo que no os viene en nombre de Cristo y sobre todo no lo comunicéis inútilmente”.

“Toda esta enseñanza tan austera, nuestra querida Madre la adornaba con una sencillez encantadora”.

Predica sobre todo con el ejemplo. Su porte y sus palabras desprenden una paz que es la paz misma de Cristo. Cuando una novicia con una preocupación llama a su puerta para consultarle y, siguiendo la Regla, se arrodilla ante ella, a menudo basta una palabra o una sonrisa para calmar las inquietudes de la que busca a Dios.

4. SUPERIORA DE SUCY EN BRIE

En esta nueva pequeña comunidad de Sucs, la Madre María Matilde, además de cumplir sus funciones de maestra de novicias, se preocupa de algunos trabajos emprendidos para transformar los edificios. Nuestros hermanos hacen los planos con los contratistas, pero hay que cuidar muchos detalles.

Las cartas que escribe a la Madre Estanislao, a pesar de las preocupaciones, están llenas de serenidad. Sin duda, el cambio de aire, la alegría de ver el buen inicio de esta nueva fundación cuentan mucho. Da noticias de la salud de las hermanas que es buena, del nuevo pozo cuyos trabajos se están terminando, del huerto que se presenta prometedor, de las esperanzas visibles de los árboles frutales...

Lo que ella llama su "boletín espiritual" es una sección fija, a pesar de que apenas encuentra tiempo para decir el rosario por la noche: *"Yo hago todo lo mejor que puedo, sin inquietarme..."* Se empeña en luchar contra su primer movimiento que a veces le traiciona. Se siente nerviosa y débil pero no sufre. En una palabra, todo marcha bien y ella ama a esta casa.

La Madre Estanislao, por su parte, está satisfecha. Ha visto de cerca, en sus visitas, los resultados obtenidos por la Madre Matilde y el 17 de agosto de 1893 decide descargarla del noviciado para nombrarla superiora de la casa. La Madre María Teresa de San José Bouquerand tiene que volver a Agen donde le llama su función de Asistente general. La Madre Matilde acoge este nombramiento sin entusiasmo. ¡Dejar su noviciado!... Evidentemente podrá estar en contacto con el noviciado, pero no ocuparse de las novicias a lo largo del día le entristece. Escribe el 31 de agosto a la Madre general:

"Hay que decidirse y repetir el Amen. Dios mío, querida Madre, ¡cómo me lo repito a veces con el corazón encogido! Viendo a las novicias me sorprende con lágrimas en los ojos. Ya ve que soy muy débil y para mí es un enigma extraño que haya pensado hacer semejante cambio. Hago actos de fe, de respeto y adoración sobre esta incomprensible voluntad de Dios..."

Desde ese momento, la Madre María Matilde hace su aprendizaje de superiora, guiada de lejos por la Madre Estanislao. Se crea un intenso intercambio de cartas entre Agen y Sucs. Sería interesante citar un gran número de ellas, pero nos limitaremos a las más significativas. La Madre Matilde da cuenta minuciosa de todos sus actos, de los más mínimos detalles; pide consejo y la Madre le sugiere soluciones.

La joven superiora se encuentra ante un montón de problemas en los que jamás había pensado: problemas materiales, tan alejados de sus preocupaciones ordinarias; problemas espirituales, porque tiene que guiar a personas menos maleables que las novicias; problemas también de buen entendimiento entre las diferentes religiosas de la comunidad que tienden al mismo fin, la santidad, pero con caracteres diferentes que no siempre la práctica de la Regla ha podido mejorar. Este último problema preocupa a la Madre Estanislao, que le escribe el 12 de mayo de 1893:

"No puede usted creer, querida hija, el consuelo que experimento al saber la unión que reina entre ustedes. Veo la acción del Espíritu de Dios. Es una gran gracia que hay que agradecer mucho.

Ya sé que hay que hacer concesiones: pero el fruto es precioso. Ánimo pues y cuídense. Estoy un poco inquieta por su salud”.

La Madre Matilde atraviesa un período de salud relativa y goza de una paz interior que ha encontrado tras una dura guerra contra su naturaleza siempre demasiado activa y “apresurada”. Siente que esta paz es una gracia de descanso antes de otras luchas, quizá más duras.

Así la Madre Estanislao le escribe el 27 de octubre de 1893:

“Hace bien en buscar calma, luz y fuerza en Nuestro Señor. Esos momentos de reposo le son totalmente necesarios. No tema seguir la necesidad que siente. Las pobres superiores, a menudo muy dadas al exterior, tienen más necesidad que las demás hermanas de rehacerse, de reencontrarse un poco, o más bien de resituarse bajo la influencia de la gracia y de reposar su alma. La vida es totalmente entregada al prójimo, a la obra por Nuestro Señor pero este divino maestro les dice a veces como a los apóstoles: *“Venid a descansar un poco”*.”

“Yo creo que el cuidado de mantenerse en paz será el mejor medio de reprimir lo que hubiera de demasiado pronto, natural en su acción. Espero que la unión con Nuestro Señor lo cambiará todo y hará fructificar su dedicación a las queridas almas que le son confiadas.

“Recuerde que la gracia a veces obra lentamente. Por eso, no se desconcierte al ver lo que falta a tal o cual hermana. Armada con la oración, siga siendo buena, estudiando, buscando los medios de llegar, de hacer aceptar un consejo, etc. Verá que con el tiempo gana terreno...”

En varias ocasiones la Madre Estanislao vuelve sobre la necesidad de una armonía afectuosa entre las hermanas. Sabe el mal que pueden hacer en una comunidad la menor rivalidad o una antipatía mal dominada. La Madre María Matilde tiene en su comunidad una religiosa digna y fervorosa pero de carácter difícil, palabras inapropiadas y actos caprichosos e imprevisibles. Soporta con impaciencia las decisiones de la nueva superiora, que expone sus deseos con infinitas precauciones. Lo más a menudo la Madre María Matilde consigue salvaguardar la paz. La Madre Estanislao le responde:

“Se me ha quitado una espina del corazón al saber que las relaciones llegan a ser buenas, sencillas e incluso afectuosas...” “Nuestro Señor debe de estar satisfecho de su resolución respecto de los piques y espero que le será fácil mantenerla...”

Pero algunas salidas de tono hacen que la joven superiora esté perpleja y teme no actuar de acuerdo a las intenciones de la Madre general, que le responde:

“Querida hija, si se empeña en obrar bajo el impulso del Espíritu Santo (cosa muy necesaria a una superiora), seguro que no va contra mis intenciones. Deje, por tanto, esos temores y obre más bien como una buena hija de Dios, buscando sólo su voluntad. Después de esto, calma y abandono.

Cuanto mayor me hago, más creo ver la necesidad de tomar a las almas con una afectuosa dulzura, no dejando ver a veces lo que se observa de defectuoso. Pero llevándoles poco a poco, con cariño, a tomar los medios para cambiar. Eso es, querida hija, lo que hay que hacer con M.M... Qué quiere, ella está hecha así; tengamos compasión: usted ganará terreno para el buen Dios mostrando afecto y confianza, evitando chocar con ella en algunos momentos. Yo le digo lo que me

digo a mí misma: “Mira cómo le ama Nuestro Señor...” Por tanto, ánimo y no dé importancia a algún pequeño detalle desagradable. Es su cruz, llévela con sumisión y amor”⁴⁰.

La Madre Matilde se eleva por encima de estas pequeñas contrariedades. Ha entrado en su papel con muchos miedos. Hay otras preocupaciones que requieren su atención: hay que organizar las clases y los cursos porque empiezan a llegar las alumnas. Cuida la salud de las personas y comunica a la Madre Estanislao la menor incidencia, el menor remedio casero que aplica y constata que, en medio de todo, permanece en paz y tranquila. No llega a todo pero conserva la confianza. Deja que el Señor supla sus carencias. Está segura de que él se ocupa de ello y eso le da paz. Sus primeras preocupaciones le parecen una falta de fe.

Esas responsabilidades, esos múltiples deberes para conseguir la buen marcha y el funcionamiento de la obra, profundizan su amor a la Congregación. Es como una maternidad que se anuncia. Dios le reserva pruebas pesadas y le va preparando poco a poco a afrontarlas. Escribe a la Madre Estanislao:

“En su última carta, hay un pasaje que me ha dejado confusa, primero porque no he sabido qué pensar, después he reflexionado y he pensado que usted da las gracias para animarme; es verdad que soy muy débil. Sin embargo, me gustaría que no se hablara más de eso, debo tanto a la familia religiosa que quiero dedicarme sin reservas a su servicio, le estaré siempre en deuda. Deseo vivamente no pagarla, porque eso nunca será posible, pero sí deseo de todo corazón cumplir lo mejor posible el deber de piedad filial que he contraído con ella.

“Después de Dios, Jesús y María, la Congregación con la santa Iglesia ocupan el lugar más grande en mi corazón y creo que cada día el Señor se complace en hacer sensiblemente más fuerte el lazo de ese amor. Es un deber de justicia responder a ello con el amor de sacrificio. Según lo que usted me dice, querida Madre, espero que Nuestro Señor me hará más queridos los sacrificios. Quiero decir que yo los apreciaré y los amaré más sinceramente a medida que viva de la fe. Desde que usted se fue, me trabajo en este punto. Con la gracia del Buen Maestro, yo he dejado un poco más de lado las consideraciones humanas...

He aquí mi pequeño boletín espiritual...”

Acumulación de cargos

El 24 de enero de 1895, el Consejo general decide que la Madre María Matilde reúna las funciones de maestra de novicias y superiora de la comunidad de Sucy. En esta época, la comunidad está compuesta por cincuenta religiosas, incluidas las novicias llegadas en 1891. La audacia inteligente de la Madre general ha puesto en las manos nerviosas y débiles de la Madre María Matilde todos los poderes y todas las responsabilidades de la casa de Sucy en el momento en que surgen dificultades por todas partes.

Hasta ahora el internado se iba llenando lentamente. Pero su buena reputación atrae a las alumnas y su número aumenta. Al mismo tiempo crece el trabajo y el personal docente no basta. Hacen falta varias profesoras de piano y de lenguas. La Madre María Matilde busca jóvenes fuera, esperando que algunas se sientan llamadas y entren en la Orden.

⁴⁰ Carta del 3 de noviembre de 1893 de la Madre Estanislao a la Madre Matilde.

Hay que hacer frente a los gastos causados por la ampliación continua de los locales y se imponen graves medidas de economía. Unas hermanas están enfermas, otras se creen enfermas. Todas trabajan demasiado, todas se reprimen para luchar contra su naturaleza. Dominan sus nervios pero a veces ceden bruscamente... El trabajo crece sin cesar. Agotamiento general, acumulación de funciones, fatiga, rostros saturados pero que sonrían o quieren sonreír; los nervios, los pobres nervios, están tensos. Caracteres diferentes chocan no brutalmente, porque cada una hace esfuerzos, pero lo suficiente como para que surjan pequeños malentendidos, la voz se hace más breve, más silenciosa...

Durante varios meses, la Madre María Matilde aguanta el trabajo intensivo de sus nuevas funciones. Escribe a la Madre Estanislao:

“A pesar de las múltiples ocupaciones de este momento, no siento demasiado el agotamiento, de modo que vivo bastante en paz, siempre corriendo de una cosa a otra, sin atormentarme por ello. Pienso que es una gracia del buen Maestro porque yo tenía y tengo todavía una gran necesidad de que Él calme esta exagerada actividad natural”⁴¹.

Hace buen tiempo, se está en plena siega y la cosecha es hermosa. Se anuncian nuevas alumnas y vienen a inscribirse. Obreros y arquitectos trabajan. Se está en actividad un poco por todas partes en la casa y en el jardín. Hay que moverse, subir y bajar los pisos, pasar del parque al desván. Hay infinidad de preocupaciones materiales. La Madre María Matilde tiene que hacer un esfuerzo muy duro: arrancarse a menudo de estas tareas oscuras y volver rápidamente a la vida espiritual, llamada por la obligación de una conferencia a las novicias, la dirección de las almas o la lectura de la Regla, para volver de nuevo a las ocupaciones del jardín y de cocina. Una carta empieza a hablar de fatiga⁴²:

“Paso momentos de malestar y me vienen dolores bastante a menudo. Estoy realmente cansada, harta de todo...”

La salud flaquea...

Un mes justo después, el 19 de agosto, su estado parece haberse agravado: *“¡Si supiera qué angustias paso! Me parece que no me dejaría en Sucy”*.

Un padre marianista le ha invitado a ir a pasar unos días en uno de sus chalets en Bellevue, y ella ha aceptado la invitación: *“Estoy tan cansada que sólo puedo seguir la corriente...”*. Pero en la postdata declara: *“He reflexionado y no puedo decidirme a ir. Luego tendría demasiados remordimientos. Eso no está en nuestras costumbres... ¡Que el Buen Dios haga de mí lo que quiera!”* El 24 de agosto la pendiente es todavía un poco más aguda:

“El noviciado marcha pasablemente, la dirección se resiente un poco del estado de mis nervios. Viendo tan poca energía en estas naturalezas, estoy tentada de tratarles duramente... El tiempo es tormentoso, fatigante... Ahora veo mi poca virtud, mi excesiva debilidad... Ya ve, querida Madre, cómo me veo siempre inclinada a replegarme sobre mí misma. No sé olvidarme. Siempre tengo miedo de que este estado de fatiga comprimida llegue hasta la abnegación. ¡Que el Buen Dios me haga siempre la gracia de no hacer más que su voluntad!...”

⁴¹ Carta del 30 de mayo de 1895.

⁴² Carta del 19 de julio de 1895 a la Madre Estanislao

Esta carta habla también de toda la vida de la comunidad en Sucy. En Petit-Val un hermano de María, el Padre Jacelet, va a predicar un retiro. Todas las religiosas se preparan al mismo. La Madre María Matilde, abrumada, agotada, ha recibido nuevos ánimos de la Madre Estanislao que querría verla descansar durante un tiempo y no imponerse deberes demasiado estrictos. Finalmente acepta la propuesta de ir a hacer un retiro a Bellevue. Está en plena depresión nerviosa. Escribe:

“Estoy realmente enferma. Sufro una especie de fiebre, hasta tal punto tengo prisa en dejar Petit Val. No se puede contar conmigo, querida Madre, se lo digo sinceramente. No puedo aguantar nada ni hacer nada y me encuentro en un estado de malestar que me agría y me irrita. Estoy en una abyección inconcebible...”

Llega a Bellevue y lleva con ella a una joven coadjutora española, Sor María del Pilar, que intenta en vano hacerle probar algunas de las excelentes cositas que le envían de la villa Juana de Arco, próxima a la suya y habitada por los hermanos de María. Están solas en la villa San Carlos pero el señor Besson, un santo religioso de 72 años, viene a menudo para ver si necesitan algo.

La Madre Matilde escribe el 14 de septiembre a la Madre Estanislao:

“... Lejos de las ocupaciones habituales, en el descanso y la soledad, en medio de una naturaleza soberbia, paso mi tiempo admirando las plantas, las flores, los frutos y los muchísimos arbustos. Recojo pepitas, todo esto me interesa. Pienso poco en Sucy donde volveré con temores y aprensiones. Pero no quiero dejarme llevar sino aprovechar el tiempo que me queda para reponer la máquina y también mi pobre alma, que está ya mejor dispuesta a aceptar todo lo que el Señor quiera.

“Es un buen momento de descanso preparatorio de otras luchas. Las tengo que esperar. Yo siempre ardo en buenos deseos pero no soy mejor por eso. En realidad, creo que ya no tengo energía para vencerme, y la lucha no hace más que agriar mi naturaleza. Por eso, tengo que ser paciente conmigo misma y abandonarme a todo lo que Nuestro Señor quiera o permita, sin quejarme.

“Así pues, querida Madre, permítame que calle todo lo que mi naturaleza impresionable le diría gustosamente. Yo expío mis innumerables pecados. La muerte del juicio y de la razón contribuye a ello. Debo callar y no pedirle nada, a pesar de las reclamaciones naturales que este ejercicio de muerte provoca. Cuando Nuestro Señor me otorgue la gracia de verle, le hablaré de esto si le parece bien, No quiero esconderle nada...”

Esta carta reticente inquieta a la Madre Estanislao que propone a la joven superiora un viaje de distracción. Sabe bien el peso aplastante que ha puesto sobre sus espaldas al darle el cargo de maestra de novicias y de superiora en una institución en desarrollo, pero sabe también que es esta la hermana que hace falta actualmente en Petit Val. Esta casa se va a convertir en la cabeza de la Congregación y necesita a esta débil pero heroica religiosa. “*¡Si supiera lo que sufro viéndole con el noviciado en los brazos*”, le escribe, pero no le retira.

La calma, la soledad, el cambio de aires, la belleza de la naturaleza van apaciguando poco a poco su hipersensibilidad. Piensa en el noviciado, su querida preocupación. Escribe:

“Estoy un poco preocupada por los recreos de las novicias. No siempre las conversaciones son piadosas, sólo hablan de sí mismas, algunas novicias se quejan de ello...”

Está dispuesta a tomar de nuevo su carga aunque todavía esté dolorida y endurecida por la prueba pero valerosa. No en vano había seguido en otro tiempo la dura y terrible disciplina del Padre Gin hac para “matar la naturaleza”. Por experiencia personal, la Madre Estanislao sabe a qué rigores conducía él a las almas privilegiadas. También ella ha estado bajo su dura fuerza, pero a una edad menos joven. La débil Matilde, verdadero jesuita del tercer año, es capaz de reaccionar con una voluntad de hierro. Ignora también intencionadamente los matices y la Buena Madre le recuerda lo útil que es eso respecto a las novicias:

“Las recién llegadas deberán estar prevenidas de que la perfección no es de este mundo y que la vida religiosa es como un hospital, sobre todo el noviciado, en el que se esfuerza en curar las enfermedades espirituales... No se concentre demasiado en el noviciado. Necesita descansar, distraerse”.

La vuelta

Tras este corto descanso, la vida y la función se imponen. La Madre Matilde vuelve a tomar la triple carga: el internado, al que acuden las alumnas en gran número, la comunidad, en la que deberá hacer reinar con paciencia el afecto y el buen espíritu, y, por fin, el noviciado, la carga más pesada, porque las jóvenes, novicias y postulantes, acosan continuamente a la madre maestra. La dirección de estas jóvenes un poco despistadas, inquietas, que se enfurruñan, que lloran, que se hacen ilusiones, resulta a veces agobiante.

Cuando vuelve a Sucey a fines de 1895, se suceden las cartas, pasan los meses. Para la Madre Matilde vuelve la vida y sus exigencias. Ya no hay quejas en sus cartas, sólo el informe de las tareas realizadas y consejos pedidos en un tono filial y apacible. Sin embargo, hay todavía sobresaltos, un brutal heroísmo contra sí misma porque la naturaleza nunca está totalmente muerta.

En la casa de Sucey reina la paz, la serenidad y el silencio. Las vidas interiores se allanan, se estabilizan y se aquietan en la calma. La inquietud y la angustia nerviosa de la Madre Matilde van camino de pacificarse. Escribe a la Madre Estanislao a finales de 1896:

“... Me he dejado llevar demasiado por sentimientos de desconfianza hacia el Divino Maestro y, como consecuencia, por mil temores sobre el futuro que no debieran preocuparme de ninguna manera. Todo eso viene de mi falta de fe, de mi falta de humildad. No tengo ninguna de las dos y, sin embargo, deseo mucho que esas dos virtudes crezcan y se desarrollen en mí. Sí, querida Madre, he recobrado fuerza tratando de adentrarme en la paz de Dios, penetrándome más de su bondad. Con eso, ya no he pensado en las dificultades. Él las enviará según su beneplácito, que es lo único que yo quiero realizar. Ya ve, querida Madre, que Él ha querido cambiar mis disposiciones y hacerme un poco menos floja...”

Y algunos días después:

“Yo atribuyo a sus oraciones y a sus insistentes peticiones a Nuestro Señor la calma profunda y la unión más estrecha, más íntima, de mi alma a su divina caridad de que gozo desde hace algunos días. Me parece que hacía mucho tiempo que no había sentido una unión tan dulce y tan fuerte. No me preocupa lo que pueda ser esto. Vivo profundamente tranquila en este favor presente, rodeado de recogimiento y de silencio.

“Realmente nuestras hermanas son edificantes, salvo raras excepciones no he visto faltar a alguna de nuestras Reglas. En general todas parecen contentas”.

El 27 de julio de 1897, un año más tarde, la Madre Estanislao pide noticias sobre su salud siempre amenazada. Adivina la fatiga crónica de la joven superiora y no quiere dejar que alcance el nivel de alerta. La Madre Matilde parece ya menos atormentada por el largo y duro período de lucha contra sí misma. Los momentos más duros, los más tumultuosos quedan lejos en el pasado. A fuerza de pedir al Señor la paz, Su paz, ésta ha bajado sobre ella, misericordiosa y envolvente. ¡La batalla está ganada!

Llega el otoño. En el parque en que las novicias barrían las hojas caídas, la Madre Matilde, penetrada de la calma del aire, muy sensible al encanto de las estaciones, a las flores que se abren o se deshojan, siente que pasa la bondad del Señor. Invita a sus hermanas a alabar a Dios por su creación. La Madre Estanislao se ha tranquilizado. Ve que la paz y la calma han vuelto a esta alma tan delicada. Puede anunciarle la dolorosa noticia de la muerte de Sor María Isidora⁴³. Esta hermana deja un recuerdo de entrega, espíritu de familia y oración continua.

La atmósfera de orden, de paz y de felicidad tranquila es tal en 1898 que la Madre Estanislao teme que esta euforia desarrolle un sentimiento negativo de desigualdad en otros conventos más necesitados y suscite tristeza y turbación en los espíritus. Por eso recomienda:

“Quiero que las hermanas de las casas que van a Sucy sean muy prudentes en sus palabras y en sus cartas, que no hablen de Sucy como de un “paraíso terrenal”, porque eso podría dar lugar a celos”.

Es verdad que la obra está en pleno auge. Las alumnas acuden al internado en gran número, hay que crear continuamente nuevos cursos e incluso se dan cursos de vacaciones. Muchas postulantes vienen a llamar a la puerta. El noviciado crece con jóvenes que es preciso estudiar y seguir de cerca. Este éxito no deja de inquietar a la Madre Estanislao que teme el agotamiento de Sor María Matilde:

“No se me va el temor de ver este internado en sus brazos... Que Dios sea bendito por la esperanza de vida que su bondad nos da llenando el noviciado. Sólo pienso en usted y temo este trabajo excesivo”.

Y un poco más tarde:

“Eso me parece una cosa casi imposible incluso para una salud fuerte...”

Sin embargo, la Madre Matilde “resiste”. Sigue siendo la religiosa delgada de aspecto endeble y pequeña, pero a fuerza de vencer sufrimientos físicos y morales, ha adquirido un dominio de sí misma casi absoluto y sus nervios le obedecen. Ha llegado a ese grado de renuncia al que Dios vincula, para sus servidores, tal serenidad que el dolor, aun cuando se sienta, se suaviza y se funde en el amor. La voluntad de la

⁴³ Sor María Isidora Bec

Madre está tan unida a la del Maestro que la turbación le esquiva. Le gusta repetir a menudo a sus novicias las palabras de santa Teresa: “¡Nada te turbe!”. Pero las victorias que ha conseguido sobre sí misma y las luchas que todavía tiene que sostener son más dolorosas y más duras para ella que para otras a causa de su fragilidad.

Desde ahora la dulzura que le es natural se ha espiritualizado. Más que nunca merece el nombre de “Suavidad”, que ya le daban sus compañeras de noviciado. Lo que ella llama su “apresuramiento”, su “actividad un poco loca”, se ha encauzado y transformado en fuerza. Tiene una sangre fría extraordinaria, no sólo cuando se trata de tomar decisiones importantes sino, lo que quizá sea más difícil, en los pequeños detalles de la vida. Se cuentan pequeños hechos como éste. Un día siente una molestia en el cuello. Le resulta imposible saber lo que es y suena la campana para la comida. Come tranquilamente, es decir, prueba lo poco que acostumbra. Después le llaman a un deber y por fin llega el recreo. Entonces pide a una religiosa: “¿Quiere mirar lo que tengo en la espalda, por favor?”. La religiosa mira. “A ver..., a ver... Ah, sí... ¡hay una cola!” – “¡Agárrela!”. Era un ratón. Había estado todo ese tiempo tranquila, sin impacientarse. Se puede pensar que es una victoria bien pequeña. Pero para una persona tan impresionable eso tiene su mérito, y su sangre fría se ejerce en asuntos más serios en sus relaciones con las novicias, las internas y sus profesoras.

Saber mostrarse imperturbable cuando se es una mujer que manda a otras mujeres, más jóvenes y nerviosas también ellas, es una fuerza que da autoridad. Esta autoridad asombrosamente dulce, ella la ejerce sin levantar nunca la voz, sin tener incluso que insistir: se siente que transmite la voluntad de Otro.

En las innumerables cartas que escribe, tanto a la Madre general como a las religiosas y a las internas en vacaciones, se refleja el ambiente de Petit Val. Ambiente de dulzura familiar, de ternura siempre alerta, envolviendo una autoridad que no transige. Vida de familia que suaviza los rigores de la Regla o del reglamento del internado y también los choques y las humillaciones inevitables: “¡Bueno para el cielo!” “¡Vale para la eternidad!” Atmósfera sorprendente de concordia y caridad. Las sensibilidades se doblegan, ceden y vibran al unísono en la Madre, las religiosas y las alumnas.

Esta fina y pequeña superiora, tan bondadosa, se rodea de un prestigio extraordinario. Testimonios de antiguas alumnas cuentan que, en los momentos de recreo, las alumnas, en algunos momentos, acechan a la entrada de la galería por la que se sabe que la Madre Matilde va a pasar. Las nuevas preguntan. “¿Qué estáis esperando?” – “¡Es una santa! ¡Es una santa!”. Una corriente espiritual parece alcanzar a todo el mundo. La Madre pasa imperceptiblemente distante, sonriente y digna. Las más atrevidas le acompañan algunos pasos, tratando de captar su mirada.

Un incidente permite comprender estas corrientes de simpatía, esta sensibilidad femenina, unánime, disciplinada, todo ello canalizado en sentimiento familiar, bondad y caridad. Una novicia ha sido despedida. ¿Defecto de carácter? ¿Pequeño escándalo? No lo sabemos. Pero he aquí el relato que la Madre Matilde hace a la Madre Estanislao ⁴⁴:

“Acabo de asistir a una escena de lo más conmovedora, que yo no me esperaba. Tras el ofrecimiento de obras del día, después de haber animado a nuestras hermanas a hacer algunos sacrificios para testimoniar nuestro amor al Corazón de Jesús, digo el ‘benedicite’ ⁴⁵ y veo aparecer al fondo del comedor una gran talla desconocida. Por un instante creo que mis ojos están turbios y me siento. Al levantar la

⁴⁴ Carta de la Madre Matilde a la Madre Estanislao el 25 de octubre de 1901.

⁴⁵ Oración de antes de las comidas pidiendo al Señor que bendiga la mesa.

cabeza veo, de rodillas delante de mí, a nuestra pobre Sor Emilia, desconsolada, pidiendo gracia y perdón a sus hermanas. La confesión tenía todo el aspecto de ser humilde y su arrepentimiento sincero.

“Toda la comunidad estaba conmovida y corrían las lágrimas en todas partes. Pero el Señor me ha dado la gracia de conservarme serena. He respondido que, sin duda, yo estaba impresionada de sus disposiciones, pero no podía admitirla ni prometerle nada porque eso estaba por encima de mis atribuciones. Le he prometido nuestras oraciones y, mientras esperamos, le he invitado a comer en su antiguo sitio. Me ha parecido que debía hacer esto para cortar esta escena de la que no puede hacerse idea.

“Después de la comida yo estaba muy desconcertada. He pedido a la Madre Angelina, a Sor Ana María y a Sor Luis Dominica que vengan a mi cuarto para conocer su opinión. ¿Había que enviarla a casa inmediatamente o esperar la respuesta de usted? Esta última ha parecido la mejor solución para evitar nuevas emociones.

“Es verdad que esta pobre chica ha mostrado esta mañana una virtud que yo no imaginaba en ella. Se ha acusado como pocas lo habrían hecho. Esa confesión me ha estremecido. Estos últimos días, esta pobre hermana me había escrito dos cartas lastimosas, y yo había respondido, con bondad pero con firmeza, que tenía que orientarse por otro camino. ¿Qué hay que hacer, querida Madre? Bajo el efecto de la emoción, esta mañana me inclino por darle otra oportunidad. Dios ha permitido que la salida de esta chica haya quedado sin efecto... Esta lección será provechosa para nuestras hermanas, sobre todo para esta pobre Sor Emilia, que pide de rodillas el último empleo de la casa. Desde el anuncio de su salida llora día y noche. Si usted hubiese estado aquí, querida Madre, su corazón se habría conmovido...”

Y como supone la causa ganada:

“Para evitar habladurías, es prudente darle de nuevo su toca, al menos para un tiempo, hasta que tengamos la opinión de usted sobre este tema”.

La Madre Matilde no se equivocaba. La Madre general responde: *“Tome un tiempo de reflexión, que se quede unos días...”* Efectivamente la causa está ganada.

La vida transcurre así para la Madre Matilde, entre sus hermanas, en una real unidad de corazón y de mente. Ella es feliz en esta soledad de Sucy y cuando sus funciones le obligan a salir, sufre. Teme sobre todo a París, la gran ciudad, ruidosa, despreocupada, peligrosa a veces. Poco a poco irá aprendiendo que la seguridad se encuentra en todas partes donde se encuentra el Señor, en París como en Sucy.

En 1900 la Madre Matilde tiene 42 años. No ha cambiado nada físicamente. Tiene siempre su hermosa mirada directa y su sonrisa afectuosa y serena. Está siempre delgada y débil y, como en tiempos de su juventud, come lo mismo que un pájaro. Pero hoy no se preguntan cómo puede vivir comiendo tan poco. Todo en ella parece inmaterial. Pero ella está de pie, disponible, animosa a pesar del trabajo excesivo, pero siendo imposible estar más desarmada y vulnerable. Es lo que necesita el Señor para realizar sus obras duras y grandes a la vez. Pronto va a debatirse en circunstancias muy difíciles.

5. LA TORMENTA... RUGE... EN EL HORIZONTE

¿Qué pasa estos últimos años en la Iglesia universal? ¿Y en la política francesa? ¿Y finalmente en la Iglesia de Francia?

La Iglesia universal de 1848 a 1914

El pontificado de Pío IX (1846-1878) está lleno de contrastes. Por un lado, Pío IX reacciona vivamente contra las ideas de su tiempo mientras que, por otro, sus cualidades pastorales y espirituales dan a la Iglesia una renovación de vitalidad y al papado una popularidad sin precedentes.

Para Pío IX la lucha contra las ideas liberales es una de las formas del combate de la Iglesia contra las fuerzas del mal. Con este espíritu publica en 1864 la encíclica "*Quanta cura*", inspirada en el "*Syllabus*" y condenando los errores modernos, en una lista de ochenta de ellos. Será necesario un siglo entero para que la Iglesia se posicione a favor de la libertad religiosa en el Concilio Vaticano II (1965). Esta encíclica produce mucho alboroto y confirma para sus detractores la incompatibilidad de la Iglesia con el mundo moderno. Algunos católicos intransigentes asienten, otros liberales están consternados. En 1869 el Papa convoca el Concilio Vaticano I, que proclamará el dogma de la infalibilidad pontificia antes de la separación de sus miembros a causa de la guerra (1870). Antes, en 1854, Pío IX había proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción. Esto llevó a la Congregación de la "Hijas de María" a añadir a su nombre el de "Inmaculada"⁴⁶. El final del pontificado de Pío IX, ensombrecido por la pérdida de los Estados pontificios y la oposición encontrada en el Concilio, está lleno de preocupaciones, en particular el número de gobiernos opuestos a la Iglesia.

La acción de León XIII

Su sucesor León XIII (1878-1903) no se aparta fundamentalmente de los principios básicos que él había erigido, pero hace una aplicación de ellos radicalmente diferente. Su preocupación es reanudar el diálogo con el mundo, maltratado por las condenas papales antimodernistas.

A nivel político, León XIII se esfuerza en arreglar los conflictos con los diferentes gobiernos. En Francia, a pesar del consejo que da a los católicos de adherirse a la República, fracasa. He aquí lo que escribe en la encíclica "*Au milieu des sollicitudes*" el 16 de febrero de 1892:

"Aceptar los nuevos gobiernos no sólo está permitido sino que es una exigencia impuesta por la necesidad del vínculo social que los ha hecho y los mantiene... Esta línea de conducta es la más segura y la que conviene a los franceses en sus relaciones con la República, que es el gobierno actual de la nación..."

⁴⁶ La Madre María José de Castéras, entonces Superiora general, obtuvo de Roma la posibilidad de añadir al título de Hijas de María el de Inmaculada. A partir del 14 de julio de 1869, la Congregación se convirtió en la Congregación de las Hijas de María Inmaculada.

Además quiere aplicar una teología de la vida en sociedad en los tiempos modernos y ofrecer sus modalidades de acción. Aporta puntos de vista nuevos sobre algunos problemas como el poder político, la noción de libertad y la acción del laicado.

Desde 1845 se va extendiendo la doctrina marxista⁴⁷. La respuesta cristiana al problema obrero se queda la mayor parte del tiempo en una acción caritativa. El análisis de sus causas sólo se hace en círculos restringidos como “L’avenir” (el futuro) alrededor de Lammenais en 1830 o “L’ère nouvelle” (la nueva era) con Lacordaire y Ozanam en 1848. En Alemania, sin embargo, surge una toma de conciencia. A partir de 1870, como consecuencia del Syllabus de Pío IX y del pauperismo en Francia, Alberto de Mun y René de la Tour du Pin impulsan los “círculos católicos de obreros” con el fin de instaurar un diálogo entre la clase obrera y la patronal. Las diversas tendencias del catolicismo social de los diferentes países de Europa entran en diálogo y se crea un buen entendimiento. León XIII sigue atentamente este camino y nace la idea de una encíclica. Así es como va a nacer la “*Rerum novarum*” (1891). Es el lugar donde el Papa ha dejado la huella más decisiva y duradera sobre la cuestión obrera. Juan Pablo II ha celebrado su centenario en 1991⁴⁸ escribiendo la encíclica “*Centesimus annus*”.

La *Rerum novarum* es el primer posicionamiento de la Iglesia sobre la cuestión social y la necesidad de encontrarle una solución. A raíz de esta encíclica aparecen dos corrientes: la corriente tradicionalista, que defiende “el sistema corporativo”, vestigio del Antiguo Régimen, y la corriente socio-demócrata con la “democracia cristiana”. Entre estas dos vías emergerá una tercera fuerza que se convertirá en el catolicismo social de la primera mitad del siglo XX. He aquí el testimonio de un historiador contemporáneo⁴⁹:

“Los principios enunciados por ‘*Rerum novarum*’, porque son humanos y están fundados en el derecho natural y el derecho de gentes, no sólo han guiado a los católicos..., han llegado a ser en cierto modo el patrimonio común de la humanidad, y así, el 17 de junio de 1927, Emanuel de las Cases podrá establecer en el Senado, sin forzar nada, un paralelismo entre los principios de la “*Rerum novarum*” y los que figuran en el título XIII del pacto de la Sociedad de Naciones. León XIII se muestra aquí como lo que realmente fue, uno de los más grandes papas de la historia, yendo por delante de las preocupaciones de su tiempo, negándose a lanzar anatemas y manifestando una llamativa lucidez para distinguir lo permanente y lo variable... A los técnicos de la economía política, que habían creado leyes considerando al hombre una materia indiferente, León XIII les recuerda lo que hay de religioso en cada hombre que vive en la tierra y que un Dios ha venido a rescatar. A los que sostienen la lucha de clases, él opone la unión de clases...”

En el plano eclesial, la acción de León XIII no es menos importante. Da un impulso al desarrollo de las ciencias religiosas, fomenta la expansión de las misiones y el desarrollo del catolicismo en el mundo. Hay también una apertura a las iglesias

⁴⁷ Karl Marx, filósofo y economista socialista alemán. Nacido en Trèves en 1818, publica en 1867 “*El capital*” en que define su doctrina.

⁴⁸ La encíclica “*Rerum novarum*” es la única encíclica que ha suscitado conmemoraciones con nuevos textos de sus sucesores que prolongan o actualizan el pensamiento de la Iglesia sobre el tema: Pío XI en 1931; Pío XII en 1941; Juan XXIII en 1961; Pablo VI en 1971; Juan Pablo II en 1981 y en 1991 con motivo del centenario.

⁴⁹ P. PIERRARD, *Histoire de l’Eglise par elle-même*, bajo la dirección de J. LOEW y M. MESLIN, Ed. Fayard.

orientales y a la Iglesia anglicana. Por el contrario, el fin de su pontificado denota un cierto endurecimiento.

La acción de Pío X

El pontificado de Pío X (1903-1914) presenta una aparente contradicción entre un aspecto conservador y otro aspecto reformador. Quiere restaurar la sociedad cristiana. Este propósito se traduce en la voluntad de oponerse a todo lo que aparece como doctrinas o posiciones hostiles a la Iglesia y, al mismo tiempo, en un estímulo audaz de todas las energías espirituales. Su aspecto conservador se muestra respecto a algunos jóvenes teólogos católicos (Loisy, Lagrange), que se interesan por los métodos de crítica histórica y literaria, utilizados por exegetas protestantes o racionalistas y aplicados a los textos de la Escritura y a la historia religiosa. Los medios tradicionalistas están inquietos y agitados. Desde el principio de su pontificado, Pío X reacciona con excomuniones y la encíclica "*Pascendi*" (1907).

La lucha antimodernista se amplía cuando católicos integristas se lanzan a una campaña de denuncias. El movimiento "Sillon", animado por Marc Sangnier desde 1899, se propone reconciliar la Iglesia y la República, cristianizar la democracia y recuperar a la fe los ambientes populares. En 1905 Pío X, que considera al liberalismo como el peor de los errores y su manifestación la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, condena ésta de manera solemne en la encíclica "*Vehementer nos*" (1906). Desde este año, una orientación más política y teorías arriesgadas sobre los aspectos religiosos de la democracia le valen a Marc Sangnier las iras de la prensa conservadora, en particular de "l'Action française", que tiene gran audiencia en Francia y en Roma. En 1910 Pío X condena el "Sillon" cuando el fundador de "l'Action française" es un agnóstico y profesa una doctrina de inspiración positivista. En 1914 Pío X se dispone a condenar las obras de este último pero la muerte le sorprende antes de que pueda notificarlo al interesado. A pesar de todo, el catolicismo liberal permanecerá vivo en el ambiente universitario, entre los sacerdotes jóvenes y en la juventud.

En el plano pastoral, durante los once años de su pontificado Pío X emprende reformas en numerosos campos: comienzo de la redacción de un código de derecho canónico que condense la legislación de la Iglesia (esto no se había hecho hasta este momento)⁵⁰; adaptación de las instituciones a las necesidades actuales; reorganización de la curia romana y de los seminarios; disposiciones para mejorar la catequesis y la predicación; animación a la comunión frecuente; admisión de los niños a la primera comunión; renovación litúrgica por la restauración del canto gregoriano y la reforma del breviario; animación del laicado como laicado organizado, con la encíclica "*Il firmo proposito*", que es como la carta de la Acción católica.

Francia de 1878 a 1914

Durante este período, Francia conoce una evolución política profunda. Un anticlericalismo y también un anticristianismo se desarrollan desde 1790. Se puede decir que la primera separación de Iglesia y Estado comienza en 1795: "*La República no reconoce ni financia ningún culto*". Esos dos términos serán tomados de nuevo por los legisladores en la ley de 1905. Por el momento se sigue así hasta 1801. En la vida

⁵⁰ Este código será publicado en 1917 por Benedicto XV y será remplazado más tarde por el de 1983 siendo continuación del Concilio Vaticano II.

diaria la situación es dolorosa. El clero sobrevive en la división, el sufrimiento y la clandestinidad.

Cuando Bonaparte llega al poder en 1801, proclama que *“la Revolución ha terminado”*. Quiere beneficiarse de la influencia de la Iglesia. Para ello restablece las relaciones diplomáticas con el Vaticano y decreta el “Concordato”. El culto católico se convierte en *“servicio público”*. Cuando la tercera República suprimirá de nuevo el presupuesto del culto, justificará la medida en que, habiendo suprimido un servicio público, suprime también su financiación. El régimen concordatario se prolonga durante un siglo, pero el anticlericalismo no amaina con el Concordato. Va a atravesar todo el siglo XIX con picos más específicos.

La política anticlerical de la tercera República es fruto de la polarización de la vida francesa. Comienza realmente con la derrota de Sedan el 4 de septiembre de 1870. De 1871 a 1914 asistimos al asentamiento de la tercera República. Tras la derrota de la Comuna (1871), la República conservadora de Thiers fracasa. Divididos y abandonados de la gente de negocios y de los campesinos, los realistas no pueden hacer la Restauración. La Constitución de 1875 consagra una república parlamentaria. Las dificultades económicas y sociales así como las divisiones republicanas hacen que los republicanos oportunistas, Gambetta y Ferry; se orienten, a partir de 1879, hacia una democracia liberal y laica, apoyada en la difusión de la escuela, porque quieren quitar a la Iglesia la formación de la juventud.

El 4 de mayo de 1877 Gambetta declara ante la cámara de diputados: *“Nuestro enemigo es el clericalismo”*. Este discurso llega a ser la referencia absoluta del partido republicano y comienza la laicización de Francia. La tercera República sigue una metódica laicización de todo lo que es público, los cementerios, los tribunales, las escuelas, los hospitales, los hospicios. Suprime el crucifijo y otros signos religiosos en los tribunales de justicia y en las clases de las escuelas. En este momento el bloque de leyes laicas sólo afecta a las escuelas públicas, no se toca la escuela privada sobre todo en las zonas rurales. Un poco más tarde Gambetta denuncia el crecimiento de las órdenes monásticas y de las congregaciones religiosas, y afirma: *“Es un auténtico peligro social”*.

La ley Jules Ferry de 1879 prohíbe a los religiosos enseñar en establecimientos públicos o libres:

“Nadie puede participar en la enseñanza pública o libre, ni dirigir un centro de enseñanza de cualquier tipo que sea, si pertenece a una Congregación religiosa no autorizada”. Es decir, no reconocida ⁵¹.

Este proyecto produce un fuerte impacto en toda Francia. Hay fuertes debates en la Cámara y en el Senado, y este artículo se suprime. Pero el gobierno, con un abuso de autoridad, lo repone el 29 de marzo de 1880. El primero de los decretos promulga la disolución de la Compañía de Jesús en el plazo de tres meses. La segunda obliga a las congregaciones religiosas a pedir la autorización. Ni los jesuitas ni las congregaciones se someten. Al contrario, oponen una fuerte resistencia y viene la expulsión a la fuerza. Sigue después la modificación de los consejos académicos excluyendo de los mismos a los ministros de culto que estuvieran presentes en ellos.

Se crean los liceos laicos de chicas con la ley Camille Sée. En 1881, la ley Jules Ferry hace la enseñanza primaria laica gratuita. La ley Jules Ferry de marzo de 1882 establece que toda la enseñanza primaria sea obligatoria y laica. Las escuelas dejarán libre un día por semana, además del domingo, para permitir a los padres que

⁵¹ Una Congregación no autorizada está privada de personalidad moral. Por tanto, no es reconocida. Pero hay un equívoco en las palabras: no autorizada, no reconocida. La ley de 1901 se servirá de este equívoco para exigir que toda Congregación sea autorizada no sólo para gozar de personalidad moral sino también para existir legítimamente.

lo deseen procurar a sus hijos la instrucción religiosa. Pero los religiosos expulsados vuelven poco a poco y ocupan de nuevo sus puestos. Entonces el gobierno lleva la lucha al plano fiscal. Las leyes de 1880 y 1884 crean un doble impuesto excepcional para arruinar a las congregaciones religiosas. La reacción de los institutos no es unánime: unos resisten y otros se someten. Ya sabemos que la división en estas ocasiones trabaja a favor del agresor.

El 30 de octubre de 1886 la ley Bert-Goblet impone la laicización del personal enseñante. En 1894 una nueva ola anticlerical, más fuerte todavía que la de 1880-1889, se desencadena contra el catolicismo francés. Tiene su origen en el asunto Dreyfus⁵² porque la mayoría de los católicos son contrarios a Dreyfus: antisemitas, antinacionalistas y antirrepublicanos. De resultas de esto la izquierda pro Dreyfus denuncia una conspiración de la “congregación” para derribar la República. El ministerio Waldeck-Rousseau (1895-1902) comienza por disolver la Congregación asuncionista, propietaria del periódico “La Croix”, que tuvo que dejar la dirección al industrial católico Féron-Vrau en 1901. La Croix había tomado partido por los contrarios a Dreyfus. El ministro denuncia los millones que pertenecen a las congregaciones religiosas y se propone dárselos a las clases trabajadoras.

Después en su ley del 9 de julio de 1901, que es muy liberal en sus disposiciones generales sobre las asociaciones – consagra la libertad asociativa y la libertad para las religiones -, incluye un conjunto de medidas discriminatorias respecto a las congregaciones religiosas (título III). Éstas serán las únicas asociaciones sometidas, bajo pena de disolución, a una autorización previa y al control del Estado. Esta ley condiciona su creación, su funcionamiento, la situación de sus miembros, su disolución y el destino de los bienes. Además las congregaciones no autorizadas no pueden enseñar.

El ministerio Combes comienza por aplicar de manera draconiana las disposiciones de su predecesor. Por la ley de 7 de julio de 1904, prohíbe toda enseñanza a los miembros de las congregaciones religiosas, autorizadas o no. Obliga también a las congregaciones docentes a desaparecer en el plazo de diez años⁵³.

Finalmente llega al fondo de sus intenciones. Rompe las relaciones diplomáticas con la Santa Sede y presenta un proyecto de ley que declara la separación de la Iglesia y el Estado. Esta ley es votada el 9 de diciembre de 1905. Sin embargo, la libertad de conciencia y de culto está garantizada⁵⁴. Atacada por las

⁵² Capitán del ejército francés, de origen israelita, que es inculpado en 1894 de haber entregado documentos secretos al enemigo. Un consejo de guerra lo condena. En 1896 se descubre que la escritura de los documentos no es de Dreyfus sino de otro oficial, Esterhazy. Sin embargo, en un segundo proceso, éste es absuelto. En 1898, Zola ataca al Estado mayor en una carta abierta que publica el periódico “L’Aurore”. Zola es perseguido y condenado, pero su artículo revela al público todos los detalles del asunto. Dreyfus es inocente. El proceso es revisado pero en 1899 otro consejo de guerra condena a Dreyfus con circunstancias atenuantes. Dreyfus nunca será declarado inocente.

⁵³ E. COMBES, extracto del discurso del 4 de septiembre de 1904: “... Cuando se trate de los edificios destinados al culto o de los colegios a asignar a los titulares actuales de los servicios concordatarios, no hay concesión razonable, ni sacrificio conforme a la justicia que, por mi parte, no esté dispuesto a aconsejar, para que la separación de las iglesias y del Estado inaugure una era nueva y durable de concordia social garantizando a las comuniones religiosas una libertad real bajo la soberanía indiscutible del Estado”.

⁵⁴ Antes de 1905 hay cuatro cultos reconocidos: católico, luterano, calvinista y judío. Tienen un estatuto de institución pública. La ley de 1905 da por terminada esa situación y postula dos principios: - La libertad de conciencia, libertad individual (art. 19 de la Declaración de los derechos del hombre); - la libertad de culto, libertad colectiva. Permite a todo grupo pedir el estatuto de Asociación cultural, pero ésta es rechazada por Roma porque escapa a la autoridad del obispo, no es canónica y hace temer una confiscación del poder. Pero por ese medio la subordinación de los cultos reconocidos al Estado ya no existe.

oposiciones conservadora y radical, esta república radical tiene que hacer frente a numerosas dificultades, a la agitación social y a la inseguridad exterior. Combes tiene que dimitir. Pero los radicales permanecen en el poder con Clémenceau (1906-1909). En 1906 la "crisis de los inventarios" impide al poder público, propietario de los bienes culturales, proseguir la devolución. Los inventarios no se terminarán nunca. En 1907 una nueva ley otorga a los departamentos y a los municipios la libre disposición de los bienes que no hayan sido reclamados por una asociación, según la ley de 1901. Las iglesias se reducen al culto.

Ante el riesgo de graves disturbios, Clémenceau se hace más tolerante. Presenta un amplio programa que él puede llevar a cabo sólo en una pequeña parte. Le reemplaza en 1909 Aristide Briand. Estos años se caracterizan por numerosas agitaciones sociales. Reaparece la inestabilidad ministerial. Los problemas religiosos siguen suscitando incidentes pero son los problemas exteriores los que van a pasar a primer plano. Parece próxima una guerra, el nacionalismo toma de nuevo fuerza y atrae a muchos jóvenes. En 1910 y sobre todo en 1912-1913 gobiernan de nuevo los republicanos moderados, apoyados por Briand, por la gran prensa de información y de hecho por los "reintegrados" y los realistas.

Raymond Poincaré simboliza este reagrupamiento. Hostil al ejército y afecto al ejército, se apoya en la derecha a pesar de su desconfianza respecto a la Iglesia. Presidente de la República en 1913 quiere jugar un papel activo. La guerra parece inminente. La carrera de armamentos inquieta a la opinión pública. Rusia es la primera en entrar en guerra para salvar a los serbios, atacados por Austria. Francia tiene intereses comunes con Rusia y no puede zafarse. Es la entrada en la primera guerra mundial.

Los primeros años del siglo XX, antes de la guerra de 1914, han sido llamados la "Belle Époque". En el campo de las ciencias y la técnica, el hada electricidad hace maravillas y la música se puede escuchar en los gramófonos. Los ferrocarriles se desarrollan. Francia ha entrado en la modernidad. En 1900 se prepara para acoger la Exposición universal, que celebrará las hazañas de la ciencia y de la técnica. Ese año se inaugura la primera línea de metro.

En 1903 Marie Curie y su marido reciben el premio Nobel de física por sus trabajos sobre la radioactividad. En 1911 Marie Curie recibe un segundo premio Nobel por el descubrimiento del polonio y del uranio. Mucho más tarde, en 1935, su hija recibirá el premio Nobel de química por sus trabajos que permiten la fabricación artificial de la radioactividad. Einstein emprende sus investigaciones y presenta las primicias de la teoría de la relatividad. Por lo demás, en 1909 Blériot logra la hazaña de atravesar la Mancha en aeroplano.

Estos veinte primeros años conocen también una eclosión del mundo intelectual y artístico: Freud y sus estudios sobre los sueños; Apollinaire y Proust, que aportan nuevos enfoques literarios, sin olvidar el desarrollo de la radio y el cine. Este último conocerá una amplia difusión al final de los años veinte haciéndose hablado. Es un arte y un medio de comunicación de masas importante del que se servirán los países totalitarios para la formación de los espíritus.

Bajo las leyes escolares laicas

Es evidente que la política de Francia de 1880 a 1914, política laica y anticlerical, tiene repercusiones en la Iglesia de este país. Mal que bien, las congregaciones religiosas en su conjunto han conseguido mantenerse, a pesar de las dificultades que habían empezado en 1876. Esas dificultades continúan durante los años 1900-1901 para llegar a su paroxismo con la llegada del ministro Combes en 1902. Comienza la lucha religiosa. Combes quiere destruir el catolicismo. ¿Por qué? Él

responde que porque ha tomado el poder. Comienza por los institutos religiosos masculinos y seguirá con los femeninos. 615 congregaciones piden la autorización de enseñar ⁵⁵, de las cuales 551 son femeninas y 64 masculinas ⁵⁶; 215 rehúsan, por no creer oportuno someterse a esa ley, y prefieren escoger el exilio, entre ellos los jesuitas.

“Esta ley de excepción hiere profundamente nuestros derechos más fundamentales de hombres libres, ciudadanos y religiosos... Ataca a nuestra vida y viola en nosotros los derechos imprescriptibles de la Iglesia... Nosotros no podemos pedir esa autorización” ⁵⁷.

Se organizan manifestaciones sobre todo en París. Las “Madres católicas” bajan a la calle, pero no sirve de nada. Combes hace cerrar más de 3.000 escuelas, expulsar a más de 20.000 religiosos e incautar sus bienes. Inmediatamente comienza la liquidación de los bienes de las congregaciones no reconocidas. Los religiosos y las religiosas se secularizan para tratar de continuar más o menos clandestinamente sus obras apostólicas. Es interesante conocer el informe ⁵⁸ de un pueblo de 4000 habitantes para comprender el espíritu con el que están hechas las encuestas:

“Señores, por su carta del 31 de diciembre pasado, el señor prefecto invita a la municipalidad a deliberar sobre la solicitud de autorización formulada por la Congregación de los Hermanitos de María, para el establecimiento que tienen en Varennes.

“Teniendo en cuenta que las congregaciones en general, y las enseñantes en particular, son nefastas para el espíritu republicano y, por tanto, para la República..., que el espíritu retrógrado con que se satura la mente de los niños va a crear en el futuro dos Francias, una animada por el espíritu de Voltaire y Rousseau, la otra por el de Escobar y Loyola...

“Teniendo en cuenta que la educación que se da en los establecimientos de las congregaciones tiene que ser necesariamente mala; que los hombres y las mujeres que las componen han hecho, contrariamente a la naturaleza, voto de castidad; que, por llevar el hábito que les da el prestigio del que se sirven para acaparar todo, han abandonado padres, madres, hermanos y hermanas; que, por tanto, no pueden enseñar a los niños a amar y respetar a su familia porque ellos no la tienen y la han repudiado para ser todos hermanos y hermanas en Jesucristo...

“Teniendo en cuenta... que Francia necesita procrear; que la esterilidad de las personas encerradas en los conventos es una de las principales causas de la despoblación...

Por todos esos motivos proponemos:

1º Dar nuestro parecer contrario al mantenimiento de la Congregación de los Hermanitos de María.

⁵⁵ Ver lo dicho anteriormente

⁵⁶ Eso según E. LECANUET, *Les signes avant coureurs de la séparation*, tomo III, Paris 1930. A. RIVET, *Traité des Congrégations religieuses, 1789-1943*, Paris 1944, habla de 456 congregaciones, 395 femeninas y 61 masculinas.

⁵⁷ E. LECANUET, *o.c.*, p. 300.

⁵⁸ Informe del alcalde y del consejo municipal de Varennes (Allier) en su sesión del 19 de enero de 1902 en *Chanteclair, revue d'éducation chrétienne*, septiembre 1972, p. 25, citado por L. UBBIALI, *Las marianistas durante el período de secularización en Francia (1898-1920)*, SPM, Madrid 1997, p. 44-45.

2º Pedir a la autoridad superior que le sea negada la autorización que pide para su escuela de Varennes.

3º Proponer que el gobierno disuelva todas las congregaciones en virtud del artículo 13 de la ley del 1 de julio de 1901.

Visto el informe, el consejo lo aprueba por 15 votos contra 4”.

Está claro que la gente sin argumentos cae fácilmente en el ridículo para llegar al fin que se propone. Pero también es verdad que en esta época difícil eso parece eficaz.

En marzo de 1903 todas las autorizaciones son rechazadas. Comienza una nueva y brutal dispersión de las congregaciones masculinas. Los superiores religiosos reciben el aviso de que, de acuerdo con el contenido de la ley del 1 de julio de 1901, su Congregación está disuelta y sus centros deben cerrarse inmediatamente. Se concede una prórroga de quince días a la casa más importante. Los religiosos deben dispersarse y renunciar a la vida comunitaria, bajo pena de un proceso penal establecido por la ley. El 12 de octubre del mismo año se cierran 10.049 escuelas. Entre éstas 5039 han sido reabiertas por los católicos, 988 de chicos y 4051 de chicas. Algunas de las escuelas que se han vuelto a abrir son dirigidas por laicos que nunca han pertenecido a ninguna Congregación y 882 por religiosos secularizados. Así el porcentaje de reapertura es de más del 50%.

La ley del 7 de julio de 1904 prohíbe la enseñanza a los miembros de las congregaciones religiosas:

“Con esta ley, Combes pone en práctica el programa más radical de los enemigos de las congregaciones religiosas. Es la medida más draconiana, la más contraria a derecho que se hubiese tomado nunca contra la libertad de enseñanza y contra el principio fundamental de la igualdad de derechos”⁵⁹

Entre 1904 y 1911, se cerrarán 1843 escuelas y se abrirán 272 más o menos legalmente.

La ley de 1905 estipula la supresión del presupuesto de cultos y la entrega del patrimonio inmobiliario al Estado. Los edificios necesarios para el culto son confiados a “asociaciones de fieles”. Si éstas no existen, los lugares de culto son cerrados. La liquidación se hace de manera desastrosa. El precio baja a veces a la quinta e incluso décima parte del valor real. Los sacerdotes ya no perciben nada para vivir y la Iglesia crea la “ofrenda para el clero” para atender a las necesidades materiales de los sacerdotes. En adelante serán los cristianos los que harán vivir a la Iglesia. Más tarde este “impuesto” será la “ofrenda para el culto” y finalmente en 1989 tomará el nombre de “ofrenda para la Iglesia”.

El impacto sufrido por los católicos franceses, en lugar de resultarles fatal, obra más bien como un latigazo. Es verdad que la Iglesia pasa por muy grandes dificultades financieras, pero los fieles se sienten más responsables de su supervivencia. La condición económica y social del sacerdote retrocede pero con eso se purifican las motivaciones de las vocaciones. Bajo el mando de Combes son rechazadas todas las solicitudes de autorización. La inquietud es grande. El tiempo de una sociedad de cristiandad ha caducado; en adelante la Iglesia debe cumplir su misión en un mundo laicizado y secularizado.

⁵⁹ LATREILLE, REMOND, *Laïcisation et séparation (1879-1924)*, VI, en *Histoire du catholicisme en France, la période contemporaine*, tomo III, Paris 1962, p. 503.

De inmediato la vitalidad del catolicismo francés se manifiesta con el incremento del envío misionero al mundo entero. Las dos terceras partes de sacerdotes, las cuatro quintas de religiosos y religiosas así como los medios financieros en países de misión vienen del catolicismo francés. En el momento en que se desencadena un anticlericalismo virulento contra la Iglesia, se observa también una renovación religiosa en el medio intelectual y universitario. Es la época de las grandes conversiones como las de Huysmans, Bourget, Brunetière, Blondel, Boutreux, Péguy, Psichari, Claudel... El traumatismo sufrido por los católicos franceses se apacigua mientras que ruge en el horizonte la guerra de 1914. Ésta va a estrechar los lazos y dar origen a un clima muy diferente de postguerra.

Evidentemente el beneficio de esta ley aparecerá sólo más tarde cuando la tormenta habrá pasado, porque para la Iglesia de la época es un hecho doloroso y traumatizante. Hoy, con ocasión del centenario de la ley, se vuelve a hablar de laicidad. Ésta no es ya tema de conflictos, aunque sea necesario permanecer prudentes. De una laicidad de combate hemos pasado a una laicidad sosegada. Es sinónimo de neutralidad, de compatibilidad con la libertad religiosa y el orden público, de pluralismo en el sentido de que no se adhiere a las religiones pero tampoco las ignora. Así es como se ha creado al más alto nivel del Estado una instancia de concertación con las diferentes religiones en Francia.

En adelante la Iglesia es pobre, pero goza de una libertad que no había conocido nunca. Por ejemplo, el nombramiento de obispos no depende del poder. Conservan su libertad de palabra para intervenir cada vez que la dignidad del hombre y los valores evangélicos son burlados.

Recordemos a este respecto algunos pasajes de la carta de Juan Pablo II a Monseñor Ricard ⁶⁰:

“El principio de laicidad recuerda la necesidad de una justa separación de poderes (Lc 20,25), para permitir a todos los miembros de la sociedad trabajar juntos al servicio de todos y de la comunidad nacional. Este principio forma parte de la Doctrina social de la Iglesia (3), lo que obliga al cristiano, como ciudadano, a servir a sus hermanos y hermanas con una participación cada vez más activa en la vida pública (Gaudium et Spes 1). (4)

“La laicidad, lejos de ser un lugar de enfrentamiento, es realmente el espacio para un diálogo constructivo en el espíritu de los valores de libertad, igualdad y fraternidad a los que está muy justamente vinculado el pueblo de Francia”. (6)

⁶⁰ Carta de Juan Pablo II el viernes, 11 de febrero de 2005, a Monseñor Ricard, arzobispo de Burdeos y presidente de la Conferencia episcopal de Francia, y a todos los obispos con ocasión del centenario de la ley del 7 de julio de 1905, sobre la laicidad.

6. LAS HIJAS DE MARÍA EN LA TORMENTA: “LA DIÁSPORA”⁶¹

Cuando se promulga la ley Waldeck-Rousseau, los marianistas, tanto las Hijas de María Inmaculada como la Compañía de María, piden la autorización para enseñar y la obtienen. Sin embargo, sigue la preocupación contra la enseñanza de las congregaciones. Nuestra Congregación cuenta con 258 hermanas y 28 novicias repartidas en ocho casas: Agen, Sucy, Arbois, Lons le Saunier y en Córcega: Ile-Rousse, Olmeto, Vico y Ajaccio. La obra de Condom es alquilada al Comité de las escuelas libres de Condom, pero queda un bien inmueble de la Congregación. Las ocho casas son de enseñanza. La campaña de Waldeck-Rousseau parece amainar y las hermanas viven un poco más tranquilas pero no completamente seguras. Las personas prudentes piensan que, aunque haya pasado la primera ola de la persecución, seguirán otras y hay que prever. También cada Orden se esfuerza en crear puntos de refugio para el caso que fuera preciso salir de prisa: en Suiza, en Bélgica, en España. Se organizan conventos en todos los países próximos a Francia. En 1899, Waldeck-Rousseau, entonces presidente del Consejo, lanza invectivas orales contra el clero regular. Expone sus quejas con una apariencia de fría lógica. Dice él:

“Las congregaciones acumulan los bienes inalienables y se resisten a las leyes fiscales. Hacen política y propaganda electoral, forman a la juventud para oponerla a las conquistas de la Revolución, enseñan una moral medieval, con sus votos de pobreza, obediencia y castidad, encaminada contra ‘lo que hace que se posea, que se razone, que se sobreviva’”.

Según él, las congregaciones se han desarrollado demasiado y abarcan un número considerable de miembros *“gracias a la tolerancia de los gobiernos clericales del segundo Imperio y de la Asamblea nacional... Es preciso proteger el Estado contra un poder rival que pretende usurpar toda autoridad”*. Por ejemplo, en diciembre de 1899, el subprefecto de Corbeil reclama a todos los institutos enseñantes el resguardo de su petición de autorización.

Se teme un cambio total de orientación del gobierno. La Madre Estanislao, como muchos otros responsables, busca refugio en el extranjero:

“Como puede ver, querido Buen Padre, vamos a intentar una fundación en Dinamarca. La idea viene de la señorita Isabel que actualmente se encuentra en Sucy. Conoce un poco a las religiosas que se encuentran en Aalborg (ciudad con una población de unos veinte mil habitantes). Nos ha pedido que les escribamos... ¿No le parece que es una señal de la providencia?”⁶²

El Consejo general del 23 de junio de 1900 decide lo siguiente:

“Ante la incertidumbre de los tiempos, el cariz político de Francia y las amenazas de leyes opresivas contra las asociaciones, parece prudente

⁶¹ Para este capítulo me inspiro en parte del libro de LUCIA UBBIALI, fmi: *“Las marianistas durante el período de secularización en Francia (1898-1920)”*, SPM, Madrid 1997.

⁶² Carta de la Madre Estanislao al Buen Padre Simler, Superior general de la Compañía de María, el 1 de noviembre de 1900. En L. UBBIALI, o.c., p. 64

prepararse un asilo en el extranjero... España parece el país más favorable”.

Algunas amistades religiosas le permiten organizar dos fundaciones en 1901: una en Dinamarca, en Aalborg, y la otra en España. Este último país le parece el lugar preferido y su proximidad simplificaría mucho los contactos con sus hermanas. Pero en España es necesario encontrar condiciones materiales que permitan vivir a un convento. Finalmente se encuentra en el Norte, en Deva, una casa grande donde se podría organizar un internado para chicas españolas que quieran aprender francés. La casa no tiene ningún jardín, ningún patio de extensión adecuada, y da directamente a la playa, lo que hace dudar a la Madre Estanislao.

El horizonte político en Francia se oscurece y no hay que dejarse sorprender. Así se decide alquilar esta casa el 10 de julio de 1901, y el 3 de noviembre del mismo año dos pequeñas colonias salen, una para Aalborg y la otra para Deva donde la Administración general se instalará un poco más tarde.

La ley del 1 de julio de 1901 acaba de ser promulgada. La Congregación duda sobre lo que conviene hacer y la Madre Estanislao pide de nuevo consejo al Padre general ⁶³:

“El tiempo pasa deprisa sin que podamos avanzar gran cosa en nuestros asuntos, y eso me inquieta un poco. No podemos tomar una resolución definitiva sin el parecer de Monseñor... Desearíamos poderle presentar nuestros estatutos y hacérselos firmar. También hay que enviarlos a otros tres obispos, y eso será largo.

“Por eso le pido a usted, querido Buen Padre, que me indique los cambios que considera necesarios, para que los incorporemos aquí. Veo que hay detalles inútiles; pero como fueron aprobados así en 1828, me pregunto si no será prudente conservarlos más o menos como están. Aunque es posible que yo esté equivocada. En cuanto al artículo sobre la sumisión al obispo, pienso que es suficiente y que no hay nada que añadir. Tengo la intención de no decir absolutamente nada tanto de la casa madre como de las casas ya autorizadas. Se trata, por tanto, de pedir la autorización para las seis casas que no la tienen. Sobre esto tenemos más de un interrogante, y la opinión de usted nos es muy necesaria...

“En cuanto a mí, procuro encontrar fuerzas y serenidad en el abandono a la voluntad de Dios. Pero la preocupación me domina siempre demasiado”.

Cierre de seis casas

La Congregación tiene la autorización, pero las seis casas en cuestión no son reconocidas. Surge entonces el problema de saber si la Congregación debe someterse o no a las exigencias del gobierno.

Se presentan tres soluciones:

⁶³ Carta del 20 de agosto de 1901 de la Madre Estanislao al Buen Padre Simler, en L. UBBIALI, o.c., p. 67.

- Abandonar la vida religiosa para conservar las obras. Es la opinión de cierto número de laicos católicos, de sacerdotes y de obispos. Esta solución se basa en la preocupación por conservar la escuela católica. Para la Congregación es inaceptable porque es violar los derechos de Dios y olvidar que la vida religiosa y la vida comunitaria se sostienen mutuamente. Muchas congregaciones seguirán esta solución con el fin de salvar sus obras.

- Abandonar Francia para salvaguardar su libertad. Es la opción de muchas congregaciones y en parte de la nuestra.

- Mantener clandestinamente las obras, sin disminuir la vida religiosa. Es una solución aceptada por la Santa Sede y adoptada plenamente por nuestro Instituto. Es también una solución que temen y combaten Waldeck-Rousseau y Combes.

La circular de Waldeck-Rousseau, fechada el 5 de diciembre de 1901 y dirigida a los prefectos, corta en seco todo retraso. La crónica⁶⁴ del Instituto termina diciendo:

“Sólo hay que hacer una cosa: cumplir la orden. Se envía la declaración de los bienes inmuebles, muebles, lista del personal y especificación de las obras de Lons le Saunier, Sucey, Ajaccio, Vico, Ile Rousse y Olmeto, el 18 de diciembre de 1901, por medio de uno de esos señores de París”.

Durante todo el año 1902, la correspondencia de las superiores refleja el temor a que el gobierno rechace las solicitudes, acentúe todavía más su política hostil y prohíba totalmente la enseñanza en las escuelas dirigidas por las religiosas. Ante la incertidumbre sobre el futuro, se procura reunir todos los medios humanos para afrontar la situación, pero, sobre todo, se confía en la divina providencia.

El 26 de junio de 1902, la Madre Estanislao se pregunta si no se podría hacer algo más en el caso que la autorización fuese rechazada. La situación es tan confusa que parece difícil hacer planes. Pero hay que conservar la esperanza, previendo todo al mismo tiempo, si es posible. La Madre Estanislao escribe al Buen Padre Simler⁶⁵:

“He pedido a nuestras hermanas de Ajaccio que se informen seriamente de si en Cerdeña hay posibilidades de fundar una casa; sería para nuestras hermanas de Córcega, en el caso de que sus centros se viesan obligados a cerrar. Nosotras seguimos esperando, y seguiremos el camino que quiera señalarnos la divina Providencia. Pero, en caso de disolución, no veo cómo podremos recibir a todas nuestras hermanas en las dos, o quizá tres, casas que fundemos en el extranjero. ¿No sería necesario que algunas volviesen con sus familias? Sería muy doloroso, pero ¿qué otra cosa se puede hacer? Tal vez Dios tenga compasión de Francia y nos traiga la paz”.

Apertura a la misión lejana

En esta época tan agitada para las congregaciones religiosas en Francia, se presenta la posibilidad de una apertura completamente nueva: los países alejados o jóvenes, pobres en congregaciones. Los países de misión, viendo la situación de las

⁶⁴ Annales XIII, 1896-1905 p. 146, AGFMI, Roma.

⁶⁵ Carta de la Madre Estanislao al Buen Padre Simler, con fecha del 25 de diciembre de 1902, AGMAR, Roma.

congregaciones en Francia, lanzan llamadas para atraer hacia ellos nuevos grupos. Es el caso de Polonia, Rusia, América.

He aquí una carta en que la Madre Matilde relata con entusiasmo la visita inesperada de un brasileño ⁶⁶:

“Ayer por la tarde, hacia las cuatro, tuvimos la visita del señor Sattler ⁶⁷, acompañado por un sacerdote americano joven y un señor de muy buen aspecto, de unos cincuenta años de edad, llamado Carlos de Menezès, un brasileño con gran fortuna, al frente de dos industrias que constituyen la riqueza de toda una región: tejido de algodón y refinería de azúcar. Este señor está en relación con el señor Hamel desde hace varios años y ha seguido sus consejos para formar “dos colonias modelos de obreros”.

“Hace cinco o seis años hizo venir de Francia dos religiosas que han hecho un gran bien. Ahora se van porque la Congregación pasa por una gran penuria de personal. Y, como este señor quiere crear algo estable y proveer a las necesidades de todos sus obreros, pide la colaboración de una Congregación religiosa que le proporcione seis o siete personas. Él se encarga de todo el resto: gastos materiales, viajes, instalaciones, jardín, casa colindante a la capilla. No faltará nada. Dará a cada religiosa la pensión que pida la Superiora general. En resumen, las hermanas que fuesen destinadas a Brasil sólo tendrían que llevar sus maletas...

“No le he dado muchas esperanzas, teniendo en cuenta las fundaciones de Deva y Aalborg que acabamos de hacer. Sí le he prometido, reverenda Madre, ponerle al corriente cuanto antes...

“Parece que Brasil está necesitado de congregaciones religiosas y que éstas serán siempre bien recibidas. Las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, nos son favorables. Además el señor de Menezès tiene su poder... sería un buen comienzo de misión. En fin, me ha presentado un cuadro tan atractivo que me dan ganas de conocer este país... ¿Puedo dar alguna pequeña esperanza porque en algún momento creo que esto no estaría mal?

La Madre general responde a vuelta de correo:

“... Como usted, todas nosotras nos hemos alegrado mucho de la propuesta de Brasil. Es muy positiva y ese es el tipo de obras que nos convendría: sobre todo instruir en la religión, cuidar las almas...

“Si Dios quiere concedernos esta gracia, no retrasaríamos la decisión después de informarnos bien, pero en este momento es imposible. No podemos ofrecer ni una religiosa puesto que varias tendrán que ir a España. Si hubiese fracasado esta cuestión de España, quizá no hubiéramos dudado, pero está todo decidido y el próximo lunes la Madre Teresa y la Madre Magdalena marcharán para ultimar las gestiones, comprar los muebles, ver la organización, y unos días más

⁶⁶ Carta del 25 de agosto de 1901, de la Madre Matilde a la Madre Estanislao.

⁶⁷ Hermano de María americano. La Compañía de María se había implantado en América hacía años.

tarde, la pequeña caravana se pondrá en movimiento hacia esta nueva residencia bajo la protección de Nuestra Señora del Pilar.

“Vuelvo al tema de Brasil. Si se cerrase alguna de nuestras casas, quizá podríamos arreglar todo. Pero no se puede actuar dando eso por sentado. Sin embargo, le pido que no diga no de manera definitiva; habría que ganar tiempo, decir que tenemos dos fundaciones este año, lo que hace la cosa difícil en este momento, que quizá el próximo año sería más fácil, etc..., etc, que nos gustaría mucho dedicarnos a esta obra.

“Después infórmese de la situación, del clima. ¿Es al norte de Brasil?... Quizá sería preferible el sur... Pregunte para informarse bien. Si llega el caso, entérese de lo que piensan los señores de Stanislas⁶⁸... En fin y sobre todo pida a Jesús y María que nos haga conocer y cumplir su voluntad...”

En resumen, entusiasmo de las dos partes: “Es imposible, pero no responda no”. Todas las comunidades van a soñar durante algún tiempo con esta misión de Brasil.

A pesar de la tempestad amenazadora, las religiosas esperan no ser abiertamente perseguidas. Sin embargo, cada Instituto toma sus precauciones: “*He hecho preparar algunos vestidos de seglares para el caso que...*”, escribe la Madre Matilde. “*Yo creo que, gracias a Dios, los acontecimientos no se precipitarán...*” La gente lúcida no se deja engañar por la calma momentánea. De hecho, la batalla está perdida desde la votación de 1898 y se confirma en los planos parlamentario e intelectual. Waldeck-Rousseau ha conseguido contener a las congregaciones para debilitarles e impedirles, creía él, que llegasen a ser un “Estado dentro del Estado”. Ha presentado un proyecto de ley que establece su régimen futuro, pero al retirarse es reemplazado en el poder por Emile Combes, infinitamente más peligroso.

Waldeck-Rousseau no trataba de destruir el catolicismo, su sucesor está claramente decidido a combatirlo con todas sus fuerzas. En su juventud había querido ser sacerdote y había hecho estudios en ese sentido, pero no fue admitido al subdiaconado. Ahora odia al clero. Hombre sincero sin duda, pero obstinado, de una “intensidad de pasión inusitada”, espíritu demasiado estrecho y demasiado apasionado para ser jefe de gobierno, es inferior a Waldeck-Rousseau. Con él, la guerra de laicización evoluciona hacia la violencia.

Las elecciones de 1902, dirigidas por sus tropas radicales, dan la señal. “*Contra el sacerdote, todo está permitido*”, es en lo sucesivo la consigna. Emile Combes retoma, endureciéndolo, el programa de su predecesor, que consiste en luchar contra las congregaciones y la reforma de la enseñanza. Al instante suprime las escuelas no autorizadas, rechaza toda nueva petición y no da marcha atrás ante las batallas a las puertas de los expulsados. Los bienes de las congregaciones disueltas por las leyes de 1901 y 1904 son confiscados. Péguy dirá:

“Yo acuso al Bloque, y dentro del Bloque al partido intelectual moderno, de tener una metafísica oficial, una metafísica de Estado y de querer imponerla a todos”.

⁶⁸ El colegio Stanislas de París dirigido por los hermanos de la Compañía de María, marianistas.

Esa frase resume bien el espíritu de la lucha. Combes quiere extirpar el catolicismo de Francia y decreta la separación de la Iglesia y el Estado.

Aunque sea difícil tener una visión de conjunto de la situación, las hermanas se dan cuenta de su gravedad, máxime cuando ven los golpes alrededor de ellas. En julio de 1901, ante la incertidumbre del momento, la Madre Matilde duda en fijar una fecha para la reanudación de las clases en Sucy. Finalmente tendrá lugar el 3 de octubre. En marzo de 1902 la Cámara pronuncia sentencia contra el colegio Stanislas. Se convierte en colegio libre. Se consiente una demora hasta finales de 1903 a favor de los maestros y profesores.

Después comienzan a llover los cuestionarios oficiales. La Madre Matilde escribe:

“De Corbeil he recibido una pregunta urgente, si nuestra escuela es de pago o gratuita. Se les ha respondido que es de pago. Esta prisa lleva a la desconfianza y es verdad que, a pesar de nuestra confianza sin límites en nuestro divino Maestro, no puedo evitar en algunos momentos una agonía moral, una angustia o una tortura que puede deberse sin duda a mi estado de salud, pero que es muy duro y me llevaría a obrar con demasiada fiebre. Pienso también que todas las lamas que sientan, por poco que sea, lo odioso de esta persecución, tienen que sufrir de la misma manera. Estas agonías de todos los días acercan el alma a Dios y, en lugar de debilitarla, se vuelve más resuelta a hacer mejor, frente a todo, su divina voluntad. Supongo que la prueba tendrá como efecto hacernos más fuertes y más sinceramente decididas a buscar sólo trabajar para la gloria de Dios.

“Estos días vamos a ver al tío de nuestra novicia, el Padre Pouillard, capuchino. Todos los provinciales de la Orden se reúnen esta semana en París. Él nos dirá un poco qué piensan hacer después de la expulsión. Yo procuraré saber algo sobre los países extranjeros que van a elegir, para el caso que nosotras tuviésemos que correr la misma suerte, lo cual no pienso...”⁶⁹

Así pues, en la Madre Matilde se alternan los temores y las esperanzas. ¿Sabe que el proyecto de ley es aplicarla primero a las casas religiosas de enseñanza masculina para seguir después con los institutos femeninos? La Madre Matilde ayuda espiritualmente a las hermanas que secularizadas siguen en su puesto. Piensa poder continuar la obra de Sucy. En los últimos días de 1902 escribe la Madre Matilde a la Madre Estanislao:

“... Por aquí hay movimiento. Primero, la semana pasada las Hermanas de Sucy (de San Vicente de Paúl) han recibido la orden de volver a su casa madre de Versalles antes del 1 de enero. Al principio de mes, el señor alcalde recibía la notificación de responder antes del 10 de diciembre sobre el número y la naturaleza de las casas religiosas de su municipio... Por otra parte, una inspectora de Versalles⁷⁰ ha pedido a las Hermanas de la Santa Infancia un plan de su escuela. Ellas lo han enviado inmediatamente.

⁶⁹ Carta de la Madre Matilde a la Madre Estanislao el 24 de marzo de 1902.

⁷⁰ Sucy en Brie dependía entonces del departamento y de la diócesis de Seine et Oise cuya capital era Versalles.

“Hoy recibo del inspector de primaria la orden de que le envíe a vuelta de correo el número de internas, más el de externas pertenecientes al municipio y a los municipios vecinos. Lo que me ha impresionado un poco es la pregunta sobre la sede de la Congregación. He respondido exactamente. ¿Qué significa esta prisa? Nada bueno, sin duda. ¿Hay que hacer algo? Yo no sé nada. Si ocurre algún contratiempo, enviaré un telegrama.

“El buen Maestro quiere que nos fundamentemos en su santa voluntad, que ésta se cumpla...”

La Madre Matilde envía su felicitación de año nuevo y la de la comunidad a la Madre Estanislao, y escribe a continuación:

“... los mejores deseos para el año 1903 que será un año especial, a juzgar por las angustias que tanto oprimen a los institutos religiosos. ¡Cuánto deseo, querida Madre, que el Señor ahorre a nuestra querida familia religiosa los golpes amenazadores que se preparan!. Sobre todo, que Él nos dé el consuelo de ver pasar esta tormenta sin que ninguna de nuestras casas se vea afectada por el rayo o al menos que todas sus hijas permanezcan fieles a su santa vocación...”⁷¹

Un poco más tarde:

“Yo creo⁷² que nuestros amigos o padres de las niñas se inquietan mucho más que nosotras sobre este tema. En cuanto voy al recibidor me apremian a tomar todos los medios posibles para asegurar el internado. Yo contesto con buenas palabras, de confianza, pero eso es todo.

“El sábado por la tarde, el señor Lorber ha comido con un diputado que forma parte del “Bloque” y de la comisión para las congregaciones religiosas. Le ha dicho que de aquí a Pascua, se resolvería a fondo el tema de las congregaciones de hombres que han pedido la autorización. Después vendrían las de mujeres, y nosotras en la fila. Todas las disposiciones relativas a las enseñantes se llevarán a cabo. De aquí a cinco o seis meses, el buen Dios tendrá tiempo de desbaratar sus proyectos...”

“No obstante, hemos preparado algunos vestidos de seglar para cuatro o cinco maestras, para no vernos apuradas en caso de necesidad...”

Así, durante cinco meses la Madre Matilde y sus hermanas pasan del temor a la esperanza para resignarse enseguida. Ella ve el ánimo de las niñas, que devuelve la confianza, la estima y la solidaridad de las familias y después la comunidad que, sumando todo, muestra una verdadera buena voluntad. Este tiempo de preparación refuerza el coraje en las hermanas impresionables pero resueltas a cumplir la voluntad de Dios, sea cual sea. Piensan en los primeros cristianos que esperaban el martirio en la prisión y se mantenían, con la ayuda de la gracia, firmemente fieles.

⁷¹ Carta del 22 de diciembre de 1902.

⁷² Carta del 19 de enero de 1903.

Cierre de Petit-Val

La espera no fue muy larga. El 3 de abril se notifica la disolución de la Compañía de María. El 24 de junio, fiesta de san Juan Bautista, la Madre Matilde es llamada al recibidor por un funcionario. Se hace acompañar por la Madre Angelina y se presentan con el aspecto tranquilo pero con el corazón en un puño. ¿Qué iban a oír? ¿Era una orden de vida o de muerte? Su duda no duró mucho. El comisario de policía, después de saludarles cortésmente, entrega a la superiora un papel oficial donde lee el decreto fatal que le intima la orden de cerrar la casa para el 1 de agosto con la expulsión de las religiosas.

Decir lo que pasa por el corazón de las Madres es imposible. Les parece que todo se hunde ante ellas y que una sima se abre bajo sus pies. Tienen que abandonar esta casa que la superiora dirige desde hace casi diez años, que ella ha visto nacer, desarrollarse poco a poco y prosperar. Esta casa cuyos inicios han dado tantas preocupaciones, han costado tantos sacrificios y cuidados, esta casa por la que ha visto pasar tantas jóvenes en el internado, a las que ha dirigido sin medida sus observaciones sabias, prudentes y maternas ¡Esta casa donde se ha hecho tanto bien hay que dejarla, abandonarla, cerrarla!...

A pesar de que la medida era de esperar, el efecto es fulminante. ¡Y todo eso en un mes! Un mes es muy poco para realizar una mudanza tan considerable. La Madre se da cuenta de ello y escribe al prefecto con la esperanza de conseguir un mes de prórroga. La demora pedida es concedida y la fecha fatal retrasada al 1 de septiembre. Se decide no divulgar enseguida la noticia de la orden recibida. Las niñas deben terminar tranquilamente el año escolar y evitar la turbación en la proximidad de los exámenes. Se deben hacer esfuerzos por parecer alegres.

Los padres conocen la noticia al acercarse el reparto de premios e inmediatamente se plantean la pregunta: “¿La casa de educación va a sobrevivir a la comunidad bajo otra forma? Y ¿cómo será dirigida?”. Es también la gran preocupación de la Madre Matilde.

Pero ella se ocupa primero en encontrar otra morada a las religiosas. Comienza la serie de marchas con un pequeño grupo de novicias, preludio del desmembramiento general. Poco a poco, con algunos días de intervalo, las marchas se multiplican y se hacen más seguidas. Unas se dirigen hacia el mediodía: Agen recibe a un buen número de ellas; Condom, que se había dejado hacía tiempo, reabre sus puertas para recibir a las novicias. La casa de Arbois, que no ha sido todavía golpeada, acoge a varias enseñantes y hermanas coadjutoras.

A su vez, la Madre Matilde hace venir a Petit Val a religiosas de lejos y desconocidas que, con un vestido seglar, deben reconstituir el personal doméstico de la casa, porque ella no abandona la esperanza de salvar del naufragio al internado.

Exilio de la comunidad de Lons le Saunier

La comunidad de Lons le Saunier, afectada en la misma época por la ley de expulsión, busca refugio en Sursee en Suiza. La comunidad se exilia en tres expediciones: el 23 de junio, el 10 de julio y el 17 de julio de 1903. Una maestra laica queda como titular de la escuela, ayudada por algunas hermanas secularizadas:

“El 17 de julio una caravana toma el camino del exilio. Imposible describir las dolorosas emociones que marcan esta mañana y esta salida... Desde las seis de la mañana, una gran cantidad de padres de alumnas se unen a los numerosos amigos que quieren darnos su última muestra de simpatía. Un silencio sepulcral reina entre la gente apiñada

en los andenes de la estación. Por fin el tren se pone en movimiento, y tenemos que decir adiós para siempre a aquella querida ciudad. Algunos amigos nos acompañan hasta Mouchard y en seguida franqueamos la distancia que separa Francia de Suiza”⁷³.

En Sucy, la Madre María Matilde tiene también que irse, sobre todo ella, más marcada que todas las demás. No quiere alejarse de Petit-Val, su obra, donde tantas de sus novicias han aprendido de ella el estilo de la Familia. Decide buscar un refugio en París donde tan fácilmente se puede desaparecer y reaparecer como una desconocida... Se acuerda de que el párroco de Nuestra Señora de Loreto se había dirigido a ella antes de la dispersión para conseguir algunas religiosas secularizadas que, junto con otra persona, deberían reabrir en su parroquia, calle de los Mártires, una escuela que habían tenido que dejar, a causa de la ley, otras religiosas.

Sor San León, que tiene el bachillerato, es designada para dirigir esta escuela. Se le dan dos hermanas coadjutoras. Unos meses más tarde, la Madre Matilde, cuando los liquidadores la habrían olvidado, se juntaría a ellas y viviría con ellas. Al menos eso esperaba...

La Madre Matilde se instala en París

Así pues, necesita buscar un apartamento para algunos meses. Se encuentra con que una antigua alumna de Agen, la señorita Delzenne, viuda desde hace tiempo, ha decidido volver a vivir con su familia. Propone a la Madre Matilde tomar su apartamento situado en boulevard Montparnasse, cuyo arriendo expira dentro de tres meses. La Madre, que ha dejado el hábito religioso, se instala allí, vestida de seglar con una sobria elegancia. Desde febrero de 1901 ha cambiado de apellido y ha tomado el de su madre, para despistar mejor a los observadores, y durante mucho tiempo será la “señora Mauriès”⁷⁴. Le acompañan dos compañeras. De aquí irradiará incansablemente hacia sus hijas dispersas. Las visitará, tomando riesgos, las recibirá, las reconfortará, las sostendrá en las pruebas de esta situación difícil.

Inmediatamente se pone a trabajar. Primero hay que salvar la obra de Petit-Val. Emplea el tiempo de vacaciones en reclutar personal seglar, al que junta algunas religiosas venidas de una de sus casas lejanas y debidamente vestidas como correctas señoras. Las religiosas de Agen le proponen una señorita que ha sido durante varios años maestra auxiliar en su casa. Hace de directora. La señorita Carcenac inspira confianza. Su experiencia de la juventud, su sensatez, su firmeza, su fe y el interés con el que durante estas vacaciones se pone al corriente de las costumbres de la casa y de las nuevas necesidades, dan seguridad. Se le adjunta como ecónoma una novicia de edad madura, secularizada, Julia Becq, persona extraordinaria... Había sido primero profesora laica y había dejado su puesto para entrar en las Hijas de María, aportando todo lo que tenía: todos sus muebles, que eran muy bonitos. Servirían para los cuartos de las señoras internas. Julia secularizada deja en la Congregación una huella indeleble. Entendida en negocios, desenvuelta, muy inteligente. De palabra viva y brillante, gusta especialmente a las alumnas y a los padres, amigos, pero...

⁷³ Madre María Clara de San José ABADIE: reseña del éxodo de la comunidad de Lons le Saunier a Sursée p. 13 AGFMI, Roma.

⁷⁴ En los archivos de la Congregación encontramos escrito tanto Mauriez como Mauriès. En este libro nos ajustaremos a la partida de nacimiento de Gabriela Pouilh: “Hija de Pouilh Juan Bernardo... y de Mauriès, su esposa, en la fecha del 25 de junio de 1874 (AGFMI: 2J7-A: documentos personales).

Algunas antiguas alumnas, algunas hermanas secularizadas, desconocidas en la región, y varias laicas forman el personal docente. Parecía que todo se iba a arreglar para salvar Petit-Val. Esta sustitución del conjunto coherente y armonioso de las profesoras expulsadas por la ley por unas personas desconocidas desconcierta a las alumnas, que añoran sobre todo a la superiora, su Madre Matilde, querida y venerada.

Desde el principio, se crea un espíritu de independencia que aumenta de día en día. El orden y la disciplina se pierden. La señorita Cercenac, admirable maestra auxiliar, no tiene nada de una verdadera directora de internado. No tiene espíritu de iniciativa y le falta sobre todo esa intuición que interpreta al instante las reacciones de cada uno y afronta la situación enseguida. Es muy buena, pero no tiene firmeza de carácter, y, para ganarse la simpatía de las profesoras y de las alumnas, evita toda observación, dejando pasar muchos pequeños fallos que dañan a la disciplina general y a los intereses materiales y morales del internado.

Al mismo tiempo, se presentan otras dificultades. La señora Mauriès tiene que dejar el apartamento del Boulevard Montparnasse, amablemente puesto a su disposición, para unirse a Sor San León, en la calle de los Mártires, en la escuela que ha creado el párroco de Nuestra Señora de Loreto. Éste, dando marcha atrás de su propuesta, le escribe para pedirle que busque otra vivienda porque su presencia corre el riesgo de llamar la atención y de provocar pesquisas sobre la escuela.

La señora Mauriès, que tiene ocho días para buscar un alojamiento u hacer la mudanza, pasa todo el día de Navidad, acompañada de la pequeña sor Virginia, disfrazada de chica seglar, recorriendo las calles próximas, mirando todos los letreros para descubrir una vivienda vacía. Por fin, en la calle Vavin encuentran una pequeña vivienda en el primer piso y allí, durante año y medio, la señora Mariès recibe una interminable serie de visitas. Uno tras otro desfilan padres de alumnas, hermanas vestidas de seglar, diseminadas por los alrededores o de paso por París. Es en este momento el punto de salida o de llegada, un minúsculo "hotel", para la familia dispersa. Fatigada por las gestiones, el ruido de las calles, el movimiento incesante, incómoda en su vestido y su sombrero inhabituales, siente, cuando habla a alguien, con su cortesía reservada, sonriente y muy dulce, que se murmura: "¡Es una secularizada!". Prueba esta impresión nueva de ahogada, tan dura para los que sólo conocen el silencio y la soledad fraternal de los monasterios y se encuentran, por accidente, perdidos en la dura soledad de las grandes ciudades. Con el corazón encogido, pero resuelta, hace frente a la catástrofe. Es una pequeña unidad en el vasto mundo que tanto ha temido. Ahora acepta vivir allí sola y tratar de desbaratar sola la vigilancia de las autoridades. Pero ¿está realmente sola? ¿No hay una Presencia que vela amorosamente por ella?

Surgen otros temores. De repente se altera por las amenazas que aparecen:

"... Yo creo que no me tengo que apresurar en ir a la campiña (Sucy). Nos tenemos que mantener a la defensiva. Las Damas de la calle Bourgogne, donde está la señorita de Parieu, han sido inquietadas el pasado viernes. Ese día en París y en todas sus casas de la provincia, ha habido pesquisas inquietantes. Lo mismo en los sacerdotes de San Francisco de Sales. El lobo no duerme, hay que velar".

El temor de esas pesquisas le hace destruir o esconder todas las listas de hermanas, todas las direcciones y todas las cartas recibidas: cartas de asuntos materiales o cartas de dirección, incluso las cartas de familia.

Venta de Petit-Val antes de la expoliación

Se anuncian más peligros todavía. Las casas y las propiedades religiosas corren el riesgo de ser confiscadas. Siguiendo el consejo apremiante de un abogado, hay que vender la casa de Petit-Val para ponerla a cubierto de la expoliación. La señora Mauriès tiene que hacer muchas gestiones y ver a muchos hombres de negocios para encontrar un comprador seguro que esté dispuesto a devolverla cuando pase la tempestad y un notario que quiera certificar la escritura. Después de varias conversaciones, que duran cerca de seis meses, las dificultades se allanan. El señor Lebouteux, pariente de una de las religiosas, acepta comprar la casa.

El notario de Boissy no quiere encargarse de la venta y hay que recurrir a un notario menos temeroso de Poitiers. La Madre Matilde debe ir a Poitiers para firmar la escritura. Estamos a 17 de mayo de 1904. Tranquilidad por ese lado. Sin embargo, esta compra será cuestionada por el gobierno invocando el proyecto de ley presentado en la Cámara el 18 de diciembre de 1903, votado el 28 de marzo de 1904 y admitido por el Senado el 7 de julio. El contrato de venta será declarado nulo y sin efecto el 28 de junio de 1912, y Petit-Val será bien del Estado. En una carta del 5 de junio de 1913, la viuda del comprador entra en un proceso para intentar recuperar su propiedad pero el 9 de julio de 1913 el Procurador legal indica que el tribunal ha rechazado esta revisión. En 1914 un nuevo intento de compra despunta porque el gobierno quiere instalar un casino. Una antigua alumna está dispuesta a dar una suma importante para participar en la recompra de la propiedad. Después no hay nada hasta 1917 en que una carta nos comunica la decisión del tribunal de Agen estipulando que el ministerio del interior aceptaba disminuir el alquiler, corriendo a cargo del inquilino todas las reparaciones de importancia.

En una carta dirigida por la Madre Matilde a la Madre Clara de San José Abadie ⁷⁵, descubrimos el deseo del Estado, por mediación del ministerio del interior, de tomar Petit-Val para hacer una residencia para sordomudos. Dos años después, el 20 de mayo de 1922, a petición de la dirección del Patrimonio del Estado, el tribunal de Agen publica un decreto por el cual la propiedad de Petit-Val sale a subasta en Corbeil a partir de 345.000 francos. De nuevo la Congregación piensa comprarla pero no tiene el dinero necesario. Entonces recurre a los padres de familia y a los amigos, y se crea la “Sociedad de Petit-Val de Rocher”, cuyo objetivo es la recompra de la propiedad.

Esta nueva sociedad se convierte en la propietaria del inmueble. La Congregación se compromete a pagar un alquiler cuyo montante cubre los intereses al 4% de las sumas prestadas. Así lo ha decidido el consejo general formado por la Madre María Matilde, la Madre Genoveva del Sagrado Corazón, la Madre Adela y la Madre M. Francisco de Sales. La Congregación dispone así de un lugar en el que es posible instalar la Administración general y crear un centro de formación para chicas.

La epopeya de la casa de Petit-Val describe bastante bien todas las dificultades de las congregaciones en Francia durante la secularización: la cadena de compras, ventas y reventas suscitada por las diferentes leyes sobre la enseñanza católica de la época y la preocupación de las Madres por inventar o encontrar la estratagema que sirva para conservar al menos lo esencial. La casa madre de Agen, donde vivía la Administración general, ha sufrido también numerosos avatares.

Volvamos ahora a los acontecimientos en torno al 1904. Al mismo tiempo que se hace el máximo esfuerzo por adaptarse a la nueva situación, la Madre Estanislao, poniendo todos los medios para la supervivencia de la Congregación y de la

⁷⁵ Carta del 3 de julio de 1920.

enseñanza, teme nuevos problemas, como vemos en una carta dirigida al Buen Padre Simler ⁷⁶:

“Estamos en la más completa incertidumbre respecto al porvenir, y podemos esperarnos cualquier cosa. Las opiniones sobre nuestro futuro están muy divididas, sin que ninguna parezca segura. ¿Viviremos hasta Pascua? ¿O hasta el final del año escolar? Nadie nos lo puede asegurar, y la perspectiva de la disolución es muy triste. Afortunadamente hemos puesto nuestra confianza en la divina Providencia. Tendremos, así lo espero, la gracia actual”

Para la Madre Mauriès, los seis primeros meses de 1904 no suponen una mejora en el sistema de disciplina adoptado por la señorita Cercenac, la directora de Petit-Val, y es difícil remediarlo inmediatamente. La señora Mauriès va allí a escondidas, no se manifiesta mucho al exterior y, cuando llega, se queda en su cuarto para evitar encontrarse con las alumnas porque eso desencadenaría un entusiasmo comprometedor. Sin embargo, toma parte en la vida de la casa, asiste sin que le vean al retiro de las niñas antes de la primera comunión y participa en los ejercicios religiosos, escondida en una especie de tribuna retirada que domina el coro de la capilla. Inmediatamente después reza sola en la capilla cerrada al público.

Discretamente asiste a la celebración de la primera comunión del año 1904 que ha tenido que hacerse no en la casa sino, siguiendo las medidas gubernamentales, en la iglesia parroquial. Cae una lluvia torrencial y hay que ir a la parroquia a pie. Esta lluvia añade cierta tristeza a la fiesta porque otros años todas las familias se reunían en el internado, y hoy cada una se desparrama por los pequeños restaurantes vecinos.

La Administración general se exilia a España

En julio de 1904 la Madre Estanislao escribe al Buen Padre Simler:

“Probablemente Deva será nuestro refugio por el momento. Lons le Saunier pide un refuerzo de secularizadas. Lo mismo que Suiza. Así nuestro personal activo está colocado. Algunas hermanas de salud frágil o de vocación dudosa volverán a su casa momentáneamente. Esto lo haremos sobre todo en Córcega con las que tienen todavía familia... Sobre todo quiero que todas crezcamos en devoción y confianza en nuestra Madre Inmaculada, que estoy segura que no nos abandonará.

“Yo veo mucha buena voluntad alrededor de mí aunque constato también con dolor que muchos espíritus experimentan una inquietud muy grande que a veces produce un declive de la vida de fe e incluso de amor de su vocación. Pienso. Como todos ustedes, querido Buen Padre, que lo importante es empezar por rehacerse y afirmarse en los principios, para poder responder mejor a los planes de Dios sobre nosotros. El futuro nos reserva sorpresas, sin duda, pero también gracias que nos esforzaremos en aprovechar...”

Está claro que el peso de las responsabilidades y la preocupación por cada una de sus hermanas, aunque se lleven en la fe y el abandono en la Providencia, alteran su salud. Para evitar lo peor, se decide a marchar a Deva y allí se instala la Administración general.

⁷⁶ Carta de la Madre Estanislao al Buen Padre Simler, fechada el 4 de febrero de 1904 en L. UBBIALI, *o.c.* p. 82.

7. LA MADRE MATILDE, LAZO DE UNIÓN ENTRE FRANCIA Y LA AG

Así llegamos hacia el final del año escolar 1904. Ha sido un año duro para la señora Mauriès y actualmente se encuentra en medio entre la directora y la ecónoma de la casa de Sucey, que no pueden ponerse de acuerdo. Los padres se quejan de la decadencia de la institución: poco trabajo de las niñas, falta de vigilancia por parte de la directora, que permite todo y deja hacer todo, practicando así la política de los ojos cerrados. Además el capellán, poco hábil, toma partido en la querrela directora-ecónoma a favor de la directora. Así, sin quererlo, favorece el desorden y el capricho de las alumnas.

Por el momento, la señora Mauriès, Provincial, tiene que quedarse en París para establecer una especie de puente de encuentro. Tiene que estar también cerca de Sucey porque el internado, en otro tiempo floreciente, amenaza ruina. Pero ¿qué puede hacer? Ella ya no es nada en la casa, sólo puede venir a escondidas. ¿Va a abdicar por eso? Decir “Señor, defiende a los tuyos” sin hacer nada es de tibios. No duda. Ante todo hay que restablecer el orden.

Sólo la señorita Julia Becq puede hacer reinar ese orden porque la señora Carcenac es incapaz de ello. La Madre llama a esta última y con dulzura y tristeza le explica la situación con esa ternura discreta y desgarrada a la vez, tan propia de ella en los momentos difíciles, que encontramos también en las cartas dirigidas a la Madre Estanislao cuando se trata de mandar a su casa a una novicia que no puede seguir la vida religiosa. Con la ayuda de Dios, consigue que la señorita Carcenac vuelva a una familia donde ya había enseñado antes. Más difícil es despedir al capellán. Entonces se dirige al obispado.

El Vicario general que trata el asunto lo hace con gran tacto y delicadeza, y llega el traslado. Pero, si ha logrado despedir con dulzura a la señorita Carcenac por su incapacidad para dirigir el centro ¿a quién pone en su lugar? Pide consejo a la Madre Estanislao ⁷⁷:

“... No me quedan más que dos soluciones. Ya me dirá usted cuál es la que más le agrada o me dará el consejo que juzgue oportuno. Espero de su bondad una respuesta rápida porque el tiempo pasa deprisa y hay que acabar con este asunto.

“La primera solución es la que estaba hecha al principio, la señorita Cecilia D. como titular y al mismo tiempo inquilina. La segunda sería la señorita Julia que pediría la apertura de la escuela y sería la arrendataria. Entre las dos no sé cuál es la mejor.

“Dígame por favor lo que piensa. Las dos son buenas y creo que se puede contar con ellas. La segunda es más madura, se desviviría por nosotras, pero, por lo impulsiva que es, conviene que dependa de una de nosotras. Además es lo bastante inteligente como para entenderlo. Todos los padres la aprecian y confían en ella..., las profesoras le temen por las numerosas observaciones que les ha hecho para conseguir el orden que ellas no mantenían suficientemente.

⁷⁷ Carta del 9 de agosto de 1904 a la Madre Estanislao.

“¿Qué hacer?

... El buen Maestro conoce nuestros tormentos. Sabe nuestra debilidad y puede remediarlo todo, estoy firmemente convencida de ello. Él puede también querer que estos tormentos nos aplasten; nos adherimos a todo, con tal de que se haga su voluntad...”

La cuestión de una directora para Petit-Val está zanjada: la señorita Julia Becq hace la petición de apertura de la escuela y se hace cargo del arriendo del inmueble ⁷⁸. La Madre Matilde respira y se tranquiliza. Pero acababa de atarse las manos y prepararse a días muy dolorosos. Dios permite a veces que los más sabios obren como ciegos...

Cierre de dos casas

Así pues, en septiembre de 1904 Julia Becq toma la dirección de Petit-Val, pero el horizonte no se aclara casi nada. Estamos bajo el efecto de la proclamación de la ley Combes (julio de 1904) con la prohibición de enseñar a todo miembro de las congregaciones religiosas, autorizadas o no. Los presentimientos de la Madre Estanislao indicados más arriba no eran infundados. La Congregación, como todas las congregaciones enseñantes, es definitivamente suprimida. El 9 de julio de 1904 el ministro Combes envía a la Superiora general el decreto de cierre de las clases de Agen y Arbois. El decreto dice entre otras cosas:

“El Presidente del Consejo, Ministro del Interior y de Cultos, en aplicación de la ley del 7 de julio de 1904 relativa a la supresión de la enseñanza de las congregaciones religiosas, sobre todo en sus artículos 1 y 3, que dicen lo siguiente:

“Art. 1: La enseñanza de toda clase y de todo tipo está prohibida en Francia a las congregaciones religiosas. Las congregaciones autorizadas exclusivamente como congregaciones enseñantes serán suprimidas en un plazo máximo de diez años...

Será cerrada toda escuela o clase anexa a los establecimientos de las congregaciones contempladas en el párrafo 4 del artículo 1, con excepción del servicio escolar destinado únicamente a niños hospitalizados y a los que les sería imposible, por motivos de salud u otros, frecuentar una escuela pública...

“Antes del 1 de octubre de 1904 se cerrarán todos los establecimientos de las congregaciones religiosas que se indican a continuación, situados en el departamento del Jura: establecimiento de las hermanas de María Inmaculada de Agen en Arbois.

“Art. 3: El prefecto del departamento del Jura es el encargado de la ejecución de la presente orden, que se publicará en el diario oficial y será expuesta a la puerta de la alcaldía de cada uno de los municipios afectados”.

⁷⁸ Carta del 11 de agosto de 1904.

Se nombra un liquidador ⁷⁹ para cada Congregación. Hay pesquisas en algunos conventos clandestinos y persecuciones contra algunas órdenes, lo que obliga a las secularizadas a tomar muchas precauciones. Temen las censuras, las indiscreciones y las denuncias.

La Madre Matilde se lanza a la acción

Las cartas de la Madre Matilde a la Madre Estanislao, refugiada en España, se descifran con dificultad porque hay que “engañar al enemigo”. Las cartas ya no son firmadas por la señora Mauriès sino por Gabriela, María e incluso Gaby. El texto se hace un poco sibilino. Ya no se habla de “religiosas” sino de “nuestras amigas” llamadas con su nombre o su apellido, sin una o dos sílabas. Ya no se habla de Sucy sino de la “campiña”. Hay tantos circunloquios que a veces resulta difícil averiguar de qué trata el texto. Cuando toda la vida se ha escrito con rectitud y claridad, sin rodeos ni tapujos, es imposible dar el pego a eventuales inquisidores. Para ellos, es un trabajo infantil restablecer el sentido de cada frase para no ignorar nada de la actividades y de los hechos.

Esta correspondencia camuflada es enorme. Por una parte, la señora Mauriès mantiene al corriente más que nunca a la Madre Estanislao de todo lo relativo a cada una de las religiosas diseminadas. Por otra parte, un número considerable de cartas salen del piso de la calle Vavin en todas las direcciones para llegar a cada una de las hermanas en “diáspora”. La directora de Argenteuil es ahora la Madre Luisa Teresa Aubin, camuflada de seglar.

En período de paz social, cuando las órdenes religiosas tienen detrás de ellas años de desarrollo tranquilo, puede crearse en los monasterios y en los conventos una cierta atmósfera de alegría discreta y sobria, de bienestar moral e incluso material. Se observa la Regla, la ordenación de los trabajos y de los ejercicios religiosos llama a cada uno a su sitio, determina y limita para cada uno el esfuerzo cotidiano, la obediencia y el equilibrio. Nadie posee la mínima cosa en propiedad personal pero cada uno tiene asegurado lo necesario. El lujo sería entonces una ruptura de la paz.

Pero ¿nos imaginamos lo que puede ser la vida en tiempo de persecución? Hay que esconderse, tener cada uno una situación social aparente, una profesión individual que dé de comer a la persona. Tiene que haber comunidades maquilladas en escuelas libres, en talleres, en casas de familia. Algunas secularizadas pueden tener un verdadero oficio o un diploma. Otras deben trabajar sin competencias definidas. Además no se puede despedir a las bocas “inútiles”, las enfermas, las hermanas de edad totalmente incapaces de ganarse la vida. Cuando se han producido algunas defecciones de almas mediocres, las que quedan tienen que llevar una vida realmente heroica, sobre todo cuando se trata de órdenes femeninas. Entonces resulta duro ver a cada una enfrentada con su debilidad, sus temores y su fidelidad a la llamada. Entre las que siguen, no todas tienen la misma competencia, la misma salud

⁷⁹ Este liquidador es nombrado por el tribunal local en donde se encuentra la casa madre. Lo impone el Procurador de la República. El 16 de julio de 1904 el tribunal de Agen nombra al señor Jules Cazanobes liquidador para nuestra Congregación. Este liquidador procede al inventario de los bienes de la Congregación, administra los bienes de las casas cerradas y procede a su liquidación. Siempre hay posibilidad de intentar un proceso contra el liquidador, pero naturalmente es un intento inútil. El recurso elevado por las marianistas es rechazado, como cabía esperar. Así cada casa espera o se dispone a oponerse enérgicamente a su llegada, como por ejemplo en Olmeto (Córcega). En los años comprendidos entre estas leyes antieclesiásticas y la primera guerra mundial, la Congregación debe recurrir a los tribunales y someterse a muchos procesos.

que resista a las contrariedades, los mismos recursos. Entonces la palabra “caridad” toma todo su sentido y se desarrolla, a menudo en medio de grandes privaciones, el espíritu de familia.

La Congregación siente la necesidad de adaptarse a la Regla de modo que la religiosa secularizada pueda vivir plenamente su consagración a Dios en estas situaciones de tormenta. Las reglas adoptadas por las hermanas secularizadas insisten en que la secularización no debe ser un pretexto para descuidar los deberes propios de la religiosa, sino que, al contrario, sirven de estímulo para una mayor iniciativa personal en la formación de convicciones sólidas que garantizan lo esencial, a pesar de la inexistencia de estructuras externas. Encontramos en los archivos textos como éste ⁸⁰:

“Debemos conservar a toda costa la vida religiosa porque es un tesoro inapreciable... Es ilusorio creer que haya que sacrificar la vida religiosa para salvar nuestras obras. Nosotras tenemos compromisos sagrados que nos unen a Dios y ningún poder puede suprimirlos... Las que temen no ser capaces de mantenerse fieles pueden pedir ser enviadas a un lugar regular... Los enemigos quieren destruir la Congregación y atacar así a la Iglesia; pero ellos no podrán si nosotras no queremos”.

Siguen a continuación algunos consejos:

1. Ni timidez ni repliegue sobre sí misma, con la excusa de no exponerse. Ser prudentes con la prudencia cristiana: evitar sobre todo dejar pruebas escritas.
2. En la vida corriente vivir como cristianas y como perfectas cristianas. Nada nos obliga a llevar vestidos mundanos ni a renunciar a nuestras prácticas piadosas; ser piadosas y modestas.
3. Defender los derechos de la patria.
4. Sobre todo libertad de conciencia. No permitir que el juez entre en este campo. Contemplar a Jesús ante sus jueces. Comprometer sólo la propia persona, puesto que la Congregación es declarada inexistente.

La Madre Matilde se preocupa de cada una. Todas sus hermanas están dispersas. No han sido previstos todos los casos y hay que arreglarlos. Hace falta colocar a cada una, o bien en el extranjero, o bien como secularizada en su propia familia, o bien en otros conventos que no enseñan y todavía se mantienen. Supone una gran preocupación este remolino de vocaciones contrariadas, no sólo en las marianistas sino en todas las órdenes enseñantes. Estas mujeres no han sido formadas en este nuevo género de vida. Muchas tienen que ganarse su vida. Algunas más o menos maduras no saben manejar el dinero:

“La Madre San J. (guardamos el anonimato), fatigada va a orillas del mar con una familia y pide prestado a derecha e izquierda sin preocuparse de las consecuencias; tal otra compra baratijas o chucherías...”

En este clima de persecución, las vocaciones convencidas se consolidan, mientras que las más débiles caen, lo que plantea el problema del personal. Así lo

⁸⁰ La vida religiosa en los tiempos actuales, en *“Regles de conduite pour les secularisées”*, AGFMI, Roma.

piensa y lo expone el Superior general de los marianistas ⁸¹ en el momento en que va a salir para el exilio:

“A veces se entra en religión por motivos engañosos: para vivir más tranquilos, sin preocupaciones, para sufrir menos y no carecer de nada, o incluso porque se tiene un status honorable y se recibe consideración. Todos estos motivos son puras ilusiones. Se podría así vivir en la ilusión toda su vida religiosa, siguiendo un camino cómodo y evitando lo más posible las espinas y las dificultades. Pero Dios, para verificar si uno se ha dado a él sin reservas, si se le sirve por él mismo y no por interés personal, hace soplar expresamente el viento devastador de la persecución. En ese momento, las vocaciones mediocres caen como hojas secas, y cuando el árbol vigoroso y resistente de la vida religiosa sea bien sacudido, sólo quedarán en sus ramas las vocaciones verdaderamente fuertes, generosas, bien templadas, los verdaderos consagrados a Jesús crucificado, capaces de seguirle en todas partes y sobre todo hasta el Calvario”

La Madre Matilde escribe a la Madre Estanislao ⁸²:

“He pasado unos cuantos días en el campo (Sucy) y pienso volver y quedarme mientras mi inseparable Virgi (Sor Virginia) estará en soledad (retiro) ⁸³. El 26, ella irá muy cerca de Choisy le Roi con cinco de sus amigas (religiosas) a pasar momentos felices con el mejor de los Maestros, y después, el sábado siguiente, irán a Montmartre. Como san Ignacio renovarán lo que usted ya sabe (los votos), luego irán a confiar todo a Nuestra Señora de las Victorias y volverán al castillo reconfortadas y dispuestas a ser muy generosas...

“... He pasado malos días. Sí, mientras todo es alegría en el sitio donde está usted, por lo cual bendigo al Señor, aquí hay que decir “Viva la cruz”, pero ¿cuál?. Ella es tan misteriosa como dolorosa. Nuestra nueva vida nos hace pasar por agonías y zozobras muy extrañas. Es difícil expresar lo que se siente. Dios solo lo sabe, y eso basta. De todos modos le prometo que si una no estuviera enganchada a la vida, se abandonaría fácilmente. No sé si es algo enfermizo, pero la tierra me produce el efecto de estar tan sucia, tan repulsiva, que se deriva un asco insuperable. El señor de Bonneuil (párroco de Bonneuil) me ha dicho que está harto de la vida, que sufre de tal modo el mal del país que desde hace tres semanas ya no puede más, y eso sin que yo le comunique nada de mi estado interior---

“... Tiene usted mucha razón, querida Madre, animándome a dejar las preocupaciones al Maestro. No doy prueba de inteligencia, de sensatez. Pídale, por favor, que tenga piedad de toda esta locura que no comprendo cuando tengo una brizna de razón. Pienso mucho en Ana María y en todas. ¡Cuánto las quiero! Que ellas pidan también por las pobres hermanas de Francia...”

⁸¹ Conferencia del Padre Simler el 29 de marzo de 1903, en *Annales XIII, 1896-1905, AGFMI, Roma*.

⁸² Carta del 27 de agosto de 1904, de la Madre Matilde a la Madre Estanislao.

⁸³ Lo que está entre paréntesis se añade para la comprensión del texto. Está claro que en estos tiempos agitados la Madre Matilde no tiene tiempo para ir al campo.

Cansancio y angustia ante situaciones que parecen insolubles, abandono filial. Todas esas quejas se irán haciendo menos frecuentes a medida que la Madre Matilde vaya sintiendo su acción sostenida por la mano de Dios, pero por el momento tiene que hacer un duro aprendizaje.

La vemos lanzada a la acción, una acción ardua: tiene que revisar todos sus métodos. Ella sobresalía en dirigir a religiosas y novicias en un convento, ¿sabrá dirigir las una vez dejadas en la vida ordinaria? Las más jóvenes vuelven a estar bajo la autoridad de los padres, triunfo peligroso para los que se oponían a la marcha de su hija. El hábito religioso las aislaba de ellos, así como la clausura. Convertidas de nuevo en jóvenes corrientes, vestidas con sus antiguas ropas que algunas habían abandonado hacía sólo uno o dos años, vuelven inconscientemente al espíritu de entonces y los padres vuelven a tomar encantados su tono de voz y sus exigencias de no hace mucho. *“No quiero que mi hija vaya a enseñar a Argenteuil, está demasiado lejos de nosotros”*. Llueven los mimos, ablandando y adormeciendo a las que ya se iban amoldando a la dura ley del sacrificio. Todavía más:

“El señor párroco de Nuestra Señora de Loreto me ha hecho saber ayer que me tenía que pedir una titular que sustituyese a Odilia, porque sus caprichos empiezan a dominarla ... y Susana no vigilada toma un aspecto desordenado y sucio...”⁸⁴

Andresa, Susana, Odilia... todo un mundo de postulantes y novicias pasa en sus cartas. Corazones generosos pero almas frágiles que hay que sostener, animar y conservar para Dios sin la poderosa ayuda de la Regla. Hay que mirar sonrisas más libres, moderar alegrías demasiado ruidosas, vigilar ciertas amistades. Y también seducir un poco a los padres para que no deshagan inconscientemente el trabajo recién comenzado y así no comprometan demasiado el futuro de la Congregación.

En esta vida tumultuosa, solitaria y superpoblada a la vez, son raros los desfallecimientos de la Madre. Rota de fatiga física, perdida en un lío de deberes complicados, inhabituales y variados, ella no se turba. Su espíritu permanece claro y afronta la situación con gran serenidad. Su divisa es: *“Tu voluntad, Señor, y no la mía”*.

Durante este período, las largas cartas de la Madre Matilde no hablan nunca de su salud salvo un breve: “voy bien” o “si no digo nada de mi salud, es olvido porque está en buen estado”, respondiendo a alguna pregunta de la Madre Estanislao.

Viaje a través de Francia y a Deva

Sí, la señora Mauriès va bien, a pesar de la fatiga de sus desplazamientos diarios que le llevan de París a Sucy, a Argenteuil o más lejos: Agen (Lot et Garonne), Arbois (Jura), Deva (España, Guipúzcoa), Parándose en ruta para combinar con lentos trenes de cercanías por algunas horas, hacia pequeñas ciudades o pueblos donde le llaman los intereses espirituales o materiales de las hermanas. Tiene que ver a tal religiosa colocada en una familia desconocida, abastecer Sucy con productos recogidos por otras casas. Vuelve a tomar enseguida las grandes líneas, cargada de maletas, de cajas llenas de legumbres o de objetos útiles de lo más variado que distribuye en otras estaciones, según las necesidades.

Siempre en movimiento, siempre con una maleta en la mano, no se queja. Ella va bien, a pesar del régimen alimenticio irregular, tomando a veces a la tarde las

⁸⁴ Carta de la Madre Matilde a la Madre Estanislao.

comidas del mediodía, cuando llega su tren o cocinando mal que bien en un hornillo, en la calle Vavin. Sigue comiendo poco, asustando a la hermana que le acompaña. Más delgada que nunca, las fotografías de la época muestran su rostro demacrado, con dos líneas que se dibujan a cada lado de su boca. Sus ojos claros se hacen inmensos pero sonríen siempre. Gracia divina y voluntad de resistir.

Se muestra siempre distinguida, naturalmente elegante y sin rebuscamiento. Si se examina de cerca la tela de sus vestidos se nota que es calidad inferior, teñido y vuelto. Para vestir de nuevo a todas estas secularizadas harían falta mucho dinero. Se adivinan entonces los arreglos y la utilización de viejas reservas dejadas por las novicias de la generación pasada cuando la toma de hábito. Conmovedora pobreza la de estos vestidos que producía la sonrisa de las propias hermanas cuando se miraban. Pero no perdían el tiempo en eso.

A la vuelta de un breve viaje a Deva para verse con la Madre Estanislao, que le ha permitido visitar a su tía carmelita en Tarbes, detenerse en Grenade sur Garonne en casa de su hermana Lucía, guardiana de la casa paterna, y de rezar con ella en el cementerio ante la tumba familiar, la Madre Matilde se dirige a Agen para llevar a sus hermanas, probadas por la tormenta, las noticias y los ánimos de la Administración general en exilio y para arreglar el 2 de noviembre la escritura de venta de la casa de Ajaccio. Después vuelve a la vida intrépida: visitas, encargos, correspondencia, con diecisiete a dieciocho cartas por día, dificultades por todas partes... Colocación y traslado de las religiosas secularizadas. Escribe a la Madre Estanislao:

“No hay que poner muchas en la misma obra, hay que cambiar también de ciudad, evitar ponerlas en sitios donde se les pueda reconocer, si no cuidado con las denuncias. Hay que tener en cuenta sus capacidades, su carácter, su salud, cambiarlas de vez en cuando...”

Estudia el caso de cada una minuciosamente, su situación material y la repercusión en su vida espiritual:

“La Madre de R. me escribe para decirme que Córcega le aterra. ¡Pobres almas! ¡Qué pena me dan! ¿Qué responder también a Marta?...”

Da cuenta escrupulosa de su actividad a la Madre Estanislao, pero por la fuerza de las cosas se ha convertido en le intermediaria única entre París y Deva. Todas las cargas recaen sobre ella y todo el gobierno de las casas dispersas se encuentra en sus manos. Ella que hace unos años, en sus momentos de inquietud, alejaba la menor responsabilidad, ahora tenía que decidir sobre el terreno acerca de los intereses del Instituto: ser el centro de reunión, gobernar clandestinamente Petit-Val, velar por los intereses materiales y espirituales pero también, a pesar de la tormenta, prever el reclutamiento de candidatas. ¿Dónde encontrar novicias en época semejante? Y ¿cómo formar a las que se presenten?

¡Todos esos problemas, todas esas tareas en una endeble criatura hipersensible, nerviosa, inclinada a obedecer al primer movimiento, impresionable en exceso! Es cierto que durante toda su vida se ha trabajado para dominarse y, con la ayuda de Dios, lo ha conseguido: Pero es completamente distinto dominarse y conquistar la sangre fría permanente, tener la vista certera que permita gobernar una barca que se bambolea y que es lanzada hacia lo desconocido.

La señora Mauriès afronta sus responsabilidades

Las responsabilidades no le aplastan. No está aturdida y los problemas insolubles no le asustan. Entre dos soluciones urgentes y problemáticas, ella invita al Señor a elegir y aplica un cara o cruz espiritual, contando con que Dios expresará su elección. Si Él lo expresa por medio de una prueba, ella lo capta y trabaja tranquilamente en enderezar la situación. Inclínada a la acción y como indiferente al resultado a fuerza de fe, realiza una paradoja heroica, incomprensible para la psicología meramente humana.

Esta situación precaria, esta persecución parece liberar en ella una necesidad de ampliar el campo de su trabajo. Lejos de encogerse, de concentrarse en esta defensa de las hermanas y la organización necesaria, se diría que descubre un universo más amplio, de vastas extensiones descuidadas donde debe aventurarse santamente porque allí hay almas abandonadas que sufren y llaman. No sólo piensa todavía en Brasil sino que también mira a Japón:

“En Japón los Hermanos de María nos esperan. Cuando la colonia de España sea bastante numerosa, ella podrá pensar en esta querida misión. Allí también habrá que secularizarse y adoptar modos singulares. Espero que entonces habrá hermanas fervientes dispuestas a hacer este sacrificio”.

Así mantiene ella las orientaciones del Instituto y el carisma de los Fundadores: *“Vosotros sois misioneros”*. La realidad le lleva pronto de nuevo a lo cotidiano. El párroco de Argenteuil, descontento de las profesoras de la Escuela Normal, pide para su escuela parroquial Hijas de María que las replacen. Esta petición viene a punto porque la casa de Agen, golpeada por el decreto de cierre, va a poder enviar algunas secularizadas. Al mismo tiempo, el párroco de Bonneuil necesita sacar a flote su escuela y mira con envidia la escuela laica que acaba de construirse. Felizmente el conde Marbot le ofrece su casa de Bonneuil para instalar allí escuelas cristianas, clase de catecismo, círculos recreativos juveniles... El señor párroco exulta y pide él también Hijas de María secularizadas. La Madre Matilde responde: *“Nosotras vamos a estudiar cuidadosamente este asunto”*.

Da lecciones particulares si llega el caso, cuando piensa poder obrar sobre un alma. Algunas señoras extranjeras son recibidas como residentes en Petit-Val. La influencia de la Madre Matilde se ejerce también sobre ellas. Una señora danesa decide abjurar de su fe para abrazar la fe católica. Ella la conduce al párroco de Bonneuil, que le preparará a la primera comunión para las fiestas de Navidad. La señora quiere que todo se haga de incógnito lo que da seguridad a la señora Mauriès. Es la alegría y el consuelo. Esta danesa desea que la Madre le acompañe y sea su madrina. Así se hizo. Por otra parte, las señoras del sindicato de las profesoras privadas le piden que asista a sus reuniones. Acudirá el segundo domingo de diciembre.

En cuanto al internado, la nueva directora, que había visto las carencias de la directora anterior, endereza la situación. Su petición de apertura de escuela a la prefectura de Corbeil no suscita ningún obstáculo. Se hace venir de Córcega a la señora Brunet (Sor M. Enriqueta) como adjunta para ocuparse de la disciplina. El Padre Berruyer, sacerdote secular de la Compañía de María, viene como capellán de la casa. En octubre de 1904 todo está en orden, el principio de curso y el año escolar se anuncian buenos.

Espíritu creativo

La Madre Matilde piensa en otras formas de apostolado puesto que la enseñanza es tan difícil. Entonces con el señor Cousin⁸⁵ se dirige al barrio de Charonne y visita el Centro de Unión familiar que tiene al frente a una antigua carmelita. En menos de cuatro años, esta hermana ha ejercido una influencia saludable sobre más de cuatrocientas familias... Las damas del Cenáculo van, al menos algunas, por este camino. “¿No deberíamos también nosotras, a ejemplo de la Madre Fundadora, tratar de entrar por ese camino?”, se pregunta la señora Mauriès. En el espíritu de la Madre se desarrolla esta preocupación de la actualidad eficaz. A la preocupación inicial de poner al abrigo su rebaño amenazado, se junta ahora, ampliándose y consolidándose cada vez más, la de la obligación misionera. Amigos y enemigos podían lógicamente prever, unos lamentándolo y otros deseándolo, un estrechamiento de la vida religiosa, una vuelta a las catacumbas. Y, sin embargo, parece que la persecución va a ensanchar el campo de Dios, que para la Madre María Matilde es el campo de la Congregación. Arrastrando con ella un grupo de buenas voluntades, siente dentro de ella una fuerza que no conocía, que nunca había tenido, y se sabe movida por la gracia. Toda clase de apostolados se estudian alrededor de ella.

Este principio de siglo abunda en obras nuevas. ¡Hay tantos religiosos que ocupar, tanto trabajo que hacer en la viña del Señor! Movimiento en el reparto de los secularizados, movimiento en los proyectos, los intentos y las realizaciones.

“Hay un bien enorme a hacer en nuestro pobre país, tenemos el deber imperioso de trabajar en su reedificación por una acción totalmente entregada. ¿No debemos buscar, a ejemplo de la Madre Fundadora, entrar por esta vía? Cuántas almas de elite se hacen catequistas en tal o cual barrio de París... ¡Sólo quiero estar unida a la voluntad divina, de la que tengo sed por encima de todo!⁸⁶”

Creación de Anthony

En 1905 se produce un acontecimiento que orienta a la Madre María Matilde hacia una actividad particularmente fecunda.

Los Hermanos de la Compañía de María, después de haber perdido todas sus casas y propiedades de Francia, han podido, por medio de una transacción con el liquidador, volver a ser propietarios de su inmueble de Antony nuevamente construido; pero es imposible para ellos instalarse allí porque caerían bajo el peso de la ley. El Padre Prudham, antiguo director del colegio Stanislas, tiene una idea. ¿Por qué no confiar la casa a la señora Mauriès, que la haría valer, la mantendría y pagaría los impuestos? Es una buena solución para los Hermanos de María. Así ellos quedan desgravados de todas las cargas y de la preocupación del mantenimiento. Por otra parte, están seguros de poder recuperar su propiedad cuando los tiempos lo permitan sin proceso ni discusión. Para las hermanas es la posibilidad de instalarse en una obra y de colocar a algunas de las hermanas todavía dispersas. Para esto la Madre Matilde necesita el asentimiento de la Madre Estanislao.

Piensa que este tema, unido a otros, bien merece un viaje. Sale para España donde está algunos días. La Madre Estanislao está de acuerdo con esta iniciativa y se

⁸⁵ El señor Cousin es religioso marianista.

⁸⁶ Carta de la Madre Matilde a la Madre Estanislao el 26 de febrero de 1905.

decide ocupar Antony. En este hermoso y amplio inmueble, las numerosas habitaciones, claras, espaciosas y sanas, permiten crear una casa de huéspedes. No faltará clientela porque en Petit-Val se rechazan solicitudes por falta de plazas.

La Madre Matilde piensa: “Como casa de huéspedes de pago, podrían vivir allí diez o doce personas. Dos o tres que llevarían la dirección, cuatro que figurarían como empleadas de servicio, otras cuatro o seis como señoritas residentes” y luego las verdaderas residentes.

Es el momento de una tregua, de una pequeña comunidad clandestina reconstituida.

Una antigua novicia adinerada, Georgina Gaillard, acompaña a la señora Mauriès a España. Se ofrece a certificar en su nombre el contrato que será firmado cuando se tome posesión de la casa. *“Yo sería simplemente su gerente o ecónoma para la casa de huéspedes que estableceremos legalmente”*, propone la Madre Matilde a la Madre Estanislao. Por tanto, abandonará su domicilio bastante costoso de la calle Vavin y vivirá en Antony. Pero se presenta una dificultad. Los padres de las chicas de Sucy viven casi todos en París y les resulta cómodo verse cuando quieran con la señora Mauriès, y entonces sus idas y venidas corren el riesgo de llamar la atención en Antony. Además la Madre conserva en París un despacho en el número 34 de la calle Montparnasse y todos los jueves de las 13 a las 17 horas recibirá a todas las personas que quieran verla.

Su actividad no se contenta con estudiar las ideas que le proponen teniendo en cuenta intereses y posibilidades nuevas: humildemente se presta a las gestiones más prosaicas. Hay que amueblar la casa de Antony puesto que se ha decidido hacer de ella una casa de huéspedes, y los muebles que ha conseguido de un sitio y otro no bastan ni mucho menos. Anda por sitios de compraventa de trastos viejos, recorre los suburbios de París buscando muebles baratos y regatea porque se dice: *“Si estamos todavía perseguidas, ¿podemos comprar muebles tan caros?”*. ¡Cuántas idas y venidas! ¡Cuántas visitas a los revendedores! ¡Cuántas discusiones para amueblar esta gran villa sin sobrepasar los medios de su pobre bolsa de secularizada! Rota de fatiga, mira en barrios imposibles, equivocándose de camino, volviendo sobre sus pasos, andando por calles interminables, con una mano en el bolsillo desgranando su rosario como gesto habitual. Llega al comerciante con la idea precisa y al mismo tiempo llena de Ave María. Hay que creer que la Virgen le acompaña, porque en junio escribe a la Madre Estanislao que todo está listo:

“Hemos visitado con Sor Francisca la gran casa y. Desde el pasado año, todo ha mejorado y se ha amueblado. Seguro que esta casa tiene futuro, a juzgar por las apariencias presentes...”

De hecho son numerosas las peticiones para el verano. Todas las habitaciones están ocupadas y se prevé que todas esas personas venidas para unas semanas se van a instalar definitivamente.

Denuncias

Surge una dificultad inesperada: entre las adjuntas que han ocupado su puesto en Petit-Val en octubre, se encuentra una joven, Natalia L., antigua alumna, cuyas dos hermanas más pequeñas son todavía alumnas de Petit-Val. Después de la fiesta de Todos los Santos, tiene que quedarse en casa para una pequeña operación quirúrgica. La directora aguarda un mes y después, como la marcha de esta joven parece definitiva, la señorita Julia le busca reemplazante. Pasa un tiempo y Natalia quiere

volver a su puesto. Despechada por haber sido reemplazada, guarda un resentimiento profundo. Viene también su padre, protagoniza una escena violenta y se lleva a sus dos hijas. Algunos días más tarde vuelve y exige una suma bastante importante como indemnización para su hija. Se le paga para tener paz y él se marcha amenazando a la institución. No se piensa más en él. El trabajo escolar se reanuda bien y la disciplina se impone de nuevo.

Como la Madre Matilde es la única intermediaria entre Deva y Francia, tiene que iniciarse en los asuntos financieros, lo que hace con un Padre marianista que la aconseja. Por lo demás, son asuntos muy pequeños, pero ésa es una razón más para evitar pasos en falso. Cobra pequeñas cantidades: 50 francos, 200 francos, 500 francos, de que da cuenta escrupulosamente. Tiene que colocar esas pequeñas cantidades y se muestra tanto más cándidamente desconfiada cuanto menos entiende. Unos meses después, la quiebra de un hombre de negocios a quien ella ha confiado dos mil francos la agita por la pérdida sin duda, pero sobre todo por la desgracia de este hombre.

Pero en marzo de 1905, la Madre Matilde tiene una sorpresa desagradable. Llega a la prefectura una denuncia muy precisa. El comisario de Corbeil, representante del prefecto, viene a hacer su investigación a Petit-Val. Los cargos de acusación versan principalmente sobre la presencia en el internado de varias religiosas, sobre todo la responsable de disciplina, y sobre las relaciones frecuentes de la directora con la señora Mauriès, que, según la acusación, seguía dirigiendo como antes pero a escondidas. Ella viene en algunas temporadas a pasar un día o dos. Enseguida se adivinó la procedencia de esas informaciones. La señorita Julia, con gran sangre fría, demuestra que esta denuncia proviene de una venganza de la familia L... El comisario que, gracias a Dios, no busca la guerra, se declara convencido y redacta un informe con el resquemor como principal motivo de la denuncia. Queda así conjurada una gran tormenta, al menos por el momento.

La señora Mauriès está relativamente satisfecha. Su obra parece salvada. Pero le inquietan algunas torpezas de las secularizadas. Sor Marta pierde un poco la cabeza con las ciento treinta niñas de Argenteuil, hay que reemplazarla. Alfonsina serviría, pero su madre, feliz de su vuelta a casa, lucha por retenerla. ¿Y Clara? ¿Y Luisa Teresa? ¿Y Odilia, que se apasiona ahora por los perifollos? La Madre Matilde las lleva siempre en su corazón, son sus novicias que hay que preservar y de las que responde ante el Señor. Siempre que puede, les recuerda las gracias recibidas y les rodea de la espiritualidad de su Orden, que ellas deben mantener para hacer la voluntad de Dios. Hay que explicar, consolar, animar y la dulzura maternal de la señora Mauriès se dedica a ello:

“Es verdad, querida Madre ⁸⁷, el divino Maestro me concede muchas gracias en medio de esta vida vagabunda. Yo trato, me parece, de tomar las precauciones debidas, para poder hacer lo más posible... No tema nada por nosotras, ¡nos guarda un Maestro tan tierno!”.

Estamos en junio de 1905. Todo parece tranquilo y el clima es de euforia, de confianza, cuando una primera sorpresa provoca algunos remolinos en esta calma. Se prepara en Petit-Val la primera comunión. El Padre Sattler predica el retiro. Diez niñas acaban su preparación. Es la víspera del gran día y se pasean por el parque después de comer. La señorita Julia, fatigada, dirige los preparativos materiales para recibir al día siguiente a los padres y a los numerosos amigos, cuando le avisan que cuatro

⁸⁷ Carta de la señora Mauriès a la Madre Estanislao el 28 de febrero de 1905.

señores le esperan en el recibidor. Este anuncio le turba. Visitas de este tipo no auguran nada bueno.

Llega al recibidor y se encuentra ante un juez de paz, su escribano y dos comisarios de policía. Ellos le informan que por orden del liquidador, señor Cazanobes, se va a precintar la casa. ¡Precintar la casa la víspera de una primera comunión! La señorita Julia protesta enérgicamente. Y como es una persona impulsiva y violenta, cuando protesta enérgicamente abruma a la gente con una riada de palabras vehementes dichas con un tono indignado y arrogante. El juez de paz la tranquiliza y le hace cambiar de tono respondiendo que le bastaría una palabra para que la gendarmería y la tropa invadiesen la casa inmediatamente.

Ella se suaviza al momento y les explica que, en la víspera de la primera comunión, vienen todos los padres y se va a encontrar en un gran aprieto si llevan a término su misión, y les pide que aplacen su requerimiento. Ellos se muestran bastante condescendientes y quieren contentarse con precintar la puerta del despacho de la directora y hacer un pequeño inventario del mobiliario. Así la celebración se desarrolló sin obstáculos bajo la presidencia de monseñor Potron, obispo "in partibus" de Jericó.

Polonia

Después de los proyectos relativos a Brasil y Japón, que se deja para más tarde, se habla de Dinamarca donde ya vive un grupo de Hijas de María. Después don Luis Cousin acaba de hacer dos viajes a Polonia y la señora Mauriès ha seguido de lejos su acción:

“El señor Cousin sigue en Varsovia por los asuntos de los que le he hablado para ellos y para nosotros. Parece que está contento de su estancia. Veremos a su vuelta lo que conviene hacer a favor de la querida Polonia, deseosa de ver florecer en ella la vida religiosa...”

Se trata de la propuesta de un grupo de familias ricas de Polonia, que ofrecen a las marianistas prepararles dos residencias para la enseñanza y la hospitalización. Se comprometen a hacerse cargo de las pérdidas si las obras fracasan, dejándoles los beneficios si tienen éxito. Estas familias quieren aprovechar de las libertades otorgadas al país para crear conventos. El señor Cousin piensa que este trabajo previo provocará llegadas de polacos y polacas de Francia y numerosas vocaciones.

Precintos y nuevas denuncias

Corre el mes de julio y otra ola de sorpresas y de dificultades mucho más inquietante se abate sobre Petit-Val y Antony a la vez. Es una nueva denuncia, en regla, con fechas que la apoyan y con todos los hechos que son materia de condena. Se presenta el comisario y pone a la vista de la directora una hoja en la que figura en primer lugar la foto de la señora Mauriès y debajo, consignadas con una precisión que sólo un habitual de la casa podía conocer, sus diferentes idas y venidas a Sucy y el número de religiosas profesas que están en Petit-Val, con la fecha de su profesión. La señorita Julia, antigua religiosa, figura también en la lista. Este documento relata que la Madre Matilde había vivido en la calle Vavin y que de allí salían todas las órdenes para Sucy, que ahora vivía en Antony, desde donde seguía dirigiendo el internado, tratando también de reconstituir la Congregación. Que tal día y a tal hora, se había llevado una vaca a Antony, y muchos otros detalles que probaban que había fuertes

relaciones entre la antigua superiora de la casa y la mayor parte de las personas empleadas en el internado. Semejantes pruebas podían hundir la casa. Todo era verdadero y lógico. Era imposible salir bien de aquello.

El aplomo imperturbable de la señorita Julia fue extraordinario. Se levanta y propone fríamente al comisario que interrogue al personal y compruebe por sí mismo la veracidad de los hechos. Entonces se produce un milagro: el comisario no se mueve. Entonces ella le prueba claramente que esta denuncia es continuación de la primera, provocada también por la familia de Natalia L.. La Providencia tuvo la delicada atención de cegar la razón de este comisario. A menos que no fuese silenciosamente un poco cómplice en secreto de las pobres hermanas. No insiste y recoge en su informe los motivos de resquemor ya evocados en la primera indagación. Y de hecho, este segundo intento de arruinar Sucy venía de la misma fuente que la primera: la venganza de un criado de la huerta despedido por razones serias y que no perdonaba. La Madre Matilde y Sucy se han librado de una buena. Durante años todavía Sucy le costaría muchos problemas y preocupaciones. Pero las tribulaciones no vienen sólo del exterior. Todo no iba bien en la casa. Existía la rivalidad entre maestras. El nivel elemental en guerra contra el nivel superior. Surgen clanes, círculos cerrados donde se mantenía un espíritu partidista. El nivel superior empezó a darse aires de independencia abandonando los hábitos de piedad y respeto. Todo se convertía en materia de crítica, de desprecio y de bromas. La señora Mauriès veía la situación y la analizaba. Ve también que “incluso las buenas religiosas entran en el juego” y sufre preguntándose: *“¿Qué quedará de estas vocaciones? ¿Qué va a ser de la modestia, la calma y el amor de la paz del Señor?”* Hace lo imposible por verles y hablarles una a una, para insuflarles el amor que ella misma experimenta, escribe incansablemente a cada una, intuye las crisis y tristemente dice a la Madre Estanislao: *“¡No parecen necesitar de Dios!”*

Nuevas tempestades

La inquilina ficticia de Antony es Georgina Gaillard, que se había ofrecido a firmar el alquiler en su nombre y había acompañado a la señora Mauriès a España. Antigua novicia, bastante guapa, bien educada, segura de sí misma, las señoras residentes la encuentran agradable. La señora Mauriès era lúcida y notaba que a veces se mostraba muy infantil, pero se decía. “¿quizá sea yo demasiado severa?” De todos modos ella la había aceptado. En algunas situaciones delicadas, hay que pensar en no ser traicionada. Ahora bien ¿qué se puede temer de esta joven novicia un poco pueril? Ha hecho una primera prueba en Agen y después ha pedido una prórroga antes de pronunciar sus votos. Hoy piensa en tomar el velo como profesora. Pero su coquetería, su tibieza, sus chiquilladas, su mentalidad preocupan a la Madre que no cree que debe dejarle vincularse con los votos.

Después de consultar al Consejo y a la Madre Estanislao, rechaza su compromiso. La señorita Gaillard esperaba que su fortuna sería un argumento decisivo. Se irrita profundamente por este rechazo y desde ese momento se dedica a oponerse sistemáticamente a todo lo que hace la Madre Matilde. Olvidando su simple situación de arrendataria ficticia, quiere dominar todo. Hábil y encantadora, arrastra en su querrela primero al gerente, miembro de la Compañía de María, que hace lo posible para poner a las señoras residentes en contra de la Madre Matilde, pero no consigue de estas señoras las firmas que le habrían permitido obrar ante la autoridad eclesiástica. La actitud de la señorita Gaillard se hace entonces grosera, insolente. Se trama una intriga que tiene como resultado indisponer a los propietarios del inmueble, es decir el obispo de Tarbes y el señor Soulange-Bodin, contra la Madre Matilde. Se causa incluso mala impresión en el arzobispado de París.

Un día los dos propietarios, el obispo de Tarbes y el señor Soulange-Bodin, seguido de tres eclesiásticos, se presentan a la puerta. Visitan la propiedad y convocan a la Madre Matilde al salón. Después de los saludos de cortesía, el prelado desea la paz a la casa. La Madre Matilde agradece a su Excelencia por este deseo siempre precioso, añadiendo que, gracias a Dios, esta paz bendita es concedida a lo que le rodea, lo que ofende al obispo. Parece casi indignado y después de una sucinta admonición, deja la casa... Un día se hará la verdad y todas las prevenciones sugeridas por procedimientos incalificables serán disipados.

Con el corazón apenado por la injusticia, la Madre se queda más tiempo en Antony y no va a París más que el jueves para pasar unas horas y recibir las visitas, guardando su preocupación y ofreciendo la espalda a las sorpresas:

“Ahora hay que estar siempre dispuestas a organizaciones nuevas. ¡Hay que ver cómo tiende todo a desorganizarse! ¡Es inconcebible!”.

La señora Mauriès es solicitada por toda clase de peticiones. En el mundo religioso hay un gran lío:

“Señor, ¿qué tengo que hacer? Muéstrame, te lo ruego, tu muy amable voluntad. Desde muchos lados (entre ellos los Hermanos de María) tienen un gran deseo de ver a dos de las nuestras en Ris para obras de total misión: catecismo, círculos de jóvenes, y tomar una gran casa con facilidad para tener chicas... Varias veces he dicho categóricamente que no porque eso es imposible en este momento... Es extraño, mi alma y mi corazón se abren a todo lo que se presenta cuando parece que están comprometidos los intereses del Maestro...”⁸⁸

Hay un bien inmenso que hacer en nuestro país. Le persigue la idea de un apostolado fecundo:

“Acaban de invitarme a tomar parte en el Congreso de la Federación Juana de Arco que va a ser la cita de todas las obras femeninas. Ardo en deseos de ir. El motivo que me hace desearlo es el de asociarnos a esas nuevas obras, para encontrar para todas las nuestras una orientación que nos ayude a desarrollarnos en nuestro país según las necesidades de nuestro tiempo. Si no opina lo contrario, pienso ir al congreso los días 28, 29 y 30 de mayo. Se celebra en el Instituto católico de París. Le prometo que seré prudente”⁸⁹.

Una Congregación “mixta”

Como Provincial de Francia, la señora Mauriès se preocupa de que la Congregación sea reconocida como mixta, apoyándose en la Tercera Orden de Auch. ¿Qué significa eso?

Desde 1836 existía, ligada al Instituto de Hijas de María Inmaculada, la Tercera Orden de Auch⁹⁰. La Superiora central, la maestra de novicias y su asistente,

⁸⁸ Id. Carta del 21 de marzo de 1906

⁸⁹ Id. Carta del 21 de marzo de 1906

⁹⁰ Los Fundadores Adela de Trenquelléon y el Padre Chaminade, en cuanto acabó la Revolución, acariciaban el ambicioso deseo de hacer llegar el mensaje del evangelio a todos

responsables de esta Tercera Orden, eran nombradas por la Superiora general del Instituto de las Hijas de María Inmaculada de acuerdo con el Superior espiritual. Más tarde, con el aumento de sus miembros, las responsables serán elegidas de sus propias filas pero su nombramiento será ratificado siempre por la Superiora general del Instituto. En 1856, a raíz de su reconocimiento por Napoleón III, el gobierno central de esta asociación, por su propia iniciativa, solicita el reconocimiento civil y lo obtiene por decreto del 16 de febrero de 1856. Acuciada por el reglamento de asuntos económicos relativos a los bienes inmobiliarios y a la capacidad de recibir las donaciones que algunas personas quisieran hacer a la Tercera Orden, ésta se separa económicamente del Instituto. Esto comporta preocupaciones y temores para el futuro. Mal que bien, la Tercera Orden se esfuerza por vivir la misma vida que las comunidades de hermanas, inspirándose en la misma regla y recibiendo de la Superiora general consejos, dinamismos y orientaciones. Las Constituciones de 1888 reflejan esta evolución.

La idea de la fusión entre las Hijas de María Inmaculada y la Tercera Orden de Auch había ya arraigado en el corazón de una de la Superiores de la casa central de Auch y se ve reforzada en el momento de la persecución contra las congregaciones religiosas⁹¹.

Se pide consejo al Padre Simler, Superior general de los marianistas, que, al mismo tiempo que era de la familia, no estaba directamente implicado en los problemas que existían entre las dos ramas. Él redactó una serie de observaciones y sugerencias que sirvieron de base para el estudio del tema. Podemos resumirlas así:

Cuestiones referentes a las relaciones entre el Instituto de las Hijas de María Inmaculada y la piadosa asociación del mismo nombre:

- Consideraciones preliminares
- Cuestiones generales
- Cuestiones particulares
- Medidas transitorias

Cuando en 1900 aparecen los tiempos difíciles para las congregaciones religiosas, sobre todo su supresión, la Tercera Orden puede continuar su presencia y su actividad gracias a la función hospitalaria. Como todas las demás congregaciones no puede ya ejercer la función educativa y conocerá la dispersión y secularización de los miembros enseñantes. En una reunión general del 10 de octubre de este año se admitieron algunas cuestiones pero tendrán que pasar veinte años antes de la unión.

los ambientes, a todas las edades y a todas las capas de la sociedad. Las “congregaciones marianas” de laicos, fundadas en 1801 respondían ya a este deseo, pero las Hijas de María, por su voto de clausura, que era el único medio de ser “verdaderas religiosas”, estaban limitadas en su acción misionera. En 1817 se funda una Tercera Orden secular que permite a las congregantes, manteniéndose en su ambiente de vida, pronunciar los votos habituales, perseguir los mismos fines del Instituto y consagrarse a la evangelización de los campos siguiendo las directrices recibidas del Instituto. Pero, por muy dedicados y activos que sean sus miembros, la mayor parte tienen la responsabilidad de una familia y sus obras no pueden tener la regularidad y estabilidad de una orden religiosa. Entonces el proyecto del Fundador es dar vida a una “Tercera Orden regular” que comparta el espíritu de las Hijas de María en un apostolado directo. Esto se realizará en 1836, ocho años después de la muerte de la Fundadora. Se establecerá en Auch porque esta diócesis ha tenido siempre con el Fundador relaciones de estima y confianza. Será reconocida en 1856 por Napoleón. Más de treinta fundaciones nacerán de esta Tercera Orden.

⁹¹ La Madre María Amada Lacoste nació en Cologne (Gers) en una familia de buena posición. Julia Lacoste entra en Auch en 1842, toma el hábito el 21 de noviembre, emite sus votos temporales el 29 de enero de 1844 y los perpetuos el 27 de enero de 1845. Se distingue muy pronto por su bondad, la rectitud de su juicio y su humildad. En 1848 es nombrada Superiora de la Casa central de Auch hasta su muerte en 1897.

Sin embargo, durante ese período de tiempo el deseo de fusión nunca fue abandonado. Cuanto más parecían ahogarlo los acontecimientos, más se mantenía con fuerza.

En abril de 1906, el Tribunal reconoce la incorporación primitiva de la Tercera Orden de Auch. El abogado Menard, del tribunal de París, espera todavía para la declaración de Congregación mixta. En junio del mismo año la señora Mauriès escribe a la Madre Isabel Guy, Provincial de Córcega, que se sigue pensando en la declaración de Congregación mixta porque salvaría las cuatro casas de Córcega que acaban de recibir la orden de cierre. Dice así:

“Para la defensa de la buena causa, desearía ser audaz, porque hoy día sólo los audaces hacen algo...

¡Hay tantos motivos para entristecerse! Sin embargo, yo me esfuerzo en convertirlos en cuestiones de confianza. Mi tristeza es superficial, mientras que la confianza se hace cada vez más profunda”.

En julio programa una gestión ante el señor Fallières, Presidente de la República, para que la Congregación sea declarada mixta y llegar así a los señores Clémenceau y Briand. Esa declaración supondría el mantenimiento de tres casas reconocidas como mixtas: Agen, Arbois y Ajaccio. Mientras tanto, la Madre Estanislao recibe una carta de la Superiora de la Casa central de Auch que va en la misma dirección ⁹². El 24 de octubre se retoma el asunto como “apelación”. Para ello, el consejero de la señora Mauriès redacta una solicitud para conseguir el carácter mixto de la Congregación. Una vez hecha la petición, habrá que remover cielo y tierra para ir hasta el señor Fallières y Clémenceau y conseguir de ellos una respuesta favorable. Hay que intentar todo. Jesús por María Inmaculada podría conceder este regalo. La señora Mauriès tiene tantas ganas de conseguir este carácter mixto de la Congregación que está dispuesta a cualquier sacrificio.

En 1912 el Padre Lebon, Asistente general de los hermanos, toma a pecho el problema siguiendo la estela de su predecesor. El P. Hiss, Superior general en este momento, se inclina fuertemente por la fusión y sigue con interés la evolución. Durante el período de la guerra las situaciones cambian y cambian también las personas. En 1919 el Capítulo general decide por unanimidad acelerar los pasos necesarios para la fusión definitiva. La Madre M. Matilde, elegida Superiora general en julio, se dirige a la Superiora de la Casa central para comunicarle los últimos cambios e indicarle los puntos del proyecto que hay que trabajar.

1920 parece colmar la esperanza y los proyectos: por una parte, se da la apertura del proceso canónico para el reconocimiento de la heroicidad de virtudes del Padre Chaminade y, por otra, el sentimiento de que la fusión parece próxima. Se tienen varias reuniones para clarificar y ultimar los diferentes aspectos de la cuestión. En abril el Padre Lebon, delegado del arzobispo de Auch, va a esta ciudad para estudiar a fondo las diferentes cuestiones y el 10 de mayo del mismo año manda una carta a la Madre Luisa del Sagrado Corazón para darle cuenta del resultado de la consulta. La unión de las dos ramas es aceptada definitivamente. Ahora conviene enviar a la Santa Sede todos los elementos que sirvan de aclaración.

⁹² María Guilhempey nació el 5 de diciembre de 1848 en Cologne (Gers). Entra en Auch el 3 de octubre de 1872, toma el hábito el 29 de mayo de 1873 con el nombre de Sor M. Luisa del Sagrado Corazón. El 18 de septiembre de 1875 emite sus primeros votos y el 6 de septiembre de 1877 sus votos definitivos. En 1901 es llamada a Auch para ser maestra de novicias y asistente de la Superiora central. En 1903 se convierte en la Madre Superiora de la casa central de Auch.

El dossier completo, acompañado de las peticiones de la Superiora central y de la Superiora general de las Hijas de María, es enviado al arzobispo de Auch y, a través de él, a la Santa Sede. Esta última, que es favorable a la fusión, pide algunas modificaciones y el decreto de 1921 autoriza la fusión ⁹³. Da la legalidad canónica al Instituto de Hijas de María pero esto no tiene ningún efecto civil, porque ante el Estado sólo existe la asociación de la Tercera Orden, lo que pone en situación irregular a las Hijas de María. Sólo está legalmente reconocida la Superiora de la Casa central de Auch. La ambigüedad de esta situación perdurará durante años.

Por otra parte, la existencia de las dos categorías en la Congregación ahora unificada fue eficaz, sobre todo en el período de la secularización, pero con el tiempo resultaba anacrónica.

En 1960 habrá un intento infructuoso de regularización. En 1988 la Congregación de la Tercera Orden es erigida como Provincia de Francia de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada ⁹⁴. Eso quiere decir que, al convertirse en una Provincia del Instituto, la Tercera Orden cambia de nombre y de sede. Ahora depende de la Congregación de Hijas de María Inmaculada. Legalmente puede absorber todas las comunidades que existen en Francia. Este principio será reconocido definitivamente por el ministerio del Interior francés el 9 de marzo de 1989⁹⁵.

Cierre de las casas de Córcega

El 20 de junio de 1906 el Boletín oficial publica el decreto de cierre de las casas de Córcega. Esta decisión llena el corazón de la Madre Matilde de amarga tristeza, pensando en la Madre Estanislao que iba a sufrir la repercusión de esta decisión. No tiene el valor de escribirle. Se contenta con pedir la ayuda del divino Maestro en esta dolorosa prueba y sacar de ella un gran bien para su gloria. Así pues, hay que proceder de nuevo a una remodelación para colocar lo mejor posible a las nuevas secularizadas. Más personas que sostener, más temores que soportar. Las madres de las jóvenes religiosas se van a alegrar, mimarán a sus hijas para conservarlas en casa: hay que luchar, prevenir el abandono...

Estas nuevas secularizadas se unirán al grupo que lleva la preocupación al corazón de la Madre. Es preciso escribir a una, ver a otra. Su psicología aguzada mide en cada visita la fidelidad o el debilitamiento, tiembla por cada una, sobre todo por las más amenazadas, ora perdidamente. Después, deja a Dios el cumplimiento de su temible voluntad.

Algunas de las cartas de la Madre Matilde van dirigidas a la Madre María Isabel Guy, Provincial de Córcega y segunda Asistente general. En esas cartas ésta es llamada "Isabel de la Isla" ⁹⁶ para no atraer la atención del gobierno. Las hermanas de Córcega habían ido a explorar Cerdeña y habían fundado Nuoro en 1904.

⁹³ Decreto promulgado por la Congregación de Religiosos, nº 3416/20 del 4 de abril de 1921.

⁹⁴ Carta de la Madre María Teresa Castro, Superiora general, fechada el 20 de julio de 1988. Da su aprobación a Francia para esta transformación.

⁹⁵ AGFMI, casillero 88, dossier A 1.

⁹⁶ La Madre Isabel Guy nace el 18 de octubre de 1842 en el Fied, cantón de Voiteur (Jura). Entra en el postulando y recibe el hábito de la Hijas de María el 22 de noviembre de 1865, hace su primera profesión el 23 de septiembre de 1867 y pronuncia sus votos definitivos el 25 de agosto de 1870. Va a Agen al Capítulo de 1871 como compañera de la superiora de Ile

La señora Mauriès retoma la carga de sus múltiples tareas. Se da cuenta de las dificultades que encuentran cada vez más las secularizadas carentes de experiencia, de formación y sobre todo de “columna vertebral” para mantenerse firmes en toda situación. “¿Qué formación robusta y amplia habrá que dar a la nueva generación? Cuando digo amplia, pienso en los criterios, en los juicios que habrá que cuidar de poner a punto”. Mejor que nadie ve ella el crimen que supone lanzar a la vida, para la que no están preparadas, a estas almas puras, bondadosas, sin defensa, con riesgo de hacer de ellas una ruina. De ahí la necesidad de revisar la formación en los conventos y sobre todo de intentar por todos los medios salvar a sus hermanas, mantenerles la cabeza fuera del agua.

Para luchar contra el desaliento, organiza retiros en Thiais, Presles, Petit-Val y Antony, donde se reencuentran en familia. Su presencia arregla muchas cosas, pone en pie situaciones frágiles, reconcilia y tranquiliza. Sabe que las dificultades no vienen de una mala voluntad sino de las circunstancias agotadoras y turbadoras que minan los nervios.

“El señor André (un hermano de María) ha venido a verme a Sucy. Está impresionado de los semblantes fatigados de las hermanas. Hay que cuidar los cuerpos, si se quiere que el alma tenga entusiasmo al servicio del Señor. Por otra parte, eso puede traer tentaciones y perder vocaciones”.

Por eso, procura siempre enviar, por turnos, al Franco Condado o a España a las más fatigadas para un reposo total. Cuando el período más crítico haya pasado podrá tener la alegría de contar con sus hijas. En este momento las que quedan están armadas para resistir a toda prueba. Una de las consecuencias de la persecución es despertar algunas cualidades que dormían en la tranquilidad de la vida conventual. La persecución provoca el fervor... En el retiro del claustro quizá exista el riesgo de pensar demasiado en sí misma y no lo suficiente en los demás. Empujadas por la necesidad y por el deseo de hacer obras de celo, las personas se han encontrado frente a un extenso campo de acciones e iniciativas personales.

Las preocupaciones permanentes de Petit-Val

En cuanto a Petit-Val, las preocupaciones continúan. Las niñas acuden en buen número pero la autoridad es cada vez menos respetada. La directora, la señorita Julia, se muestra cada vez más tiránica. Cuida de las alumnas por afán de popularidad pero las profesoras y el personal son ridiculizados y mantenidos al margen. Incluso las religiosas que hace poco habían sido superiores, como la señora Abadie, son humilladas delante de las alumnas. Llegó un momento en que la propia señora Mauriès ya no tenía nada que decir y no era recibida por la directora, que siempre respondía que estaba ocupada. Surgen entonces disputas entre las maestras y las familias, poniéndose las alumnas “a favor” y “en contra”. La terrible directora presenta su dimisión a finales de 1907.

Pero en el momento de transferir la firma, porque la señorita Julia había sido la que había pedido la apertura de la escuela, se niega a hacerlo y llega a amenazar a la señora Mauriès con denunciarla. La Madre Matilde se plantea la cuestión de si ir,

Rousse y sale de esta ciudad para ser superiora de Olmeto. En 1890, a la muerte de la Madre Ágata Couach, es nombrada Provincial de Córcega y en 1908 segunda Asistente general. Muere el 19 de diciembre de 1910 en Ajaccio.

teniendo en cuenta los problemas que hay en Sucy, a la última reunión anual de las antiguas alumnas de Petit-Val. Sufre de antemano con la idea de tener que encontrarse con la directora. Pero no ir sería seguir demasiado su naturaleza. Piensa en los problemas de la casa: el personal agotado y enfermo y los exámenes del diploma desastrosos. La Madre Matilde sufre con esta ruptura: no olvida el tiempo en que la señorita Julia había sido novicia, llena de buenas intenciones, generosidad, entrega y esfuerzo personal en su naturaleza, con mejoras pasajeras.

La Madre Matilde tiene el corazón en un puño. Necesita toda su fe para aceptar las derrotas de este tipo como acepta las victorias, conformándose a la inescrutable voluntad de Dios. La señorita Julia dimite y es reemplazada por la señora Vigneau, Madre María de la Cruz, y todo el mundo respira. Es nombrada superiora de la comunidad en 1911 y será reemplazada por la señora Abadie, Madre Clara de San José, que ostentará la dirección hasta 1919.

Las agustinas de Meaux

La Madre Matilde a lo largo de estos años de persecución ha adquirido una apertura a miras mucho más amplias que antes. Ella, la temerosa, con miedo de ir a París sola, experimenta hoy el valor y la fuerza de los contactos humanos. A medida que van pasando estos años difíciles, más extiende su acción y más lejos y con más amplitud ve. El gesto a hacer y la palabra a decir no conciernen únicamente a las jóvenes que puede guiar con su dirección sino que se abre a toda persona que el Señor pone en su camino. A la que envía a un nuevo puesto le dice: *“Piense siempre que es misionera”*.

La confusión, el caos en que trabajan las hermanas no solamente no destruyen la estructura de la Congregación sino que la consolidan, la enriquecen y la refuerzan. Dios obra así en el corazón de esta Madre. En este período tan atormentado, es una gracia insigne de Dios la confianza absoluta que se le tiene. Cuando las hermanas está dispersas, dejadas a sus iniciativas personales, cuando hay elecciones que se imponen y exigen soluciones urgentes, la unión corre muy graves peligros, porque los espíritus están sobreexcitados por el carácter inhabitual y la gravedad de los problemas, sobre todo por el corto plazo que hay para resolverlos, y es fácil perder el sentido de la unión necesaria. Sucede entonces que la autoridad de la que está al frente puede ser muy criticada y la vida de orden puesta en peligro. Pero con la Madre no hay nada que temer. Apegada fuertemente a los rasgos esenciales del directorio, ella esculpe en los espíritus las enseñanzas de los Fundadores. Comprende que hay que luchar sobre todo por mantener la unidad de pareceres por la obediencia a la Regla, e insiste en la humildad confiada. En muchas de sus cartas hace de la humildad el remedio soberano a las dificultades de orden moral o intelectual. No sucede lo mismo en todas las congregaciones.

Cuando se reúnen los Capítulos, a veces aflora una efervescencia cuyo desenlace es difícil de prever. Estallan divergencias que ponen en juego la vida de algunas congregaciones o les obligan a integrarse en otras más fuertes. Así es como las agustinas de Meaux, enseñantes y hospitalarias a la vez, se dividen. Las enseñantes aceptan la secularización, las hospitalarias la rechazan. Hay que separarse. Entonces la Madre San Juan con una decena de religiosas viven un tiempo en viviendas improvisadas hasta que, por un anuncio en el periódico, vienen a Antony sin darse a conocer y luego, prendidas por la irradiación de la Madre Matilde, revelan su identidad y anudan lazos de amistad.

Poco a poco, ante su desconcierto, su inadaptación y su desasosiego, se acercan buscando los consejos de la Madre Matilde, atraídas por la fuerza que adivinan bajo su bondad, y piden ser recibidas en nuestra Congregación. Al principio la Madre Matilde se resiste a integrar a estas hermanas venidas de fuera. Su objetivo es mantener la doctrina de los Fundadores, su aspiración, su espíritu y salvar a las ovejas extraviadas de la Congregación. Además, estas agustinas pertenecen a una orden activa, y las Hijas de María son contemplativas y misioneras. Son adultas y por tanto menos maleables. ¿Se plegarán sin reservas mentales a este espíritu nuevo? La Madre Matilde no acepta enseguida. Reza, trata de hacer la voluntad de Dios y obliga a las agustinas a un largo tiempo de reflexión.

Además, algunas oposiciones detienen sus deseos. Tienen en Chelles una escuela próspera, cuya fundadora y bienhechora, la señora Gasnier-Guy, no quiere oír hablar de la dispersión de su personal. Finalmente y sobre todo monseñor Lavielle, vicario general, quiere que la escuela siga bajo la dirección diocesana. Será el instigador de la defección de varias religiosas cuando se decida la afiliación.

De 1906 a 1919, las agustinas vienen fielmente a Antony para hacer su retiro con un Padre misionero diocesano de París. La señora Mauriès, con su paciencia y su bondad sonriente, con su comportamiento, acaba conquistando el corazón de la propietaria de la escuela, la señora Gasnier-Guy. El propio vicario general evoluciona en sus sentimientos y se decide la fusión en el Capítulo general. Se piden los indultos necesarios a la Santa Sede.

“La Superiora general del Instituto de Hijas de María Inmaculada, prosternada a los pies de Vuestra Santidad, formula el voto favorable del Capítulo general que se ha celebrado en Sucy en Brie el 19 de julio de 1919: teniendo en cuenta la petición formulada por la superiora de la escuela libre de Chelles y seis de sus colaboradoras, que antes de los decretos de 1903 formaban la Congregación de las Religiosas Agustinas de Meaux, de la que se separaron para convertirse en Instituto diocesano, Suplica a Su Santidad que confirme la unión de estos siete miembros con el Instituto de Hijas de María Inmaculada, aprobada por su Excelencia el obispo de Meaux”.

Para esta unión, la Madre María Matilde exige que la aceptación de las agustinas sea individual. Cada una debe poder decidirse con toda libertad. La misma petición hacen las hermanas agustinas. Y el 18 de julio de 1920 siete hermanas se convierten en Hijas de María mientras que tres quedarán separadas.

La Madre toma infinitas precauciones para establecer las relaciones entre las recién llegadas y las que ella ha formado desde el principio de su vida religiosa. Por otra parte, se esfuerza, siguiendo su costumbre, en conservar lazos con las tres hermanas convertidas en independientes que viven como simples laicas comprometidas en la Iglesia. Para la integración de las siete agustinas, se celebra una fiesta a la que es invitada la señora Gasnier-Guy. La jornada transcurre de manera muy entusiasta. Así en 1920 se crea el internado de Chelles.

Un camino de crecimiento humano y espiritual

La Madre Matilde, firme guardiana, salva a esta pequeña congregación del ocaso, como sucedió a muchas otras en estos tiempos difíciles. No sólo la salva sino que la agranda y la fortalece. Amplía su acción, robustece sus fuerzas, da prueba de

combatividad , y al mismo tiempo su vida interior se hace más fiel, cuando, nada más acabar las oraciones en que se insinúan las distracciones y las preocupaciones, hay que correr a lo más urgente: comprar, discutir, preparar los retiros, escribir cartas de dirección, escribir... Siempre escribir. ¿Dónde está lo esencial? Dice ella: *“La vida pasa deprisa, y yo todavía no he hecho nada para el Maestro a quien sirvo, ¡es tiempo de empezar!”* Pero ¿se da cuenta de que esta vida interior que ella busca, en su sencillez se abre ampliamente cada vez más a los que y a las que se encuentran con ella? Su vida interior inmensa está volcada sobre los demás. Sus tristezas personales, su salud... Nada de eso cuenta ya.

En sus cartas a la Madre Estanislao, no hay muchas confidencias sobre sus estados de alma, sólo precisiones sobre todos sus actos. Disponibilidad completa, olvido de sí total. Expone sus interrogantes. “¿Hay que enviar a Sor X a Argenteuil donde yo creo que estaría en su sitio? ¿Es mejor dejarla donde está? ¿Debo participar en tal obra? Después de haber dado su opinión, se abandona totalmente a lo que se decida. Respecto a las novicias, lanzadas a la naturaleza, interviene con mesura, corrige con dulzura, sin amargura. Incluso cuando se trata de Petit-Val, la obra “querida” de su corazón, acepta no ser consultada cuando hay que tomar decisiones importantes, renuncia a toda preferencia personal, obedece: *“Sea hecha la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas”*, se convierte en su divisa escogida. Es una frase que antes decíamos al recibir una obediencia y que hoy, aunque hayan cambiado las circunstancias y haya que actualizar los términos, tenemos que repetir con fuerza de voluntad. La Madre Matilde la repite en adelante en casi todas sus cartas.

Despojamiento progresivo, ya no piensa en sí misma, es la marca de la verdadera santidad. Su amor al otro toma todas las formas: ayuda espiritual, auxilios materiales, miedo a causar pena, extrema dulzura sobre todo con los que sufren, caridad de la sonrisa comprensiva, del gesto afectuoso y maternal. Extiende su gran ternura más allá de sus comunidades clandestinas. ¿Ha llegado a ese punto de despojamiento, a ese vacío total del corazón tendido hacia Dios que Juan de la Cruz llama “la noche oscura”? Queda todavía una santa amistad que le liga a la Madre Estanislao desde su adolescencia. Se ha habituado a ver en ella la expresión de la voluntad divina y el efecto recíproco que les anima les permite apoyarse la una en la otra. Viven separadas desde hace muchos años pero obligadas a una correspondencia casi cotidiana por las cuestiones difíciles de este período francés.

Muerte de la Madre M. Estanislao en España

En una carta del 25 de marzo, la Madre Matilde da cuenta de lo que hace a la Madre Estanislao. Propone a una hermana secularizada, que vive en familia, al párroco de Grenade sur Garonne, parroquia de su hermana Lucía, preocupado por la marcha de su escuela.

En esta religiosa secularizada, pequeña y siempre sonriente, hay una cabeza sólida que emprende, es verdad, con avidez pero sabe también lo que es viable y lo más útil. Sabe que hay que ponderar todo, bajar a los menores detalles si no quiere ver hundirse las grandes esperanzas. No desprecia ninguna cuestión, por pequeña que sea. En la misma carta que da cuenta a la Madre Estanislao de todas las propuestas de obras, añade sin transición:

“Habrá recibido la caja de peras que contenía dos paquetes de libros. Recibirá cincuenta raíces de espárrago para Amorebieta. Ahora sería el momento de plantarlos”⁹⁷.

Efectivamente, la Madre Estanislao, a causa del carácter difícil de la propietaria de Deva, ha tenido que buscar con su equipo otra residencia. Tras varias búsquedas, parece convenir Amorebieta, un pueblo grande cerca de Bilbao. Allí hay una casa en construcción. El acuerdo con el propietario es rápido. Se le alquila antes de que esté terminada, lo que permite acondicionar el interior a su gusto. Se añade una capilla. El campo que le rodea se transforma poco a poco en huerto. El 4 de abril de 1906 la Madre Estanislao, que tiene 81 años, se instala allí con la Administración general.

La Madre Estanislao está muy fatigada y curvada hasta el punto de decir a sus hermanas: *“Ya no puedo ver ni mirar al cielo, ¡no me queda más que mirar a la tierra!”*. Ya no puede escribir. Va bajando cada vez más, se debilita de día en día y sigue serena y lúcida el tiempo que le queda por vivir. Pide el sacramento de los enfermos. Su estado parece mejorar hasta febrero de 1907, pero el 11 pide de nuevo el sacramento de los enfermos. Lo recibe en presencia de toda la comunidad.

El 13 de febrero, miércoles de ceniza, pide recibir la ceniza y luego que le lean el artículo del directorio sobre las disposiciones a la hora de la muerte.. Se ofrece de nuevo al Padre como víctima asociada a Cristo que muere. Habría deseado recibir la santa comunión, pero la han dicho que es mejor esperar al viernes: *“¡Quizá ya no haya tiempo!”*. Efectivamente, el viernes 15, hacia las 7 de la mañana, esperando la santa comunión prometida, entra en agonía. Su muerte, hacia las diez, tiene la dulzura, la discreción y la nobleza de toda su vida. Antes la Madre Estanislao ha dejado sus últimas recomendaciones:

“Quiero recomendaros tres cosas:

- Una gran devoción a la Santísima Virgen. Ella es nuestra Madre, amada, confíaos a Ella en todas vuestras dificultades; recurrid a Ella con una confianza filial.
- Un celo ardiente para la gloria de Dios, entregándoos a su servicio sin reservas
- Una gran caridad entre vosotras. Amaos mucho: que ninguna hiera a sus hermanas, ni en palabras ni en obras. Pido a la Santísima Virgen que repare todo lo que no he hecho en este punto. Además, que se me perdone todo.

Y volviéndose hacia la Madre Teresa, añade: “Prométame que reunirá a la comunidad esta noche para que todas se abracen y se perdonen el daño que se hayan podido hacer...”⁹⁸

“Después de haber pronunciado estas palabras con un voz fuerte que sorprendió, esta Buena Madre, a petición de la Madre Teresa, dio su bendición para la comunidad y para todas las hermanas expulsadas y diseminadas. Después ya no habló casi; sólo algunas palabras entrecortadas: “voy a la eternidad, rezad por mí” y “pedid que mi juicio sea favorable” o “estoy como si no existiese. Que se haga la voluntad de Dios”.

Los funerales tienen lugar al día siguiente, están presentes doce sacerdotes y los restos mortales se depositan en el cementerio de la parroquia.

⁹⁷ En marzo de 1906 la Administración general se traslada de Deva a Amorebieta, también en España .

⁹⁸ Madre Teresa Bouquerand, ver nota 25, más arriba.

La Madre Matilde sigue de lejos, con ansiedad, los caminos del Señor. Desde hace algunos meses ya no recibe más cartas. La Madre Teresa Bouquerand responde en su lugar. La noticia de su muerte le supone un desgarrón indecible. Su carta de respuesta revela una escritura turbada, diferente de su escritura habitual.

“¡Qué golpe más doloroso para usted y para todas nosotras! Que nuestra buena y santa Madre nos obtenga la gracia de sumisión a la voluntad divina. Con usted, yo digo el “Fiat”, regado con cálidas lágrimas. Dios y nuestra Madre nos lo perdonarán porque me parece que ahora me han quitado una parte de mi alma. Yo he sido siempre una con esta tan querida y única Madre, y confío en que allá arriba, más que nunca, ella verá que su auxilio me es todavía necesario. Cuidará de sus hijas con esa tierna y maternal solicitud que me ha mostrado siempre.

“Cómo se necesita mirar hacia arriba en esta hora de prueba y no replegarse en la inmensa desolación que invade a este corazón sensible, que no puede soportar sin gran pena semejante golpe.

“Pienso también en ustedes, queridas Madres, y comprendo más que nunca la pérdida que acabamos de tener. ¡Cómo quisiera suavizar toda la tristeza! Yo le prometo mi entera y filial entrega. Ya sabe que no tengo más que un deseo, servir lo mejor posible a tan querida familia, hoy así probada. Trataré de inspirarme lo mejor posible en los preciosos ejemplos dejados por la que nosotras lloramos...”

Algunos meses más tarde, el 6 de octubre, habla en una carta a la Madre M. Magdalena de Pazzi Ledoux de los documentos que recibe. *“En cuanto al trabajo que debemos hacer sobre la Madre M. Estanislao, he recibido algunos documentos internos y han prometido otros, en particular los de Felicia Pernier”.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE